
MUNDO HISPÁNICO
Núm. 177 — 15 pesetas



177
diciembre
1962

MUNDO HISPANICO

Director: FRANCISCO LEAL INSUA
Subdirector: JOSE GARCIA NIETO


Medicina española.



Olimpiada de la fraternidad.


Ateneo de Madrid.


Madrid exhibe.


Arte colombiano.

sumario

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION
Avenida de los Reyes Católicos, Ciudad Universitaria. Madrid (3)

TELEFONOS

Dirección 244 02 48
Redacción 244 06 00
Administración 243 92 79

DIRECCION POSTAL PARA TODOS LOS SERVICIOS
Apartado de Correos 245 - Madrid

EMPRESA DISTRIBUIDORA
Ediciones Iberoamericanas (E. I. S. A.), Oñate, 11 - Madrid (20)

IMPRESO: EN LA FABRICA NACIONAL DE MONEDA Y TIMBRE, LAS PAGINAS DE COLOR Y DE TIPOGRAFIA, Y EN H. FOURNIER, LAS DE HUECOGRABADO

ENTERED AS SECOND CLASS MATTER AT THE POST OFFICE AT NEW YORK, MONTHLY: 1962 NUMBER 177, ROIG, NEW YORK «MUNDO HISPANICO», SPANISH BOOKS, 576, 6th Ave. N. Y. C.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

ESPAÑA.—Semestre: 85 pesetas. Año: 160 pesetas. Dos años: 270 pesetas. Tres años: 400 pesetas.

AMÉRICA.—Año: 5 dólares U. S. Dos años: 8,50 dólares U. S. Tres años: 12 dólares U. S.

ESTADOS UNIDOS Y PUERTO RICO.—Año: 6,50 dólares U. S. Dos años: 11,50 dólares U. S. Tres años: 16,50 dólares U. S.

EUROPA Y OTROS PAÍSES.—Año: certificado, 330 pesetas; sin certificar, 170 pesetas. Dos años: certificado, 595 pesetas; sin certificar, 475 pesetas. Tres años: certificado, 865 pesetas; sin certificar, 685 pesetas.

En los precios anteriormente indicados están incluidos los gastos de envío por correo ordinario.

Depósito legal: M. 1.034 - 1958

UN MUNDO MODERNISTA

JOSE MARIA PEMAN

CARACTERISTICO fue de los fines del siglo pasado y principios del presente esto de sentir, por primera vez, la Historia, no como una evocación pretérita, sino como algo que se desarrolla bajo nuestros propios pies. Como un «tapiz rodante», como un convoy en el que vamos y avanzamos.

Signo revelador de esta circunstancia es la recargada abundancia de designaciones políticas, literarias, religiosas, que aluden al tiempo, y siempre a un tiempo con ufanía de avance, de movimiento último. Así se ha dicho «progresismo» «modernismo», «vanguardismo», «ultraísmo». Todo esto es revelación de una conciencia, mucho más que un hecho, agudamente temporal. Porque siempre se ha progresado, siempre se ha sido moderno—cada uno en su época—, siempre se han tenido a la espalda otras cosas y seres con respecto a los cuales uno estaba colocado en vanguardia. Pero nunca se le había ocurrido a nadie hacer banderín y etiqueta de un hecho tan físico e inevitable. Ninguna palmera se ha llamado «progresista», ni «modernista» ninguna rosa, por albergar la fatal certeza de haber crecido o florecido hoy más que ayer. Las generaciones de este último medio siglo son las primeras en la historia que han hecho programa y manifiesto del puro hecho vegetal de crecer.

Esto tiene su explicación. La aceleración y condensación de adquisiciones progresivas fue, en esos años, de tal velocidad, que el hombre sintió esta velocidad bajo sus pies, como cosa propia y signo de su edad. Se ha notado muchas veces. Julio César tardaba en ir de Roma a París el mismo tiempo que pudiera tardar Talleyrand. En cambio, los nietos de Talleyrand, en setenta años, fueron acortando, a saltos, la distancia, de modo espectacular. Se comprende que hicieran del «progreso» o de lo «moderno» un uso programativo y consciente que antes no se concebía. En pocos años se pudo decir sucesivamente: «la edad del vapor», «la edad de la electricidad», «la edad del átomo». Se comprende que a nadie se le hubiera ocurrido antes hablar con igual énfasis de la edad del carro y del caballo, porque, en realidad, esa edad había durado veintitantos siglos.

Pero notemos ahora que si esto es así en las sociedades y culturas viejas que sienten su voluntad de ser «modernos», de distanciarse de los tonos y estilos de ayer, el fenómeno había de acentuarse con notable vehemencia en unos pueblos que, como los hispanoamericanos, estrenaban en aquellos días diferencia, independencia y libertad. No es que adoptaran miméticamente el «modernismo», que para Europa era ya «simbolismo» y «Parnaso»; es que ellos eran constitutivamente criaturas «modernistas», pura vanguardia. El «modernismo» en Hispanoamérica tuvo una profunda significación, que no podía tener en ninguna otra parte: era la afirmación de la independencia, el repudio del arcaísmo colonial, la intención diferencial.

Que en el primer momento esta «diferencia» se lograra paradójicamente mediante «otro parecido» es evidente, y tiene igual sustancia y ritmo que todo el movimiento independista. América, de arriba abajo, es una criatura inserta en el gran ámbito de lo europeo y occidental. No podía hacer nada tan genesíacamente autónomo que no se apoyara de algún modo en precedentes europeos. Los grandes movimientos poéticos franceses acudieron a rellenar el vacío del antecedente español repudiado, tanto como por la coyuntura política, por la necesidad cultural y literaria de superar su universalismo. Olmedo o Heredia habían cantado la independencia, pero la habían cantado tan al modo de Quintana, que no «sonaban» a independientes. Darío, Nervo, Lugones, Silva, Casal, Gutiérrez Nájera, Herrera Reissig, sin hacer soflamas ni versos civiles, sonaban, en cambio, a mucha más independencia. Independencia no ya cantada, sino hecha y vivida.

Por eso el «modernismo», voz de unas generaciones americanas que habían roto conscientemente con mucho pasado, floreció en aquellos países con radiante lozanía. Y por eso también, con la mansa fatalidad de los fenómenos culturales, reveló, sin proponérselo, hasta dónde se puede ser independiente en alma y pensamiento, hasta dónde se puede ser «moderno». Es decir, hasta dónde pueden ser vitalmente, para mí, las tres de la tarde; suceso imposible si antes no han sido para mí las dos y la una y las demás horas de las que en cierto modo sigo viviendo.

El «modernismo» americano hizo un gran bien a España. Las fuerzas de modernidad literaria, que parecían petrificadas en un siglo que terminaba con Campoamor y Núñez de Arce, recibían la modernidad europea, pasada por el rodeo fraterno de Nicaragua, México o Montevideo. Hubo en seguida un florido «modernismo» español. Todos los padres vuelven a ser «modernos» gracias a sus hijos. Cuando el «noventa y ocho» estaba a punto de caer en pesimismo y desaliento, Rubén cantó en Madrid la «Celeste esperanza» con la voz del optimista.

Los «modernistas» americanos exhibieron sus cisnes, sus princesas y sus lirios como banderines de atrevimiento y diferenciación. Pero no podía durar mucho, entre americanos, eso de sentirse «moderno» por ponerse pelucas del siglo versallesco. En seguida les rebasó a los «modernistas» una voz típicamente americana y continental. Y por ahí afloró otra vez a la superficie todo lo que les quedaba en lo hondo del alma, por debajo de su renovación estilística. Darío canta al Cid, a Cervantes, a Gonzalo de Berceo y a las «ínclitas razas», «sangre de Hispania fecunda». Y lo de menos son los temas concretamente hispánicos. Más lo es todavía su desafío petulante a Teodoro Roosevelt; más lo es el misticismo de Nervo, el heroísmo de Chocano. Pronto el «modernismo» fue una actitud típica de hispanidad, a ambos lados del Océano. Lugones medita y siente sobre la tierra con una mente preocupada, muy del estilo de nuestro «noventa y ocho» y del estilo de Antonio Machado. Unamuno tiene los mismos malhumores llameantes y proféticos que Sarmiento. Lo español tuvo pronto un modo típico de ser «moderno».

Y el «modernismo» ha tenido un mismo modo hispánico de disolverse y separarse de un primer galicismo: el encuentro con lo popular y nativo. En Juan Ramón Jiménez tuvo esto un sentido estético tal como se lo imponía Andalucía; en Machado, un sentido crítico y melancólico, que le dictaba Castilla; en Gabriela Mistral, Juana de Ibarbourou y César Vallejo, un sentido telúrico y tropical: voz lujuriosa del Continente.

Y todavía más se unen, a última hora, las voces, en la reciente «poesía social». Neruda y otros cantan de un modo unánime con Celaya u Otero. Porque nosotros también tenemos indios interiores que redimir, aunque no nos llamemos «indigenistas», y ellos, fervores de redención, aunque no se llamen «cristianos».

J. L. GOMEZ TELLO

pulso internacional de 1962

Cuando, a las 8,30 de la mañana del 11 de octubre, bajo un puro cielo del otoño romano, el cortejo de los cardenales, arzobispos, obispos y abades apareció en las puertas de bronce de la basílica de San Pedro, había comenzado el Concilio Ecuménico Vaticano II. Bajo su mitra blanca y oro, Juan XXIII, en la *sedia gestatoria*, enlazaba así, a la distancia de casi un siglo, con el anterior Concilio Vaticano I. Los coros de la Capilla Sixtina entonaron el *Tu es Petrus*, mientras las campanas de todas las iglesias volaban sobre la Roma eterna, recién lavada por la lluvia.

Juan XXIII quiso que el trono desde el que presidió esta ceremonia estuviera colocado justamente sobre la tumba de San Pedro, bajo el baldaquino de Bernini. Tras la invocación del Espíritu Santo y el canto *Veni Creator spíritus*, la misa pontifical y la ceremonia de obediencia de los miembros del Sacro Colegio y el Episcopado, en el silencio absoluto de la gigantesca nave, la voz de Su Santidad resonó con la alocución ansiosamente esperada:

«El objeto esencial de este Concilio no es una discusión sobre tal o cual artículo de la doctrina fundamental de la Iglesia...» Como humilde sucesor de San Pedro, al convocar la solemne Asamblea, había querido afirmar una vez más la continuidad del magisterio eclesiástico, «para presentarlo en forma luminosa a todos los hombres de nuestro tiempo, teniendo en cuenta las desviaciones, las



La misión española en el Concilio estuvo presidida por el ministro de Asuntos Exteriores, señor Castiella, con los ministros señor Iturmendi, de Justicia, y señor Lora Tamayo, de Educación Nacional.



Aspecto de la basílica de San Pedro durante la ceremonia inaugural del Concilio Ecuménico Vaticano II.

exigencias y las necesidades de la época moderna». Con sus últimas palabras, Juan XXIII definió más concretamente la finalidad del Concilio Ecuménico, cuya convocatoria, año y medio antes, había sorprendido a sus colaboradores más íntimos. De tal modo el sucesor de Pío XII reservó el propósito de convocar para una Asamblea que, en general, responde siempre a las convicciones del Pontífice que la reúne, de que las necesidades de la Iglesia o de la época la hacen imprescindible.

«He aquí lo que se propone el Concilio: uniendo las mejores energías de la Iglesia, esforzándose en hacer acoger más favorablemente por los hombres el anuncio de salvación, prepara de algún modo y afirma la ruta hacia la unidad del género humano, que se requiere como base indispensable para que la Ciudad terrestre se asemeje a la Ciudad celeste, en que reina la verdad, en que la ley es la caridad y cuyo espacio es la eternidad.»

Ochenta y cinco misiones extranjeras, representando a otros tantos países, asistieron a la magna ceremonia. Si de los países del bloque comunista se permitió la salida de algunas jerarquías eclesiásticas—entre ellas, la noble figura del cardenal Wisczinsky, primado de Polonia—, y si la Iglesia ortodoxa rusa envió a última hora dos representantes, Su Santidad hubo de referirse a la forzada ausencia de otros prelados, no autorizados por los Gobiernos de las llamadas democracias populares a dirigirse a Roma. Esa «Iglesia del silencio» estaba presente, sin embargo, con su espíritu de sacrificio y su largo martirio, en el recuerdo de todos y en las palabras del Papa, que evocó a los numerosos obispos que no habían podido acudir por serles impedido el desplazamiento o por encontrarse en prisión. En Santa María la Mayor de Roma, un prelado hispanoamericano precisamente, el arzobispo de Lima, monseñor Landazuri, ofició una misa por la «Iglesia del silencio», «por el perdón de los pecadores y de los perseguidores, el reconfortamiento y el alivio de los que viven hoy más intensamente la Pasión de Cristo».

«Esperamos una renovación espiritual que impulse felizmente los bienes humanos... Nuestras atenciones se vuelven hacia los más humildes, los más pobres, los más débiles... Máxima atención para todo aquello que afecta a la dignidad del hombre y todo aquello que contribuya a la verdadera fraternidad entre los pueblos... La Iglesia no sólo ha proclamado siempre su amor hacia la paz, sino también su voluntad de paz.» El mensaje del Papa a los padres conciliares y el mensaje de éstos a los pueblos y naciones del mundo proclamaban ese espíritu de salvación, amor, caridad y paz.

Recordaremos que un prelado español, monseñor Morcillo, ostenta en este Concilio el puesto de primer subsecretario. Otros doce prelados figuran en las distintas comisiones. La presencia de la misión extraordinaria española, presidida por el ministro de Asuntos Exteriores, don Fernando María Castiella, fue objeto del agradecimiento de Su Santidad en una carta en que expresa su más profunda satisfacción «por esta nueva prueba de filial devoción de la siempre fidelísima España, tan amada por el Soberano Pontífice».

Si el Concilio Vaticano I hubo ya de tener en cuenta los problemas de la vida moderna—era entonces la época de la «Kulturkampf»—, en la trascendental Asamblea vaticana de 1962 esta cuestión será quizá la que figure de modo primordial en el tejido de las deliberaciones de los padres conciliares. El secreto del Concilio es de rigor, y los hombres de cada día no osarían especular, con hipótesis, en torno a la sabiduría y experiencia de las posiciones de quienes encarnan la naturaleza eterna de la Iglesia. Pero, en la medida en que ello es permisible, por el acento puesto en las primeras palabras de Su Santidad y en el carácter de los «esquemas» sometidos a la Asamblea, se advierte que en Roma quiere darse una respuesta a estas necesidades del mundo moderno en todos los órdenes. Otro punto que debe tenerse en cuenta: las consecuencias de un Concilio Ecuménico son siempre muy profundas en el tiempo y en la doctrina y se prolongan en ondas lentas, a lo largo de los años que median entre dos Concilios. Y también debe subrayarse la presencia de prelados de otros continentes, como un testimonio de la auténtica universalidad de la Iglesia de Cristo.

LA CUESTION DE BERLIN

Cuando el 13 de agosto se conmemoró el aniversario de la construcción del «muro de la ignominia», casi medio centenar de personas habían sido muertas por la policía comunista en los intentos de fuga desesperada del «paraíso rojo»; pero aproximadamente diez mil lograrían atravesar en ese año la espesa barrera de alambradas, minas, «caballos de Frisia» y parapetos de cemento que apresan, a lo largo de los ciento cuarenta kilómetros de la frontera de los sectores occidentales de la antigua capital alemana, a los dos millones y medio de berlineses occidentales, y que cierran la esperanza de fuga de los diecisiete millones de alemanes de la zona oriental. El objetivo económico perseguido por los comunistas —cortar la hemorragia de las fuerzas de trabajo de la Alemania bajo dominio rojo—había sido en parte conseguido. Pero el objetivo político reveló aún más crudamente su fracaso: el «referéndum con los pies», la protesta contra el régimen comunista apelando a la fuga, no cedía ni siquiera con el aumento de dificultades y riesgos. El cadáver de Peter Fetcher, un berlinés al que los *vo-po* dejaron desangrar entre las dos líneas, sublevó a la población alemana y causó la indignación internacional. En este año ese pobre cuerpo es el símbolo del horror que inspiran los crímenes comunistas. Berlín, transcurridos los cuatro años desde la fecha en que Krustchev dictó un ultimátum memorable—la exigencia de liquidar el estatuto cuatripartito y la salida de las guarniciones occidentales—, siguió siendo el más áspero frente de lucha entre Washington y Moscú. Krustchev ha ido demorando sus ultimátums, sin dejar de repetir que su paciencia no es eterna. La amenaza de firmar un tratado de paz con Ulbritch—que, justamente, hay que considerar que no constituiría sino un tratado firmado por Moscú consigo mismo—pende como un hilo sobre la circulación a través de los corredores terrestres, aéreos y fluviales, gracias a los cuales aún puede respirar la «isla» berlinesa. Las consecuencias de este tratado serían simples: transfiriendo la autoridad de control a las llamadas autoridades de Pankow, las potencias occidentales que asumen su responsabilidad en Berlín se verían obligadas a reconocer de hecho la soberanía de Ulbritch. ¿Qué consecuencias produciría tal situación en la población de la República Federal? La batalla por Berlín Oeste significa, de hecho, una lucha decisiva por toda Alemania y, por consiguiente, por Europa. Sin los 500.000 soldados de la Bundeswehr, sin la seguridad defensiva en la línea del Elba y en los estrechos del Báltico, la O. T. A. N. perdería eficacia. La dimisión del general Norstad, comandante supremo del Pacto Atlántico, constituyó uno de los hechos más importantes del año internacional, aunque en aquel momento no se advirtiera la trascendencia de un acto que coincidió con el giro que tomaron los acontecimientos: sus concepciones de firmeza ante las amenazas soviéticas, su desconfianza ante negociaciones sin el respaldo de garantías muy serias, su criterio de dotar de armamentos atómicos a los países europeos, que, al fin y al cabo, son los que se encuentran en primera línea, no eran compartidas por los «conciliadores». Desde que cesó Norstad—pero, de hecho, desde que se negó a asistir en la primavera a la conferencia del Pacto Atlántico en Atenas—, la moral de resistencia en Europa y en los Estados Unidos bajó peligrosamente, y aumentó con las divergencias entre los aliados. Por desgracia, esto es lo que esperaba Krustchev. «Berlín no es negociable», se ha dicho varias veces. Sin hacer profecías, no es absolutamente cierto que el caso de Berlín esté desligado del caso de Cuba, a la luz de los acontecimientos dramáticos del 22 de octubre, cuando Kennedy, después de ordenar el bloqueo de Cuba, pidió al dirigente soviético que se uniera a él en un «esfuerzo histórico» por suspender la carrera de armamentos y amenazas.

Y ESA EUROPA QUE VACILA

Cuando el Presidente De Gaulle llegó a Francfort se sentó en el sillón de Carlomagno, en la *Kaisersaal* del Ayuntamiento. Desde que lo ocupó el gran emperador de Occidente, nadie había vuelto a sentarse en él, o al menos eso quiere la leyenda. Desde Hamburgo hasta Stuttgart, desde el Rhin hasta el Elba, las aclamaciones de la población saludaron frenéticamente la encarnación visible de la reconciliación entre los germanos y los galos. «*Vox populi, vox Dei*», dijo De Gaulle en un párrafo de sus diecisiete arengas. Pero no bastan estos hechos esperanzadores para considerar con excesivo optimismo la construcción de Europa. «Los ingleses en su paraíso», como escribió Curzio Malaparte, no acaban de aproximar su isla al continente con la rapidez necesaria. Incluso hay que preguntarse si, junto a europeístas tan decididos como Heath y el propio MacMillan, no pesa más la influencia de intereses electorales laboristas. Después del aplazamiento de las conversaciones de Bruselas, por la diferencia de opiniones entre europeos y británicos en lo que concierne a la agricultura, la conferencia de los primeros ministros de la Commonwealth constituyó la más ruda de las pruebas para el *tory* MacMillan: su relativa victoria sobre los obstáculos que opusieron Nueva Zelanda, Canadá y Australia—y detrás de ellos los países afroasiáticos del antiguo imperio victoriano—fue ratificada por el entusiasmo con que arrancó a los congresistas de Llandudno el apoyo a su política pro Mercado Común. Con este paso es probable que queden eliminadas muchas de las reticencias atribuidas a Adenauer y De Gaulle, aunque la «Europa de las patrias» del Presidente francés es estimada en el Támesis más que en Washington. Quizá haya de verse, en un plazo relativamente breve, una auténtica revolución: el ingreso de la Gran Bretaña en el Mercado Común, es decir, el final de siglos de la insularidad británica.

Y puesto que hemos aludido a De Gaulle, en Francia, concluida la guerra de Argelia con la concesión de la independencia—éxito personal del Presidente—, el año tomó un giro inesperado con la polémica sobre la revisión constitucional. Apenas suscitada la idea, la fronda de los partidos se desencadenó contra De Gaulle. ¿Qué es lo que estaba en juego? ¿La interpretación de dos artículos de la Constitución de 1958? Algo más profundo: el mantenimiento o la transformación de la estructura tradicional de la política gala. Pero después de su victoria, el esfuerzo será largo, por la disparidad entre el resultado del referéndum y la posición de los partidos políticos.

Junto al muro de Berlín, las tropas norteamericanas montan su guardia permanente y se ejercitan en maniobras. Carros de combate y fusileros, colaborando en estos ejercicios.



DE VIENA A LAOS Y VUELTA AL CONGO

El comunicado final de la entrevista Kennedy-Krustchev en Viena, en la primavera de 1961, sólo era optimista respecto a las esperanzas puestas en la solución de la guerra de Laos. Todavía pasaron muchos meses desde 1961 antes de que se llegara este año al fin de la crisis, con la creación de un Gobierno neutralista. Por un momento, la aparición de los *marines* en las orillas del Mekong, frontera con Tailandia, para proteger este pequeño reino anticomunista, hizo temer una extensión del conflicto. La sonrisa del príncipe Suvana Fuma, huésped habitual de Moscú y Pekín, tranquilizó a los alarmistas. ¿Quiere esto decir que todo ha vuelto al orden en Asia? Aparte de los riesgos de un choque entre las dos Chinas, que se presentó durante el verano en el estrecho de Formosa, es obvio que el abandono de Nueva Guinea occidental por los holandeses estimuló el apetito de los partidarios de la agresión. De igual modo que se le otorgó una prima a Nehru con la pasividad ante el ataque a Goa, el apoyo denunciado por La Haya que otros prestaron al agresor Sukarno dejó el camino abierto a otras agresiones. Pocos meses después, las llamas de la lucha se encendieron en la frontera del Himalaya entre la China y la India. La neutralización de Laos distó mucho de ser una buena política. Camboya e incluso Tailandia perdieron confianza en Occidente, y en el Vietnam del Sur el valeroso Diem tiene que hacer frente a una lucha de guerrillas en escala creciente cada día.

Si Kennedy declaró al asumir la presidencia que Laos constituiría una prueba de la sinceridad de las intenciones soviéticas—fórmula muy ambigua—, el secretario de la O. N. U., el birmano U Thant, ha condicionado su reelección a la aplicación de su plan unificador del Congo. No se ha ido muy lejos todavía en el entendimiento entre Adula y Shombe; prácticamente, por cada paso que se adelanta se dan dos hacia atrás. El jefe del Gobierno de Katanga desconfía de las intenciones de su adversario tanto, por lo menos, como de los propósitos de la O. N. U. Y la política seguida por el organismo internacional respecto al Gobierno de Elisabethville no es, en efecto, un modelo de buena fe.

Argelia—una incógnita después de la independencia y las luchas entre los nacionalistas—podría ponerse en el balance de lo positivo si la orientación neutralista y socialista del Gobierno Ben Bella, clamorosamente confirmada con el abrazo a Fidel Castro, y la exigencia de evacuación de bases extranjeras, según la doctrina moscovita, no dejaran vislumbrar peligros para el futuro.



En la frontera entre la India y la China comunista está planteado otro de los más graves litigios internacionales. En la foto, una caravana de tropas indias de montaña hacia su campamento.

ESPAÑA, UN EJEMPLO

La designación de don Gregorio Marañón Moya para la dirección del Instituto de Cultura Hispánica abrió las puertas a una gran ilusión de obra eficaz, amplia y continuativa de nuestra presencia en los países de habla hispana. Cuando el Presidente filipino, doctor Diosdado Macapagal, visitó España a finales de junio, en el memorable acto celebrado en el Instituto de Cultura Hispánica, el señor Marañón Moya hubo de exponerle la honra y satisfacción de incorporar al ilustre huésped al Instituto. Y fue en sus salones también donde el Presidente filipino pronunció un importante discurso, en el que dijo: «Una de las cosas que no podré olvidar nunca de mi estancia aquí es la opinión que he formado sobre la persona del líder de España. A mi modo de ver, él ha prestado un servicio al mundo libre que aún no ha sido completamente reconocido. También, esencial y profundamente para mí, él ha logrado el éxito fundamental de asegurar la libertad del pueblo español y de los españoles contra la amenaza y la tiranía comunista.»



Su Excelencia el Jefe del Estado español, Generalísimo Franco, recibió en audiencia especial al ministro marroquí de Asuntos Exteriores, sid Ahmed Balafrej.

Profundamente emocionado, el Presidente filipino había de afirmar en este acto su fe en la hispanidad, pidiendo su intensificación, enalteciendo la obra en marcha, poniendo sus esperanzas en la irradiación de la luz española por todo el mundo.

Esto es la lógica de un hecho que quedó patentizado en esa visita. En los actos celebrados en su honor en Madrid, el Caudillo Franco expresó conceptos de alcance internacional: «En un tiempo como este en que vivimos, en el cual la grave crisis histórica por la que el mundo atraviesa plantea la necesidad de una restauración espiritual y de un conocimiento muy sincero de los pueblos, vosotros tenéis de vuestro lado la fe católica, como un arma de fortalecimiento del espíritu, y el legado de la lengua española como una posibilidad más de acercamiento entre los países. Esta lengua os asegura, además, el contacto más eficaz con ese inmenso bloque de países hermanos, es decir, la gran familia hispanoamericana, que constituye, con todos sus problemas, una de las comunidades más esperanzadoras del mundo actual.» Y refiriéndose a Filipinas, definió este país como «el ejemplo hermoso del cruce de dos pueblos distintos».

Fue la visita de Macapagal un acontecimiento internacional de primer orden. Todavía resuenan en nuestros oídos las palabras de respuesta del estadista filipino, que, dirigiéndose a Franco, declaró: «Así como fue España, con Su Excelencia a la cabeza, la primera nación que en Europa—y en el mundo entero—libró la batalla contra este mal de nuestro tiempo que es el comunismo, venciéndolo en limpia lid, así también fue Filipinas la primera en el Asia que quiso y supo reconocer el peligro que representa para la libertad y dignidad del hombre toda esa tramoya de mentiras, engaños, asaltos y tiranías de la conspiración comunista. Nosotros, en Filipinas, hemos visto con admirado asombro como, después de la devastación de la guerra civil, del saqueo de las arcas del Banco de España, del desdichado boicoteo diplomático, de la exclusión del Plan Marshall..., España ha resurgido por su propio esfuerzo de la ruina y ceniza de una guerra impuesta por funestos contubernios internacionales.»

No sólo la presencia de Macapagal subrayó estos éxitos de nuestra diplomacia internacional. El paso por España del Presidente alemán, Luebke; del embajador norteamericano en las Naciones Unidas, Adlai Stevenson, y la serie de congresos internacionales que tuvieron como escenario nuestro país; la política económica materializada en el informe del Banco Monetario Internacional y en los discursos de los ministros españoles durante las reuniones de las organizaciones financieras mundiales en Washington, así como la presencia de la misión extraordinaria española, presidida por el ministro de Asuntos Exteriores, señor Castiella, en la apertura del Concilio Ecuménico, fueron algunos de los testimonios del pulso universal de nuestra certera política exterior en el año 1962.

«España está haciendo una valiosa aportación a nuestra causa común», declaró John Davis Lodge, en respuesta a un insidioso ataque del *New York Times*, mientras la visita del nuevo Presidente de Costa Rica, el doctor Orlich, a Madrid, constituyó un magnífico motivo para estrechar los lazos de amistad entre las dos orillas del Atlántico. Y la obra creciente de España está abriendo amplios horizontes en todos los países, como una fraternidad prolongada por encima de las distancias. Esta amistad fue subrayada en el gran discurso, de elevación política excepcional, pronunciado por el embajador don José Félix de Lequerica al abrirse la Asamblea General de las Naciones Unidas. En el mismo salón, la representación española intervino con brillantez en diversas ocasiones, especialmente al explicar las razones jurídicas e históricas por las que España comprende perfectamente la actitud portuguesa ante los ciegos ataques de que el país hermano es objeto. Además, la reciente visita del ministro de Asuntos Exteriores de Marruecos, sid Ahmed Balafrej, al Jefe del Estado, Generalísimo Franco, y las entrevistas que celebró con el vicepresidente del Gobierno, capitán general Muñoz Grandes—ahora en viaje por Marruecos—, y con el ministro de Asuntos Exteriores, señor Castiella, confirman los lazos tradicionales y geográficos que unen a los dos pueblos en estrecha amistad.

La política internacional es un tejido delicado y difícil. En 1962, España ha insertado en él hebras espléndidas de cultura, serenidad, paz y aportación positiva. ¡Ojalá pudieran presentar este ejemplo todos los pueblos.

J. L. G. T.

GASTON BAQUERO

HISPANOAMERICA EN EBULLICION

I

Un año de problemas

El balance de 1962 es de signo dubitativo para el desarrollo, para el bienestar y para la paz interior y exterior de la América española.

Es cierto que se vieron aumentadas las tensiones, las incertidumbres, las inseguridades de todo orden, y que frecuentemente no hay nada como alcanzar un nivel de inquietud para crecer y mejorar. Esto sería positivo en regiones inertes, en zonas del globo donde nunca ocurre nada, y donde es deseable, paradójicamente, que se produzcan desazones y angustias, por ver si de todo eso sale alguna luz. Pero en la América hispana, donde a las tensiones del exterior se unen las del interior, donde la misma evolución demográfica es ya un jadeante y trabajoso conflicto, donde todo se transforma en neurosis y expectación, nada puede resultarle más negativo que el sobresalto y la inseguridad.

Biológicamente, por el solo crecimiento vegetativo de personas y ciudades, de naciones y de ideas, América atraviesa una época de intensa movilidad, de trastornos y de súbitas transformaciones. Se siente que quiere algo, que busca entre las sombras una salida para dirigirse hacia algún sitio, pero se comprende que hay en su «puesta en marcha» una extraña desorientación: acaso intuya lo que quiere, pero hasta aquí no se divisa nítidamente su objetivo. Por eso no avanza en forma congruente, rectilínea, precisa. A veces da la sensación de que ya ha encontrado un sendero firme, pero a poco se retrocede y se pierde el paso.

Es en este sentido en el que 1962 ha sido un año doloroso y reiteradamente conflictivo. Países que parecían caminar en firme por el riel de sus estructuras políticas, ven desplomarse éstas de la noche a la mañana. Tradiciones de política internacional son abandonadas sin motivo aparente. Naciones que conquistaban ya nombradía de sensatas, de mayores de edad, saltan de pronto al vacío... Y el descontento profundo, el criticismo llevado hasta la hiperestesia, la sensación de que se está siempre esperando algo desagradable o catastrófico, surge por doquier.



El Presidente Dorticós, Fidel Castro y varios dirigentes cubanos encabezan una manifestación marxista en La Habana jugando a tapar las calles. Eran los tiempos de la máxima provocación política a los países libres de América.

II

Fórmula equivocada

Pero surge—y esto es lo doloroso—como en reacción ante una tensión del exterior, no como movimiento realmente autóctono. Y en un mundo politizado de pies a cabeza, esa falta de peso interior, de decisión propia, se convierte en la más peligrosa e inestable de las actitudes. Si los vientos que soplan son positivos, creadores, de sana influencia, puede ir todo bien; pero si, al revés, los vientos dominantes son de tinieblas, de locura, de anarquía, todo se precipita lentamente hacia la descomposición. Que esta descomposición sea prematura es el resultado de vivir atendiendo a ideas ajenas, extrañas casi siempre a la propia entraña. Se actúa como si se perteneciera a otras áreas de la civilización, a otras formas de vida. Problemas que tienen sentido, por ejemplo, en zonas del planeta superpobladas, altamente industrializadas, aparecen de pronto en el torrente verbal de este o de aquel dirigente hispanoamericano de un país despoblado y rudimentariamente agrícola. La hipertrofia de la teoría sobre la realidad impide que los conflictos sean tratados en su dimensión verdadera y hace que para un *imbroglio* típico en el fondo, muy específico, se acuda a fórmulas, a teorías, que tendrán quizás motivos y razón en la economía china o en la agricultura yugoslava.

III

Balcanización y desarmonía

La intercomunicación del mundo actual ha venido a convertirse casi en un perjuicio para Hispanoamérica. Porque, curiosamente, esa intercomunicación no se produce entre países vecinos por la frontera o por el común origen, sino que el peruano, el uruguayo, el salvadoreño, viven balcánicamente, aislados entre ellos, pero tendidos, volcados del todo hacia afuera, en busca de una comunicación con aquellos centros mundiales de imantación y de rectoría que actúan hoy como verdaderos encantadores de naciones.

Rusia y Estados Unidos representan los dos puntos fijos de la tensión. La América hispana no es un todo, ni aun en aquella posible unidad en lo diverso que supondría una política colectiva propia. Desde el momento de la desintegración en 20 naciones—es buena y fiel imagen la del collar cuyas cuentas se desgranan y dispersan cuando se rompe el hilo—, prodújose una balcanización geográfica y política, que se agrava por la desarmonía entre territorio y densidad de población. Y acaso por ese desequilibrio inicial, acaso por la intoxicante participación en preocupaciones y doctrinas que no responden a los factores o ingredientes propios, la América hispana ha vivido en 1962 un año más de inmadurez y de sorprendente inseguridad ante las arremetidas del convulso mundo exterior. La pugna entre capitalismo y comunismo, entre una sociedad abierta que quiere apresurar sus modificaciones, y una sociedad cerrada, apocalíptica, que presume de haber encontrado en la paralización de todas las iniciativas individuales la fórmula de la felicidad colectiva, ha cogido en medio a Hispanoamérica, y nos encontramos con que en muchos países donde no se ha vivido la experiencia de la libertad, ni se conocen los frutos posibles de una libre empresa aplicada a obtener de las riquezas potenciales cuanto ellas pueden ofrecer, háblase de radicalísimas revoluciones sociales, que quizás tendrían algún sentido en territorios convulsionados por una guerra u obligados ya a ensayar las fórmulas extremas de transformación del capitalismo ante la impotencia para seguir obteniendo de las industrias, o de la tierra correctamente utilizada, el bienestar requerido por las masas.

IV

Falta de mercados interiores

Es por esto por lo que al natural desequilibrio entre población y producción, entre desarrollo y necesidades, se suma el desequilibrio entre la ideología realista, factible, y la ideología tomada en préstamo a pueblos que viven circunstancias diametralmente opuestas a las de la América hispana. Así se habla con mucha naturalidad de no seguir vendiendo al extranjero las materias primas, o los artículos de cuya exportación casi exclusiva se vive, cuando no se ha preparado nada para transformar dentro de la propia casa en productos industriales aquellas materias primas. O sin tenerse en cuenta la cantidad de consumidores del mercado interno, se postula que poseer un gran comprador—normalmente es Norteamérica—, lejos de ser una garantía, es un grillete que se lleva al pie y que impide los procesos de industrialización propia o de diversificación de la agricultura. Se reduce la cuestión del monocultivo o del producto único para la exportación al gastado tópico de «la exigencia del capitalismo extranjero», cuando la verdadera causa, que es la falta de mercado doméstico capaz de absorber la enorme producción potencial de los suelos de cada país, no se ve combatida por parte alguna.

V

Inconvenientes del Mercado Común Hispanoamericano

Y es tan evidente la falacia de cuanto hasta aquí se ha dicho, que, por fin, en 1962, se ha comenzado a hablar un poco más seriamente que de costumbre sobre la posibilidad de un Mercado Común Hispanoamericano. Dar a los productos colectivos un mercado de cerca de 200 millones de consumidores es, en teoría, colocarse de un salto en la vecindad norteamericana en cuanto al poderío económico. Esto, si de veras se cree que la América hispana tiene al alcance de la mano tal cantidad de consumidores. Porque en la práctica puede ocurrir que, de haberse intentado y conseguido un Mercado Común Hispanoamericano, se comprendiera después que el bajo *standard* de vida inmoviliza o anula, de esos 200 millones, mucho más de la mitad—el 70 por 100 acaso—, quedándose el tal océano teórico de consumidores reducido a una porción que no justifica el abandono de la política actual.



El Presidente norteamericano, Kennedy, firmando la orden del bloqueo a Cuba.

VI

Peligro de la órbita extracontinental

Si el Brasil, por ejemplo, intentase sustituir su máximo comprador presente, los Estados Unidos, por un Mercado Común centro y suramericano, ¿qué ocurriría? ¿Quiénes y cuántos en Hispanoamérica podrían pagar el precio que hoy pagan los norteamericanos, y el cual es la garantía de un «aceptable» *standard* brasileño? Eso sin contar con que un solo producto, el café, representa más del 50 por 100 de la exportación de Colombia, Brasil, Guatemala, Costa Rica, El Salvador, Haití... Pero se oye hablar de Mercado Común, de la explotación que dicen los marxistas supone tener un comprador seguro, de buen precio, para un producto básico, e inmediatamente la turbada mente de muchos aspirantes a conquistar el aplauso de las emotivas masas hispanoamericanas se lanza a repetir como un papagayo cuanto le hacen decir los astutos sembradores de ideas aparentemente sólidas y veraces.

De ahí a lanzarse a una política de desprestigio y de persecución contra el país comprador no hay más que un paso. Se crea la leyenda de que los males provienen precisamente de eso: de tener asegurada una venta alta y provechosa todos los años, y quedan preparados los ánimos para actuar en su momento en el sentido que persiguen los otros «iman-

tadores» de la atención mundial, los grandes rivales de los Estados Unidos en el mundo, que son los soviéticos.

Pendula la América hispana actualmente entre la llamada natural, geopolítica, beneficiosa para convivir en el hemisferio, y la otra llamada pertinaz y mendaz para romper la cadena de la seguridad global y echarse a errar por el cielo de la geopolítica, yendo a parar como satélite de otra potencia, pero en una órbita extracontinental que no pertenece al equilibrio del mundo propio.

VII

Hacia la unidad

El año 1962 había visto prolongarse la balcanización de América en lo económico y en lo político hasta el 22 de octubre, cuando se unió al Gobierno de los Estados Unidos en su acción defensiva contra Rusia.

Al hacerse del dominio universal el hecho de que en el centro de las dos Américas se hallaba instalada una avanzada del ejército rojo y que se hacía realidad el viejo sueño de Pedro el Grande, la América hispana, con un movimiento de legítima defensa, de protección propia, se pronunció en forma unánime.

Así como en las guerras de ayer entre naciones hermanas no se manifestó un sentimiento de solidaridad, y en las actuales discordias entre países vecinos no se escucha la voz personal y espontánea de los pueblos que hablan el mismo idioma, venía ocurriendo también que, ante la inesperada destrucción del equilibrio de Occidente y de la seguridad del hemisferio por la existencia de un satélite soviético en el Caribe, no se reaccionaba en consecuencia con las conferencias panamericanas. Pero ese vacío se ha salvado ahora.

El año 1962 ha servido, entre otras cosas, para poner a prueba, de veras, los tratados interamericanos, y la prueba no ha podido ser al fin más positiva. Se tenía la sensación de que los gobiernos firmaban, pero los pueblos no participaban, ni siquiera emocionalmente, en los acuerdos, y carecían éstos del respaldo moral que significaría la emoción o la aprobación tácita. Por esto, a los gobiernos hispanoamericanos, particularmente cuando necesitan contar con la decisión de las masas manifestada electoralmente, no se les hacía fácil actuar a tono con los tratados ante casos de emergencia o de presunto cumplimiento de los mismos.

El desequilibrio, la falta de coordinación, la ausencia de unidad autóctona aun para las cosas más sencillas, que venía a ser el signo predominante en toda la América hispana, se manifestaba también en esta disociación. El panamericanismo era como una oficina con sede en Washington, con una burocracia inmensa, pero con los pueblos vueltos de espaldas, y no conseguía echar a andar ni aun bajo presiones psicológicas, como aquella oferta de «asociación honorable» de Woodrow Wilson, o como aquella, mucho más dinámica, «Política del Buen Vecino» de Roosevelt. La alianza para el progreso está llegando también a su centro de prueba.

Y siendo el panamericanismo la ventana por donde se supone que Hispanoamérica miraría hacia los Esados Unidos con un poco de amisad sincera, de relación sin cólera, de firme deseo de marchar juntos, ¿qué es lo que quedaba a unas naciones que no quieren vivir dentro de sí mismas, ni convivir con sus hermanos reales, ni practicar el hispanoamericanismo como lo siente la Hispanidad?

Quedaba una actitud un tanto bizca, dual, que permitía mirar hacia Rusia al mismo tiempo que se observaba a los Estados Unidos.

A éste se le piden los caudales y a aquélla la amistad que deberá balancear la influencia decisiva que ejercería Norteamérica de actuar sin rivales.

Y como no hay una coordinación real entre las naciones hispanoamericanas mismas, la orfandad de ideas se traduce en la convulsión, en los gestos airados, en la tumultuosa vida que llena de temor las calles y que lleva a las agencias cablegráficas a mostrar todos los días al mundo no americano una América hispana en trance de sorpresa constante.

Al finalizar el año, cuaja una actitud más unificada y, por lo tanto, más enérgica y segura.



Vista aérea de la base de Guantánamo, en Cuba, que ha cobrado actualidad con motivo de la orden de bloqueo dada por el Presidente norteamericano el 22 de octubre.



El Presidente brasileño, João Goulart, durant calles de la capital, acompañado del Pr

VIII

Factores determinantes

El cuadro general de ese mundo en temblor nos lo pintan, entre otros, los factores siguientes:

— Excesiva tensión hecha sobre Hispanoamérica por los dos grandes focos o centros de atracción que hoy polarizan las ideas políticas y económicas en el mundo.

— Excesiva neurosis política, sin tener a mano estructuras sólidas, ni métodos tradicionales útiles para la hora

actual, ni una ideología vigorosa. Se está en la política, pero sin una política.

— Riada de juventudes saliendo del Continente hacia centros de preparación comunista, en Cuba o en los países del bloque marxista.

— Crisis de la alta cultura y de la cultura universitaria en casi todos los países. Polémica prematura entre pragmatismo y cultura humanista. Anémica relación cultural y de formación de nuevas generaciones en medios hispánicos.

— Puesta en fuga, por el terror político esparcido desde el Caribe, de los capitales que debían servir de base para una gran política de desarrollo. Naciones como Venezuela, indiscutiblemente ricas, encuéntranse atravesando crisis económicas que no tienen más origen que el miedo del capital a la revolución.

— Imposibilidad casi irremovible de Norteamérica para poner en práctica la alianza para el progreso, no sólo por la obstaculización de los grupos de izquierdas, sino por la carencia de técnicos y de fe en la aplicación correcta de los capitales ofrecidos. Por otra parte, la fuga de capitales privados deja a los Estados Unidos en la difícil posición de no contar con colaboradores nacionales para los planes de la alianza.

— Desconcierto general de las naciones ante la nueva modalidad de la política pro izquierda que muestran algunos ejércitos. Tanto en el Ecuador como en el Brasil y en la Argentina se produjeron evidencias de quiebra en la estructura militar, considerada hasta hace poco como inquebrantable en cuanto a la ideología.

— Desconcierto general del capital y de las «derechas» ante la actitud de los movimientos de la democracia cristiana, que en muchos sitios de América coinciden en más de un planteamiento con las tesis comunistas.

— La pérdida del miedo al comunismo en los medios católicos e intelectuales, donde la influencia de Jacques Maritain ha conseguido renacer la inclinación al Frente Popular y a la «mano tendida», uniéndose a la fe en la práctica de la «nueva clase», hizo que haya recobrado el comunismo ruso gran parte de la influencia que ya había perdido en los medios intelectuales y universitarios. La tendencia al hedonismo, tan arraigada en la América hispana, ha encontrado en los privilegios de que disfruta la «nueva clase» en los países comunistas una justificación inesperada para dar de lado a los temores que antes inspiraba el avance del bolchevismo. La Unión Soviética, a través de Cuba, invierte sumas fabulosas en asegurar el bienestar de los intelectuales y de los jóvenes universitarios con vocación política o necesitados de becas. Y el hecho de que en muchas universidades norteamericanas infiltran los mismos venenos ideológicos que en las rusas o chinas, destruye en gran parte el programa de persuasión cultural occidentalista. Los estudiantes que van a Rusia, a Praga o a China aprenden, efectivamente, a odiar al capitalismo y a defender el bolchevismo; los estudiantes que van a los Estados Unidos aprenden, por lo general, a criticar tan intensamente la sociedad occidental, que de hecho se convierten en agentes de propagación del comunismo a cuenta del «complejo de culpabilidad» que siembran en los jóvenes algunos profesores *rojos* y *rosados.*

IX
Hay que reforzar la personalidad propia

El cuadro general de 1962 presenta, pues, a última hora, una extraordinaria mejora en cuanto a la situación de Hispanoamérica. La solidaridad mostrada en la solicitud del bloqueo de Cuba, que el Presidente de los Estados Unidos hizo apelando fundamentalmente al Tratado de Río y a otros documentos colectivos de América, ha trazado una línea positiva y deja establecida toda una nueva política para el futuro inmediato. Después de un movimiento colectivo de esta magnitud, es lógico augurar mejores perspectivas inmediatas en la alianza para el progreso y en la lucha común por la estabilidad de América, vuelta hacia la justicia social y el combate del subdesarrollo, pero vuelta también hacia la enérgica defensa de sus esencias propias.

Es de subrayar el hecho de que el Gobierno de España, respondiendo a los auténticos sentimientos de la Hispanidad, adoptó solemnemente el acuerdo de respaldar la actitud que encabezara Norteamérica y que representaba en realidad el sentir de todos los pueblos hispánicos, como lo demostró la práctica del bloqueo y las acciones sucesivas.

Ya casi al finalizar el año quedaron despejadas, pues, muchas incógnitas. América echó a andar con paso firme hacia una posición que conduce a reafirmar su propia personalidad, y el orbe ha respirado al comprobar que el Nuevo Mundo está ahora en pie, lleno de conciencia, ocupando su puesto de avanzada en la lucha por la supervivencia y la victoria definitiva de la civilización cristiana del Occidente. G. B.



su visita a México, recorriendo en coche las idente mexicano, Adolfo López Mateos.



Reunión plenaria del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas para estudiar la situación creada en el Caribe por el bloqueo de Cuba, en respuesta a sus provocaciones.



El Presidente de Colombia, doctor Valencia, con el presidente del Congreso, doctor Caicedo, y el director y el secretario del I. H. L. A. D. I., señores Yanguas Messía y García Arias.

El Congreso hispano luso americano de Bogotá

Solidaridad, doctrina y organización, fines inmediatos

BAJO el título «Un Congreso de relieve», el diario *El Espectador*, de Bogotá, publicaba el 3 de octubre de 1962: «Es verdaderamente afortunado para Colombia que nuestra capital sea la sede del Congreso Hispano-luso-americano de Derecho Internacional, precisamente en las actuales circunstancias, cuando los temas que en él se debatirán ocupan preponderante lugar en la atención pública.» A lo que añadía:

«El Instituto que sirve como casa matriz a dicho Congreso, y que funciona en Madrid, es una entidad de indiscutida categoría científica que no ha declinado por causa de los vaivenes políticos. Por encima de éstos, muy al contrario, en ese Instituto ha alentado invariablemente el impulso hacia el perfeccionamiento científico de reglas y sistemas de Derecho exterior que son necesarios para que nuestros países—los que hablan el español y el portugués, y comparten tantas características en su vida de relación con el resto del mundo—hagan valer sus derechos y sus aspiraciones en el juego complejo y tornadizo de la vida internacional.»

Tal es, en efecto, la razón de ser de este Instituto, creado en el Congreso de 1951, en Madrid, por iniciativa de un ilustre jurista colombiano recientemente fallecido, el doctor Yepes, reunido de nuevo en los sucesivos Congresos de 1953 en São Paulo (Brasil), 1957 en Quito (Ecuador) y 1962 en Bogotá, y cuyo venidero V Congreso se celebrará en San Salvador, por invitación del Gobierno salvadoreño.

Institución científica no gubernamental, el Instituto Hispano-Luso-Americano de Derecho Internacional (I. H. L. A. D. I.) no puede dictar reglas obligatorias, sino ofrecer sencillamente a los Estados esquemas ideales, fruto del contraste de pareceres entre juristas de nuestra comunidad, libremente elegidos por el propio Instituto.

Las finalidades principales señaladas por los Estatutos de Quito al I. H. L. A. D. I. eran estas tres:

«Desarrollar la solidaridad entre los juristas de la comunidad hispano-luso-americana y filipina, mediante el acercamiento y el intercambio intelectual de los cultivadores del Derecho Internacional.»

«Cultivar y difundir la doctrina de la escuela clásica española de Derecho Internacional, que, por su espíritu cristiano y por la filosofía jurídica que la informa, ha ejercido eficaz

SIN IMPONER NORMAS,

influencia en la evolución del Derecho de Gentes; como asimismo, todas aquellas concepciones modernas del Derecho Internacional, tanto Público como Privado, que contribuyan al mantenimiento de la paz y de la justicia entre los pueblos.»

«Facilitar la organización de la comunidad internacional con la aportación del espíritu jurídico del mundo hispano-luso-americano-filipino.»

Finalidades que se resumen en buscar estas tres cosas: el intercambio humano, la fuente doctrinal, la aplicación práctica.

Tres de las seis ponencias discutidas en Bogotá, a las que de modo específico aludió el Presidente de la República y eminente jurista, doctor Valencia, en su discurso de apertura, se referían precisamente a lo que él, con razón, calificaba «de los más graves y complejos problemas que hoy están principiando a dificultar las relaciones hemisféricas y cuyas implicaciones pueden ser también muy grandes en la paz misma del mundo».

Versaban estas tres ponencias sobre los siguientes temas: *Coordinación del sistema de solución pacífica de conflictos en las Naciones Unidas con el de la Organización de Estados Americanos*, del que fue ponente el doctor Jiménez de Aréchaga (Uruguay); *No Intervención y Acción Colectiva*, a cargo del doctor Caicedo Castilla, ex canciller de Colombia, y *Bases jurídicas para una mayor aproximación entre los países iberoamericanos*, de cuya ponencia era autor el doctor Mario Amadeo, ex canciller de la Argentina. Temas, los tres, de viva y palpitante actualidad, debatidos en un plano de altura científica, que no excluía, en ocasiones, el ardor de tono en la justificación de los diversos pareceres.

El nudo de la dificultad y, por consiguiente, de la discusión en cuanto al primero de estos temas, radicaba en la concurrencia de sistemas diversos de solución pacífica de conflictos, en la Carta de las Naciones Unidas y en la de la Organización de Estados Americanos (O. E. A.), y la necesidad subsiguiente de determinar si los estados americanos están o no obligados a acudir a la Organización regional antes de llevar el asunto al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.

La cuestión fue largamente debatida, resaltando unos la conveniencia de fortalecer la O. E. A., haciéndola intervenir en todo conflicto regional no resuelto directamente por los estados interesados, y propugnando otros la libre determinación de todo estado para acudir en cualquier momento al Consejo de Seguridad.

Aparte estas dos contrapuestas posiciones doctrinales, se debatió la interpretación legal y la coordinación de las Cartas de la O. N. U. y de la O. E. A., especialmente del artículo 52 de la primera y el 20 de la segunda.

Las conclusiones recaídas afirman que debe mantenerse la orientación tradicional de los países americanos de consolidar y robustecer su Organización regional, y que es obligación de los estados miembros del sistema interamericano recurrir primeramente a los órganos del sistema para procurar la solución, por métodos pacíficos, de las controversias de carácter regional. Sin perjuicio de lo cual, si un estado miembro de la Organización Interamericana juzgare que la controversia a que se refiere

EL I. H. L. A. D. I. OFRECE A LOS ESTADOS ESQUEMAS IDEALES

su reclamación no ha encontrado solución debida en la Organización regional, podrá recurrir ante la Organización mundial.

La ponencia que más carga de calor puso en las deliberaciones, por la índole del tema y hallarse el caso de Cuba presente en el pensamiento de todos, aun cuando no se mencionara, fue la del doctor Caicedo Castilla acerca de *No intervención y acción colectiva.*

El planteamiento del tema, y su desarrollo histórico y doctrinal, fueron perfectos en la ponencia del doctor Caicedo. Las conclusiones, en cambio, se limitaban a decir que «las disposiciones vigentes de la Carta de Bogotá sobre no intervención y medidas contenidas en los tratados vigentes sobre seguridad colectiva, corresponden a la evolución actual del Derecho internacional»; declaración meramente introductiva, en el ánimo del propio autor, a la discusión que habrá de entablarse en las sesiones del Congreso.

Dos tendencias se manifestaron a este propósito: una, minoritaria, que ponía el acento en el principio de no intervención y miraba con recelo la acción colectiva; otra, casi unánime, que condenaba la intervención—actitud tradicional en América, primero frente a Europa, y luego frente a los Estados Unidos—, pero que reputaba legítima, y en determinados casos necesaria, la acción colectiva prevista en las Cartas de las Naciones Unidas y de la Organización de Estados Americanos.

Esta última tendencia es la que, en definitiva, prevaleció. Fue dada, no obstante, satisfacción a la minoría, especificando las condiciones necesarias para que la acción colectiva sea legítima. A la vez, y para reforzar su empleo, los señores Barcia y Mario Amadeo propusieron, y así se acordó, que, conforme a la acción colectiva prevista en las Cartas de la O. N. U. y de la O. E. A., «una organización internacional, sea universal o regional, *tiene el derecho y el deber* (el subrayado es mío) de tomar medidas para el mantenimiento de la paz y seguridad internacionales, o para defender la soberanía, o la independencia política, o la integridad territorial de los Estados».

Las conclusiones, como se sabe, fueron, finalmente, aprobadas sin ningún voto en contra.

La tercera de las ponencias a que me refiero es la del doctor Mario Amadeo, tendente a establecer bases jurídicas para fortalecer la vinculación entre los países de la comunidad iberoamericana.

Aceptada con unánime entusiasmo la idea, dos cuestiones retuvieron la atención de los congresistas: el significado de esta asociación, y la participación que en ella habían de tener las naciones progenitoras, España y Portugal, habida cuenta de su posición europea y de su vocación americana.

La primera de las cuestiones fue resuelta en el sentido de declarar que, «sin perjuicio de que la asociación pueda servir de marco para consultas de carácter político, sus finalidades principales deberían ser el fomento de la cooperación cultural, social y económica entre los países iberoamericanos».

Por lo que atañe a la segunda de las cuestiones apuntadas, quedó en las conclusiones establecido que «la participación de España y Portugal en la asociación iberoamericana debería revestir la naturaleza especial que deriva de su condición de naciones europeas y de sus lazos con los pueblos iberoamericanos».

La aprobación por aclamación de esta ponencia fue el momento de mayor emoción y solidaridad entre los congresistas. Uno de ellos, americano, declaró que nosotros mismos no nos dábamos cuenta de la trascendencia y repercusión que nuestras conclusiones pudieran en el futuro alcanzar.

He fijado la atención en estas tres ponencias, porque son las que tenían un alcance específicamente hispano-luso-americano. No me queda ya espacio para comentar las otras tres discutidas y aprobadas en el Congreso de Bogotá, cuyos méritos quiero aquí resaltar: las de los señores Schacht Aristeguieta (venezolano), sobre reglamentación de la función consular, y Linares Fleyta (cubano en exilio), sobre representaciones diplomáticas extraordinarias, y la del profesor español Tapia Salinas, referente a problemas de Derecho internacional aéreo, que suscitó especial atención y mereció grandes elogios. Se abordaban en ella temas de competencia penal por infracciones cometidas en o con la aeronave, entre las que figuraban aspectos de tanto interés actual como son los actos de apoderamiento violento de una aeronave con pasajeros en vuelo internacional, o el obligar a alterar el rumbo, o aterrizar en lugar diverso del previsto; todos los cuales —se declara en las conclusiones aprobadas— deben ser considerados delitos internacionales, para cuyo conocimiento y sanción será competente cualquier estado que haya aprehendido a los culpables.

En la ponencia del señor Tapia Salinas se consideraba, asimismo, la jurisdicción sobre los espacios interplanetarios, la condenación del empleo de proyectiles astronáuticos dirigidos o satélites artificiales como instrumentos de guerra, y la necesidad de que las informaciones y ventajas obtenidas en la utilización del espacio exterior sean aprovechadas en beneficio de toda la Humanidad y no sólo de aquellos estados que, por poseer mayores medios, efectúan esta utilización.

Abarcando en su conjunto la obra llevada a cabo, el IV Congreso del I. H. L. A. D. I. logró satisfactorios resultados. Pero su utilidad y su valor no se limitan al texto de las conclusiones aprobadas. Hay que señalar además, y muy principalmente, el aspecto humano, el intercambio de ideas, la compenetración de sentimientos, la abierta cordialidad entre los juristas de diversas nacionalidades del mundo iberoamericano que a lo largo de dos semanas convivieron en la acogedora capital de Colombia.

«Se ha demostrado aquí—decía el presidente del Congreso, doctor Caicedo Castilla—que realmente existe la comunidad hispano-luso-americana, porque no ha habido entre nosotros extranjeros; todos nos hemos sentido los mismos, unidos por el sentimiento de una fraternidad irrevocable.»

No cabe expresar con más fidelidad que lo hacen estas palabras del ilustre ex canciller de Colombia el espíritu y el ambiente del Congreso de Bogotá.

JOSE DE YANGUAS MESSIA



Grupo de participantes en el IV Congreso del Instituto Hispano-luso-americano de Derecho Internacional.

Los valores culturales de Guatemala son específicamente hispánicos

AFIRMA EL EMBAJADOR SR. APARICIO LARRAONDO

ENTRE los países centroamericanos que influyeron notoriamente dentro de la milenaria cultura maya, se destaca pujante el noble pueblo de Guatemala, que, al mismo tiempo, es un limpio crisol de hispanismo. Por ello, y en ocasión de haberle sido entregado al Jefe del Estado español, Generalísimo Franco, el Gran Collar de la Orden del Quetzal, consideramos de interés entrevistarnos con el embajador de Guatemala en Madrid, don Rafael Aparicio Larraondo. Nos recibe cordialmente, en la residencia del barrio de Salamanca, su esposa, Solita de Aparicio, y sostenemos con ella una charla previa, hasta que llega el embajador, a quien preguntamos:

—¿Origen de la Orden del Quetzal?

—La fundó el general don Jorge Ubico, gran amigo de España y el primero en reconocer durante la Cruzada al Gobierno del Generalísimo Franco. Es la Orden más distinguida de mi país, y el Gran Collar sólo se otorga a los jefes de Estado. El quetzal, esa hermosa ave de nuestros bosques, había sido siempre el símbolo de la libertad guatemalteca, ya que no puede vivir en cautiverio y muere de tristeza si se la enjaula. Ello fue el origen de adoptarla como motivo emblemático de nuestra preclara Orden. En heráldica apareció por vez primera en el yelmo del rey Francisco I de Francia. Entre los jefes de Estado a quienes fue concedido el Gran Collar figura el general Eisenhower, y en otras categorías, se ha otorgado a destacadas personalidades de la política, las artes y las letras.

—¿Significación de los valores culturales de Guatemala?

—Todos nuestros valores culturales son específicamente españoles. La importación intelectual de otros países no resulta decisiva, ya que la formación de nuestros universitarios es de base hispánica. Existen dos tendencias dispares: la liberacionista y la conservadora. La primera, de influencia francesa, y la segunda, que es la más pujante, de marcada tradición española. Pero tampoco hay que olvidar el influjo de la cultura norteamericana. Y, sobre todo, hemos de advertir que en Guatemala no existe ninguna discriminación racial.

—La tradición hispánica, ¿llega a las costumbres? Por ejemplo, ¿se proyecta en las fiestas de la Navidad?

—Su identificación es total. Las festividades navideñas guatemaltecas son similares a las de España. Los nacimientos se instalan al gusto clásico, con múltiples figurillas de evocación religiosa, pero ataviadas con los trajes típicos del país. El 25 de diciembre se entregan los obsequios de Reyes, tanto para los chicos como para los mayores, que a veces suelen repetirse en la Epifanía.

—¿Problemas económico-sociales?

—Estamos luchando denodadamente por resolverlos. Nuestras metas son similares a las de la Madre Patria. Y nos gustaría conseguir, en un futuro próximo, becas para nuestros obreros especializados con el fin de que visitaran España, y así captaran este inmenso desarrollo industrial y cultural, al propio tiempo que podrían comprobar su actualidad vital.



Los señores de Aparicio, en uno de sus recientes viajes por las rutas españolas de turismo.

—¿Qué admira más de España, embajador?

—A los españoles.

—¿Proyectos para el futuro inmediato?

—Estamos dispuestos a colaborar siempre con España, y trataremos de estrechar aún más los lazos de amistad entre los dos países.

Luego se extiende la charla con los señores de Aparicio sobre temas diversos, y nos hablan de sus viajes por España, afirmando que no han encontrado más que atenciones en todas partes y una exquisita amabilidad para el turista «sin ninguna explotación económica», a pesar de que viajaban de riguroso incógnito.

El embajador ha publicado varios ensayos de carácter histórico y editará pronto un *Manual de diplomacia.* Cursó los estudios en la Escuela de Diplomacia de la Universidad de San Carlos y desempeñó cargos en Guatemala y en Haití. El nombramiento para la Embajada de Madrid le ha producido la mayor satisfacción de su carrera, por ser descendiente de españoles. Y de todos es conocida la serenidad y la elevación con que este ilustre diplomático desempeña su cargo en una actividad eficiente de servicio para su país y de afecto para España, en esta etapa de relaciones fraternas, rubricada por la visita que el vicepresidente del Congreso de Guatemala, don Lionel Sisniega, ha realizado a las Cortes Españolas y a su presidente, don Esteban Bilbao.

M. R. M.

El embajador extraordinario de Guatemala don José Quiroga, en el acto de entrega del Gran Collar de la Orden del Quetzal al Jefe del Estado español, Generalísimo Franco. Asistieron al acto el ministro de Asuntos Exteriores de España, señor Castiella, y el embajador de Guatemala en Madrid, señor Aparicio.

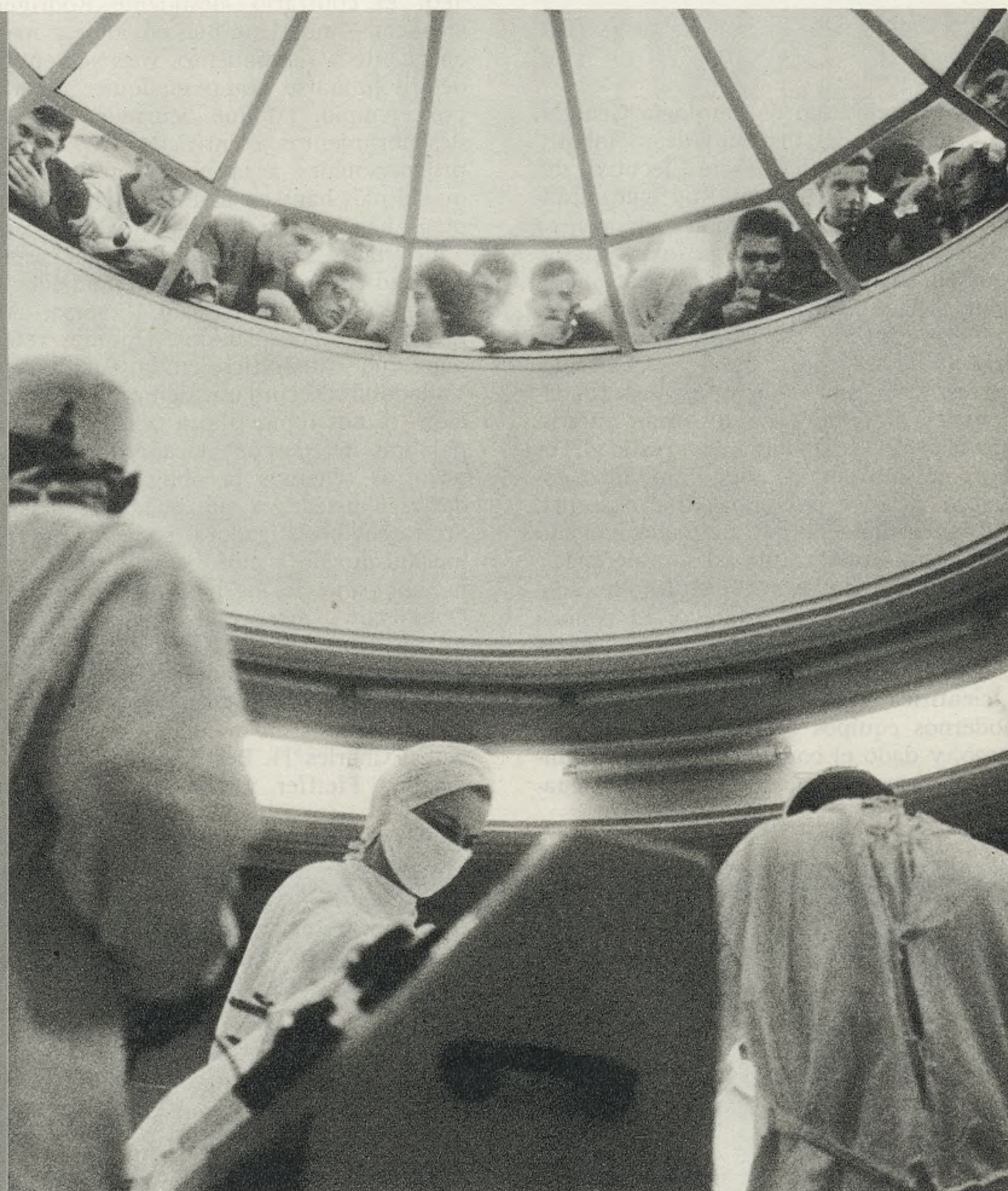


La Medicina española a través de sus hombres

RODRIGUEZ CANDELA:
"El español está tan dotado para la investigación como cualquier otro europeo."

MARTINEZ BORDIU:
"Prácticamente, las enfermedades del corazón se operan ya casi todas."

ROF CARBALLO:
"La Medicina vuelve a su tradición humanística."



Si la característica definidora de la Medicina de nuestro tiempo es la velocidad —hasta el punto de que, como tantas veces se ha dicho, la ciencia ha adelantado más en el último siglo que en muchos de los anteriores—, preguntémonos por el ritmo y la actualidad de la Medicina española. ¿Responden nuestros saberes curativos a esa actualidad y ese ritmo que marca el mundo? La todavía reciente concesión del Premio Nobel a un investigador español, el prestigio internacional de nuestra oftalmología y cirugía, así como la gloria ya indiscutible de unos cuantos nombres de médicos nuestros, indican que, en todo caso, el español está tan dotado para estos nobles ejercicios como cualquier inglés o alemán, por ejemplo.

Sentado esto, se trata de saber qué orientaciones y novedades apuntan ahora mismo en el ya nutrido panorama de nuestra Medicina, de la investigación a la cirugía, de la clínica al laboratorio. Se trata de conocer un poco la actual Medicina española a través de sus hombres. Tres de ellos, todavía jóvenes y ya prestigiosos, nos sirven como iniciación al tema, y dan perspectiva humana a sus respectivas especialidades: un investigador, un cirujano y un internista.

FRANCISCO UMBRAL

la pasión investigadora de RODRIGUEZ CANDELA

Catedrático de Patología General, director del Instituto de Metabolismo y miembro del Consejo Ejecutivo del C. S. de I. C., el doctor Rodríguez Candela es figura muy singularizada dentro del escueto panorama de la investigación española. Digamos que la investigación médica nace como tal en nuestro país en 1940. Antes de esa fecha, sólo es dado citar individualidades. Cajal y Ochoa pueden ser dos puntos de referencia fundamentales a la hora de historiar nuestra actividad investigadora. En realidad, es ahora mismo cuando dicha actividad comienza a tener porvenir entre nosotros. Rodríguez Candela, que tanto ha luchado al respecto, nos formula así su esperanza:

«Los investigadores españoles lo esperamos todo de Lora Tamayo. El conoce bien nuestros problemas y parece dispuesto a resolverlos.» La investigación clínica y científica cuenta hoy en España con modernos equipos técnicos, que, sin embargo, y dado el constante progreso mundial al respecto, pueden quedar anticuados si nuestro país no se esfuerza por mantenerse a la par de dicho progreso. La sociedad española—hay que decirlo—no ha tenido nunca una idea muy clara de lo que es un investigador, y esto hace que las dificultades de desenvolvimiento hayan sido siempre grandes para los hombres del microscopio y la probeta. Hoy, a través de algunas fundaciones filantrópicas—la de March, concretamente—y de la creciente ayuda estatal, todo esto comienza a remediarse. También reciben nuestros investigadores una importante inyección de dólares anualmente. Nuestra investigación está en línea para emparejarse con la europea, porque no es cierta ni admisible aquella monserga tópica y malintencionada o fatalista de que el español no está dotado para tales tareas. «Por el contrario—desmiente Rodríguez Candela—, no tiene que envidiar a nadie en cuanto a rendimiento, y es susceptible de disciplinarse como cualquier alemán, por ejemplo. Lo que ocurre es que los descubrimientos científicos son siempre proporcionales a la inversión de dinero que el país haga en investigaciones, y nosotros, hasta ahora, hemos invertido poco.»

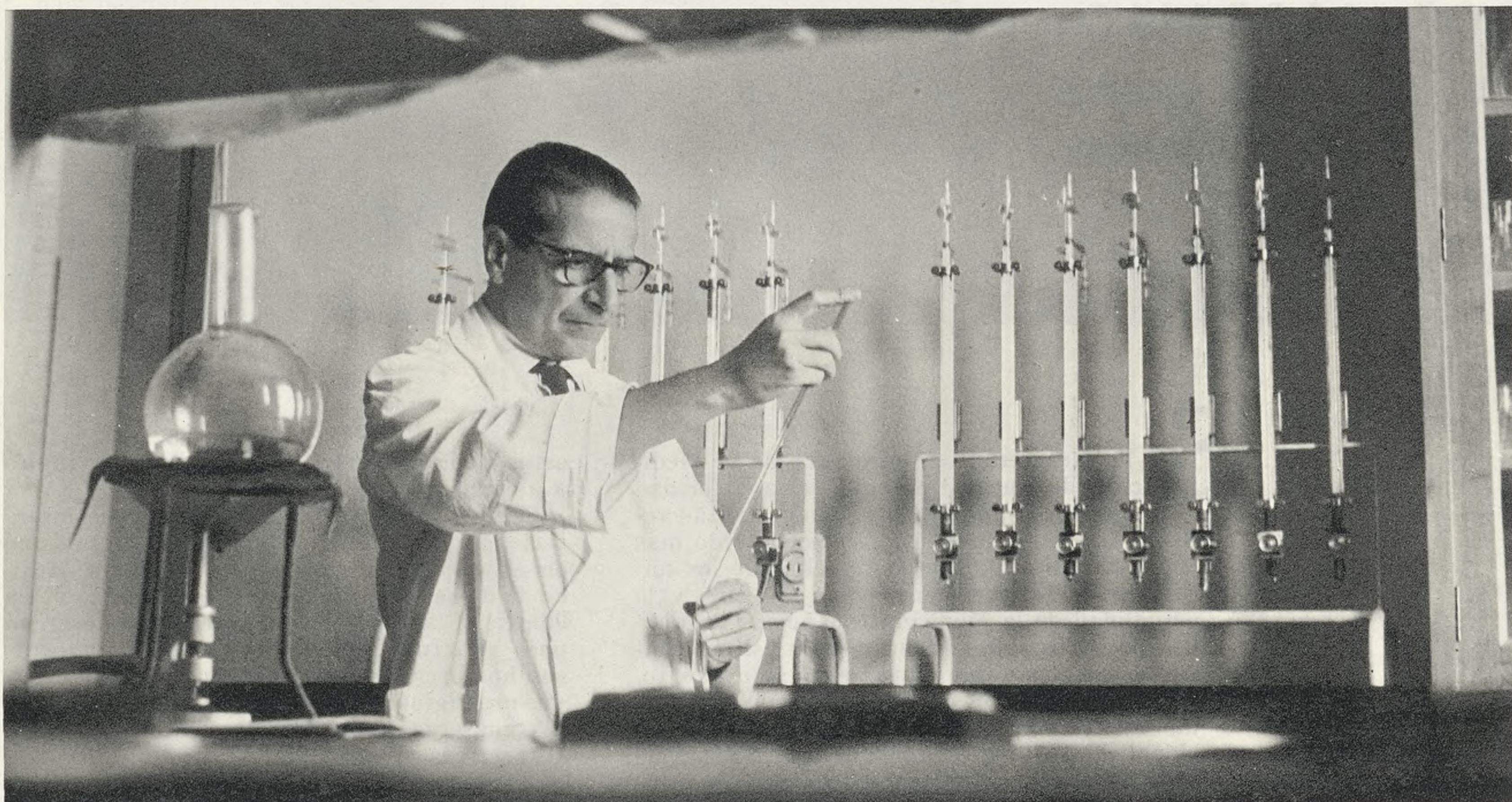
Rodríguez Candela acababa su carrera de Medicina en 1931. Ha estudiado en Suiza, Canadá, Inglaterra, Francia, Alemania y Estados Unidos. Durante veinte años fue catedrático en la Facultad de Valladolid. Recordará siempre con emoción—y nos repite ahora fielmente—unas palabras del doctor Marañón: «Candela, nosotros tenemos la obligación de ayudarles a ustedes a que puedan trabajar.» Su tarea investigadora se centra en el mecanismo de acción de la insulina y el metabolismo de los hidratos de carbono. Opera con páncreas de pato, que secciona en cortes muy finos, estudiando el mecanismo de salida de la hormona. De sus investigaciones pueden resultar avances definitivos en la lucha contra la diabetes. Charles H. Best, descubridor de la insulina Pfeiffer y Foa son sus ilustres predecesores en este campo de la investigación.

Los descubrimientos de los investigadores, fundamentales para el progreso de la medicina aplicada, a veces no manifiestan su utilidad hasta mucho tiempo más tarde de haber sido realizados. Ocurre que los frutos de la más concienzuda investigación tienen, en ocasiones, una versión estandardizada que se presta a la fabricación y consumo en gran escala. Sobre estos productos suelen actuar los imperativos de la circunstancia y de la moda, inevitables en todo lo que llega al dominio del gran público. Así, hemos pasado en los últimos años por la moda del calcio, de las vitaminas o de los diversos detergentes. Ahora parece que estamos en el momento de los tranquilizantes. Los tranquilizantes están de actualidad, y sobre esta moda nos confía el doctor Rodríguez Candela su autorizada y reveladora opinión:

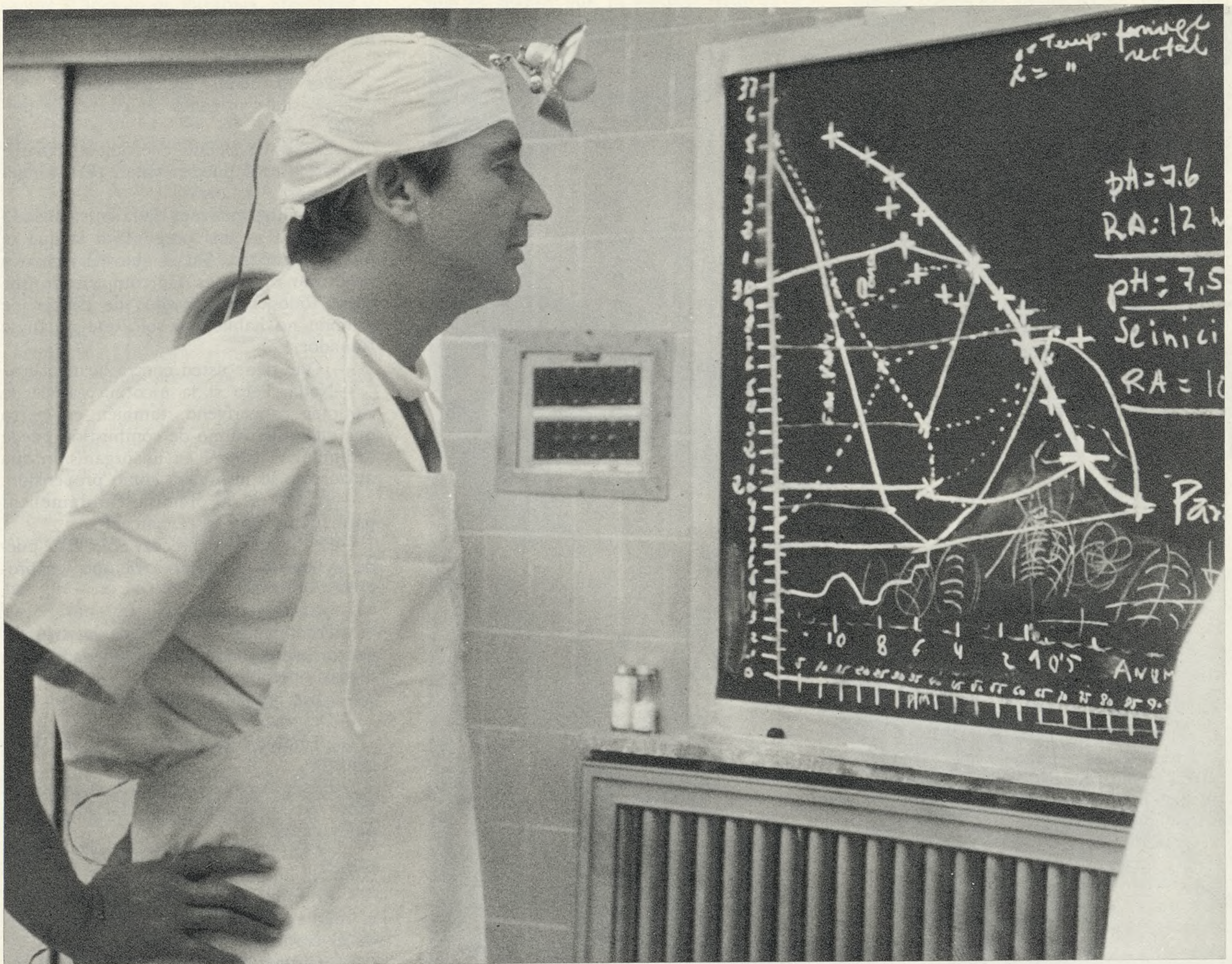
—El tranquilizante viene a sustituir una faceta de la personalidad. Nadie debiera tomarlos. La falta de una verdadera educación intelectual es lo que produce esas crisis que queremos soslayar con los tranquilizantes. En realidad, lo que falla es el eje diamantino de la persona. Si en España los tranquilizantes no son un vicio nacional, afortunadamente, como en otros países, es quizá porque al español le salva siempre su sentido del humor y su capacidad para ironizar sobre la propia infelicidad.

Rodríguez Candela tiene un régimen de trabajo muy metodizado. Se levanta a las ocho y cuarto de la mañana y, en buen tiempo, suele dar un paseo en coche hasta Barajas. A las diez está en su laboratorio, de donde ya no suele salir hasta las nueve y media de la noche. En días alternos de la semana tiene consulta médica.

—Pero la verdad es que un investigador necesita dedicarse íntegramente a su vocación—concluye.



El doctor Rodríguez Candela, director del Instituto de Metabolismo, en el que realiza sus investigaciones.



El doctor Martínez Bordiú, en los preparativos de la operación.

así opera y así opina el doctor MARTINEZ BORDIU

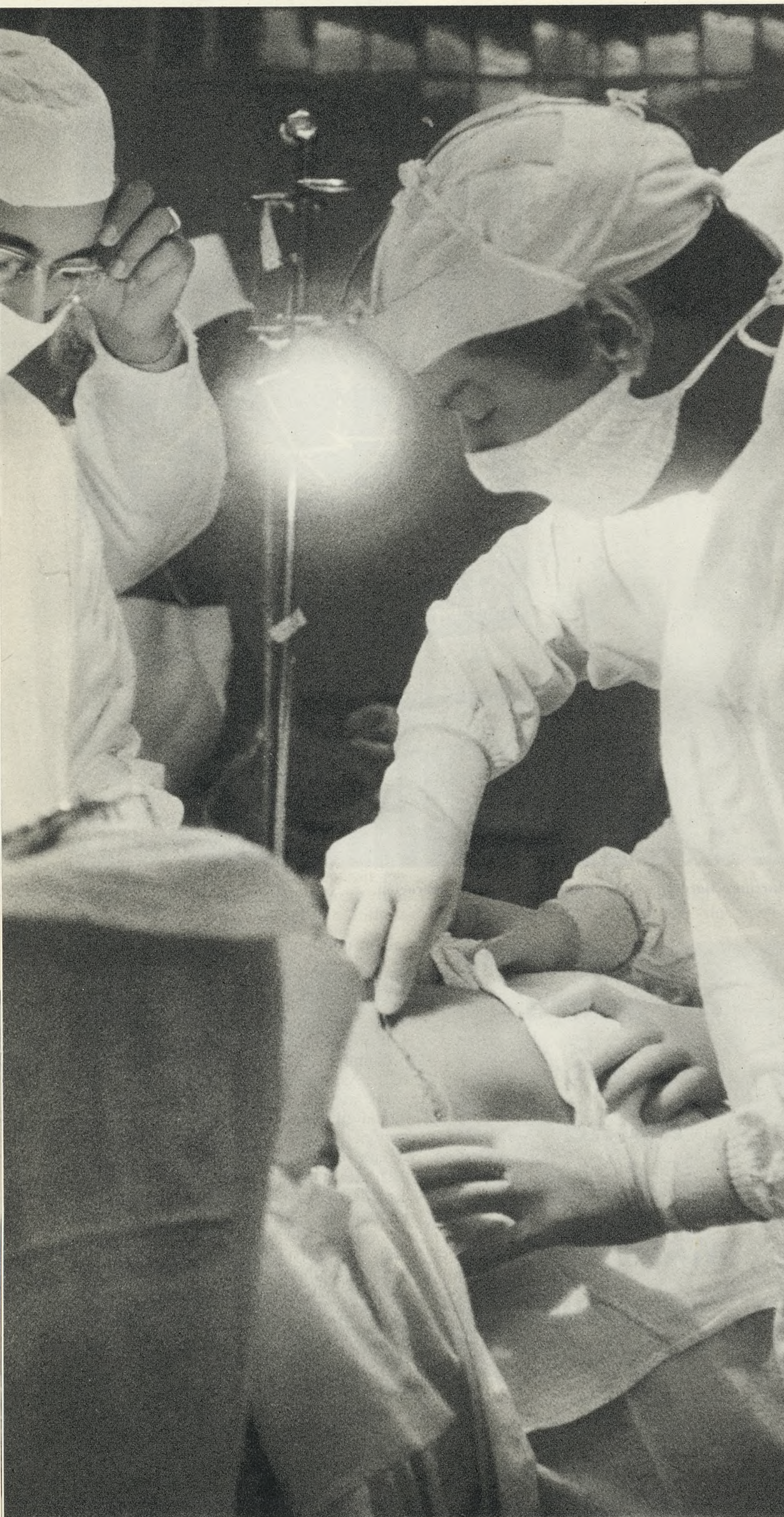
Hay hombres que desabrochan sutilmente el pecho de sus semejantes para poner en hora las manecillas del corazón. El doctor Cristóbal Martínez Bordiú, cirujano del latir y el respirar, lleva ya más de diez años de intensísima dedicación al quirófano. Actualmente viene realizando varias operaciones diarias de pulmón y corazón. Como él mismo nos dice, esta actividad sólo puede soportarla un hombre joven y en la plenitud de sus energías.

La cirugía española, que siempre ha sido una avanzada de nuestra Medicina, incorpora hoy las últimas técnicas y adelantos del extranjero. Concretamente, el equipo del doctor Martínez Bordiú realiza ya operaciones a corazón parado durante cincuenta y siete minutos. Hemos asistido con este equipo a una operación pulmonar en la Facultad de Medicina de Madrid. «La tuberculosis pulmonar—nos dice—no ha sido vencida tan de plano como suele creerse, sino que hoy, gracias a los antibióticos, permanece subyacente en enfermos que la sobrellevan sin síntomas externos.» Aun cuando sus preferencias profesionales llevan a Martínez Bordiú—el doctor Bordiú, entre sus compañeros—a soslayar casi siempre los casos de plastia, son muchos los pulmones que ha de operar a lo largo del año. A pesar de los antibióticos, todavía se dan con frecuencia los casos en que el bisturí ha de realizar el trabajo más delicado y decisivo en la curación de la tuberculosis pulmonar, si bien es cierto que cirugía y antibióticos suelen complementarse satisfactoriamente en la lucha contra el bacilo.

Había en el quirófano, durante la operación que hemos presenciado, gentilmente invitados por el doctor, un clima de seguridad que acabó por disipar nuestro inevitable nerviosismo. A más de los ayudantes del doctor Martínez Bordiú, asistía a la intervención un cirujano llegado expresamente de provincias para verle actuar. Asimismo, desde la claraboya, las caras atentas de los estudiantes de Medicina observaban la marcha de la operación. La voz del operador conversaba serena, daba instrucciones, pedía objetos a la enfermera. «Si usted quiere preguntar algo, le contestaremos entre todos, en coloquio.» Sus manos, enguantadas y seguras, trabajaban sin descanso. Sin duda, todo marchaba bien.

Este hombre, que fuera del quirófano puede producir una sensación de nervioso dinamismo, crea y comunica confianza cuando está trabajando sobre un cuerpo en la mesa de operaciones. Hubo un momento en que los comentarios de los estudiantes, allá en la rotonda, sonaban demasiado. El doctor Bordiú levantó la cabeza hacia ellos y, jovialmente, les rogó silencio. Los chicos redoblaron su atención.

Después de la operación, felizmente resuelta, charla, comentarios y unas cervezas. «La cirugía del tórax y la Medicina en general tienen planteado un problema mucho más grave y complejo que el que



El primer corte de una operación pulmonar.

hoy hemos resuelto: el cáncer de pulmón.»

—¿Opera usted muchos?

—Por lo menos, un caso diario.

—¿Posibles orígenes del cáncer de pulmón?

—Eso sigue siendo cuestión a debatir. Todas las tesis pueden valer, pero ninguna descarta las otras.

—¿Agentes externos de la enfermedad?

—Esa ya es una pregunta a la que se puede contestar. Ahí sí que me atrevo a aventurar opiniones. He comprobado que entre todos mis operados de cáncer de pulmón no había uno solo que no fuese fumador.

—¿Qué tiene usted contra la nicotina?

—Nada. Pero si la nicotina carece de carácter cancerígeno, también es cierto que cualquier humo de combustión puede estimular el cáncer en un organismo que quizá sólo lo insinuaba como propensión.

—¿Cuál es la premisa fundamental para luchar contra el cáncer?

—El diagnóstico precoz. Sólo esto puede ayudarnos a atajar a tiempo los progresos del mal.

—¿Cirugía cardíaca?

—Prácticamente, la cirugía ha triunfado ya sobre todas las enfermedades cardíacas operables.

—¿Las hay que no lo son?

—Desgraciadamente.

—¿También se operan los males congénitos?

—Desde luego. Se operan y se corrigen, tanto en la víscera como en los principales vasos.

—¿Cuál es el enemigo número uno del corazón humano?

—El reúma. Dice una frase médica que el reúma lame las articulaciones y muerde el corazón.

—¿Cirugía del futuro?

—Cuando una medicina ideal del futuro haya llegado a curar enfermedades que hoy sólo tienen solución quirúrgica, la cirugía resolverá y rectificará cada vez con más perfección deformidades y deficiencias congénitas del ser humano.

Así opera y así opina el doctor Martínez Bordiú.

ROF CARBALLO y la Medicina del futuro

● El doctor don Juan Rof Carballo se consagró durante largo tiempo a la investigación y al trabajo de laboratorio, ocupándose de problemas relativos al metabolismo y a las enfermedades de la

sangre. Dicípulo de Pittaluga, Sternberg y Eppinger, hizo con este último su tesis doctoral sobre *Función de los ácidos grasos no saturados en el organismo* (1933). Pensionado en Viena, Berlín y Colonia, su dedicación ha sido para los estudios neurológicos. Actualmente dirige un departamento de Medicina psicosomática en el Instituto de Patología, fundado por Marañón en el Hospital General.

Su obra más conocida es la *Patología psicosomática* (1949), considerada actualmente como un libro clásico. Otros libros suyos son: *Cerebro interno y mundo emocional* (1952), *Disproteinemias* (1953), *Urdimbre afectiva y enfermedad, Introducción a una medicina dialógica,* además de varios volúmenes de ensayos: *El hombre a prueba, La medicina actual, Mito e realidade da Terra Nai* y *Entre el silencio y la palabra.*

Para el doctor Carballo la Medicina española comienza a cobrar rigor científico, naturalmente, a partir de Cajal. Nombres como los de Marañón y Pittaluga son hitos que a él le importa siempre destacar en el curso progresivo de nuestra ciencia. «Asimismo, los doctores Jiménez Díaz, en Madrid, y Pedro Pons, en Barcelona, centran sendos núcleos de estudio y trabajo.» Rof Carballo ve con optimismo cómo las últimas promociones de jóvenes médicos ganan cada día en formación y rigor. Cuando él era estudiante, el núcleo del alumnado médico se dividía en dos grupos: el de formación alemana y el de formación anglosajona. La disyuntiva estaba entre aprender alemán o aprender inglés. Rof es de los que optaron por marchar a estudiar a Alemania, llegando a tiempo de asistir todavía al último gran esplendor de la vida científica centroeuropea, como joven pensionado. El lo cuenta así:

—Por aquellos días (no podría decir si fue en Viena o en Berlín), un docente alemán desenvuelto me preguntó: «¿Por qué ha venido usted aquí, en lugar de marcharse a Norteamérica? Es allí donde se hace ahora la Medicina.» Era en el año 1931, y no necesito decir que rechacé la afirmación de mi colega. Toda nuestra vida entonces estaba inspirada en la admiración plena y absoluta por la Medicina teutona; respirábamos a pleno pulmón el espíritu científico de sus laboratorios y de sus aulas; nuestra admiración por las grandes figuras de su Medicina no tenía límites. Y dábamos por bien empleado el aprendizaje de un idioma lleno de dificultades con tal de poder acceder, gracias a él, al arcano que escondía: una visión sobre la clínica llena de solidez científica, severa y digna a la vez. ¡Cómo podía yo aceptar que mi amargado compañero tuviera razón! Sería renunciar al ideal y a la ilusión que alimentaba mi vida, y que por entonces se condensaba en tres palabras: Medicina de Centroeuropa.

Rof Carballo define como característica primordial de la Medicina moderna la velocidad. Ya no se trata tanto de descubrir algo como de descubrirlo antes, porque es seguro que la escuela rival va a dar también con ello en seguida. Hay una preocupación latente en el hombre y en el médico Rof Carballo: la Medicina social. Recordemos que las asociaciones de médicos de los Estados Unidos se han opuesto a Kennedy por su proyecto de extender la Medicina social o seguro médico a todo el país. También en Inglaterra encontró esta fórmula grandes obstáculos antes de llegar a imponerse. «Sin embargo, creo que la Medicina social triunfará a la larga en todo el mundo.» Preguntémonos: ¿es cierto que la Medicina social quita calidad al trabajo médico? «Por lo que a España se refiere —dice Rof Carballo—, me parece que es admirable el esfuerzo de los médicos españoles por mantener un digno nivel científico dentro de las exigencias de una actuación masiva.» Frente a la progresiva deshumanización de la Medicina—no motivada por los seguros, sino de raíz muy anterior a ellos—, un rebrote de la tradición médico-humanista busca de nuevo el contacto humano entre médico y enfermo. Rof Carballo prevé la Medicina del futuro sobre estas premisas: especialización, trabajo en grupo y entendimiento del enfermo como una unidad no disgregable de sus propias dolencias. Esto último nos lleva directamente a un primer contacto con la Medicina psicosomática, devoción y dedicación preferente de Rof Carballo. La Medicina psicosomática quiere llevar su indagación clínica hasta la biografía y la existencia toda del enfermo, bien entendido que no se trata exactamente del ya tan popularizado psicoanálisis, sino de una verdadera toma de contacto con la realidad total del paciente, de modo que determinados o indeterminados males del cuerpo lleguen a revelar que su raíz última está o puede estar en deficiencias primigenias de la persona como tal. Se trata de estudiar la importancia y repercusiones de los primeros contactos humanos de cada uno en el enfermar; es decir, la predisposición a presentar una neurosis crónica o un trastorno funcional, o una enfermedad orgánica que arranca de las primeras etapas de la existencia y las primeras relaciones interpersonales. Por consiguiente, la Medicina psicosomática no es sino la reactuación, a tenor de nuestros actuales conocimientos sobre la unidad de la persona humana, de la clásica patología constitucional, y por tanto, como ésta lo era también, el complemento inexcusable de una genética médica. Todo esto lo ha ratificado Burnet, el reciente Premio Nobel de Medicina, con la siguiente afirmación: «Inmunológicamente hablando, tiene extraordinaria importancia lo que ocurre en el organismo en las primeras semanas de la vida.»

Es interesante saber que Rof Carballo empezó rechazando enérgicamente la Medicina psicosomática y hoy ha llegado a ser un avanzado de la misma en nuestro país. Esta moderna rama de la Medicina no tiene más de treinta años de historia.



El doctor Rof Carballo, avanzado de la Medicina psicosomática.

En cuanto a su trabajo de escritor, Rof Carballo lo apoya fundamentalmente en su condición de hombre de ciencia, bien entendido que si no fuera médico, también escribiría. «Escribir es una pasión.» Actualmente prepara la publicación de algún libro científico; pero, inevitablemente, junto a estos trabajos florece el ensayismo literario, tan brillantemente cultivado por él. Tiene el proyecto de reeditar y actualizar algunos de sus textos médicos. Se confiesa hombre de trabajo desordenado. Reparte sus horas entre el estudio y el trabajo clínico. Suele escribir los sábados por la tarde. Su penetrante curiosidad por la vida le asoma siempre a los ojos.

F. U.

(Reportaje gráfico de Alfredo.)

olimpíada de la fraternidad



Su Excelencia el Jefe del Estado, Generalísimo Franco, presidió el acto de clausura e hizo entrega de los trofeos. Le acompañaron el vicepresidente del Gobierno y varios ministros. (Foto Contreras.)

los Juegos Atléticos Iberoamericanos



agruparon en Madrid a 19 países de ambos lados del Atlántico

Alberto Esteban (España), ganador de los 800 metros.



Demostración gimnástica en los II Juegos Atléticos Iberoamericanos.

EN los anales del deporte español quedará desde ahora constancia de un hecho lleno de significaciones: la celebración—coincidente con la Semana de la Hispanidad—de los II Juegos Atléticos Iberoamericanos. No sólo por lo que tuvo de extraordinaria y trascendente en el ámbito deportivo, sino porque esta competición supuso un acto de afirmación y confraternización iberoamericana. Porque fue, además, un bello espectáculo, raro en nuestros estadios, y un paso más en la carrera ascendente y formativa de nuestras juventudes, que cuentan ya con una organización y una reunión periódica de primera categoría internacional.

Por unos días, Madrid fue la ciudad acogedora de los atletas y jueces participantes en los II Juegos. Más de un millar de personas, representantes de los diecinueve países inscritos, participaron activamente en ellos. Los atletas—hombres y muchachas de dulce acento hispanoamericano o de entrañable habla portuguesa—, con el nombre o los colores de su país en los uniformes, convivieron con nuestros estudiantes en los Colegios Mayores madrileños. Se ha cumplido el propósito que inspiró a Chile al instituir los Juegos de 1960: fomentar el deporte puro entre la juventud y aproximar, con estos contactos, a los pueblos de los países iberoamericanos.

El primer fruto de esta concentración se obtuvo del Congreso Técnico de Atletismo, celebrado en el Instituto de Cultura Hispánica con ocasión de los II Juegos Atléticos y como prólogo a los mismos. A solicitud de España, la Confederación Iberoamericana de Atletismo acordó fijar su sede en nuestra patria y nombrar presidente a don José Antonio Elola-Olaso, y varias naciones se disputaron el honor de organizar los próximos Juegos, aceptándose finalmente la propuesta de Venezuela.

Una imponente masa de espectadores llenó por completo el aforo del estadio Vallehermoso, donde se celebraron las pruebas, y durante seis días—mañana y tarde—un público heterogéneo—hombres maduros, jóvenes, muchachas, niños—siguió con atención la noble lucha por el triunfo de los atletas congregados: más de trescientos, entre los que se encontraban sesenta y cuatro muchachas participantes en las pruebas femeninas.

Aparentemente, los atletas son una anárquica tropa que hace lo que quiere, desperdigada por el césped o por las pistas. Mientras en el foso saltan unos cuantos, otros se mueven de un lado a otro, corren por la cinta negra de su calle o ensayan la salida incansablemente. Se lanzan al «sprint» y retroceden. Se quitan y ponen el «chandal» de entrenamiento. El público avizora el dorsal de los atletas para identificarlos. Se ven no pocos prismáticos en las gradas y en la tribuna. Todo obedece, sin embargo, a un minucioso orden, a un riguroso control. Hay un ritual inflexible y una nomenclatura extraña para cualquier neófito: decatletas, maratonianos. El altavoz anuncia: «Atletas para las pruebas de doscientos metros, pasen a la zona de calentamiento.» Los atletas cuidan su músculo como si fuera de cristal. Pero se mueven y se contorsionan como si quisieran romperse. Los más finos aparatos de precisión miden los resultados. Los cronómetros señalan el tiempo en décimas de segundo. El anemómetro mide la velocidad del viento enemigo o favorable. El disparo para la salida rompe el silencio tenso. Veinte jueces implacables controlan la carrera.

En este juego de superación todos han sido vencedores: los atletas, domadores de sí, dueños de su esfuerzo; el público, ganado para siempre por este espectáculo; los jóvenes, emuladores, y las muchachas, enamoradas de una actividad noble, casi completamente nueva para ellas; y sobre todo, los Juegos, aquella voluntad de convivencia y de fraternidad nacida en Chile hace dos años con la primera competición.

Una vez más se ha vuelto a sentir real y cierta la amistad de los pueblos y los hombres de un lado y otro del Atlántico.

Clasificación final por equipos

MASCULINOS

1.	Venezuela	121 puntos
2.	Argentina	120 »
3.	España	120 »
4.	Portugal	80 »
5.	Brasil	79 »
6.	Puerto Rico	69 »
7.	Guatemala	12 »
8.	Chile	12 »
9.	Colombia	10 »
10.	Perú	9 »
11.	Cuba	8 »
12.	Uruguay	8 »

FEMENINOS

1.	Brasil	78 puntos
2.	Argentina	66 »
3.	Chile	63 »
4.	Cuba	30 »
5.	Portugal	8 »
6.	Venezuela	8 »
7.	Uruguay	3 »

PAIS	Número de atletas	Masculinos	Femeninos	Medallas Oro	Plata	Bronce
Argentina ...	40	28	12	8	8	6
Brasil	36	24	12	5	5	8
España	68	68	—	4	4	4
Venezuela ...	22	21	1	4	3	5
Portugal	44	39	5	3	4	1
Puerto Rico.	20	20	—	2	4	1
Chile	38	27	11	2	1	2
Cuba	25	15	10	2	1	2
Guatemala ...	5	4	1	1	—	—
Perú	16	14	2	—	1	—
Uruguay	13	10	3	—	—	1
Colombia	10	8	2	—	—	1
Bolivia	1	1	—	—	—	—
Costa Rica ...	4	4	—	—	—	—
Ecuador	5	4	1	—	—	—
El Salvador...	2	2	—	—	—	—
México	24	21	3	—	—	—
Paraguay	5	4	1	—	—	—
República Dominicana ...	4	4	—	—	—	—
TOTAL ...	382	318	64	31	31	31

Rolando Cruz (Puerto Rico), vencedor en salto de pértiga.





Teodoro Flores (Guatemala), campeón en salto de altura. (Fotos Pastor.)

RESULTADOS

CATEGORIA MASCULINA

PRUEBA	MARCA	VENCEDOR	PAIS
100 m.	10″ 6/10	Rafael Romero	Venezuela.
200 m.	21″	Rafael Romero	Venezuela.
400 m.	47″ 3/10 (1) ...	Germán Guenard	Puerto Rico.
800 m.	1′ 50″ 2/10 (1).	Alberto Esteban	España.
1.500 m.	3′ 52″ 7/10	Manuel de Oliveira	Portugal.
5.000 m.	14′ 31″ 6/10	Oswaldo Suárez	Argentina.
10.000 m.	30′ 14″ 6/10 (1).	Oswaldo Suárez	Argentina.
110 m. v.	14″ 7/10	José Téllez	Brasil.
200 m. v.	21″ 1/10	Rafael Romero	Venezuela.
400 m. v.	50″ 9/10 (1) ...	Juan Durzka	Argentina.
3.000 m. obst. ...	9′ 2″ 6/10	Domingo Amaizón	Argentina.
Marathon	2 h. 32′ 8″ 2/10.	Armando Aldegalega	Portugal.
Altura	2,00 m. (1) ...	Teodoro Flores	Guatemala.
Longitud	7,52 m. (1) ...	Luis Felipe Areta	España.
Triple salto	15,07 m.	Luis Felipe Areta	España.
Pértiga	4,50 m. (1) ...	Rolando Cruz	Puerto Rico.
Peso	16,06 m.	Enrique Helf	Argentina.
Disco	49,38 m. (1) ...	Enrique Helf	Argentina.
Jabalina	68,17 m. (1) ...	Alfonso Carlos de Andrés.	España.
Martillo	55,37 m. (1) ...	Eduardo Alburquerque	Portugal.
Relevos 4×100.	41″ 2/10	Brasil	Brasil.
Relevos 4×100.	3′ 15″ 4/10	Venezuela	Venezuela.
Decathlon	6.630 punt. (1).	Héctor Thomas	Venezuela.

(1) Récord de los Juegos Atléticos Iberoamericanos.

Este campesino que aún ayer se labraba su parcela con fatigas y sudores, hoy ayuda a levantar una fábrica moderna de fertilizantes, en la que más tarde trabajará, hombro a hombro, con sus paisanos. Esta nueva fábrica en el Perú, abastecerá más adelante de fertilizantes a los agricultores de la nación, pues ni el mismo país originario del guano, dispone ya de suficientes abonos para extraer a la tierra cosechas exuberantes. Al igual que en otras obras de ingeniería de todo el mundo, trabajan los científicos de Hoechst y montadores de la Friedrich Uhde GmbH., una filial de FARBWERKE HOECHST AG., en colaboración con las autoridades del país, a fin de levantar las nuevas fábricas e instalaciones, que han de contribuir a aumentar la riqueza del país.

Ayudar a la humanidad es la misión de la ciencia química, para la que

...el hombre es lo primero de todo.

Las múltiples actividades de Hoechst abarcan los siguientes campos: colorantes, productos auxiliares textiles, productos intermedios, medicamentos, productos químicos, materias primas para barnices y lacas, disolventes, materias plásticas, fibras, láminas, fertilizantes, y productos fitosanitarios, incluídos el planeamiento y construcción de instalaciones químicas modernas.



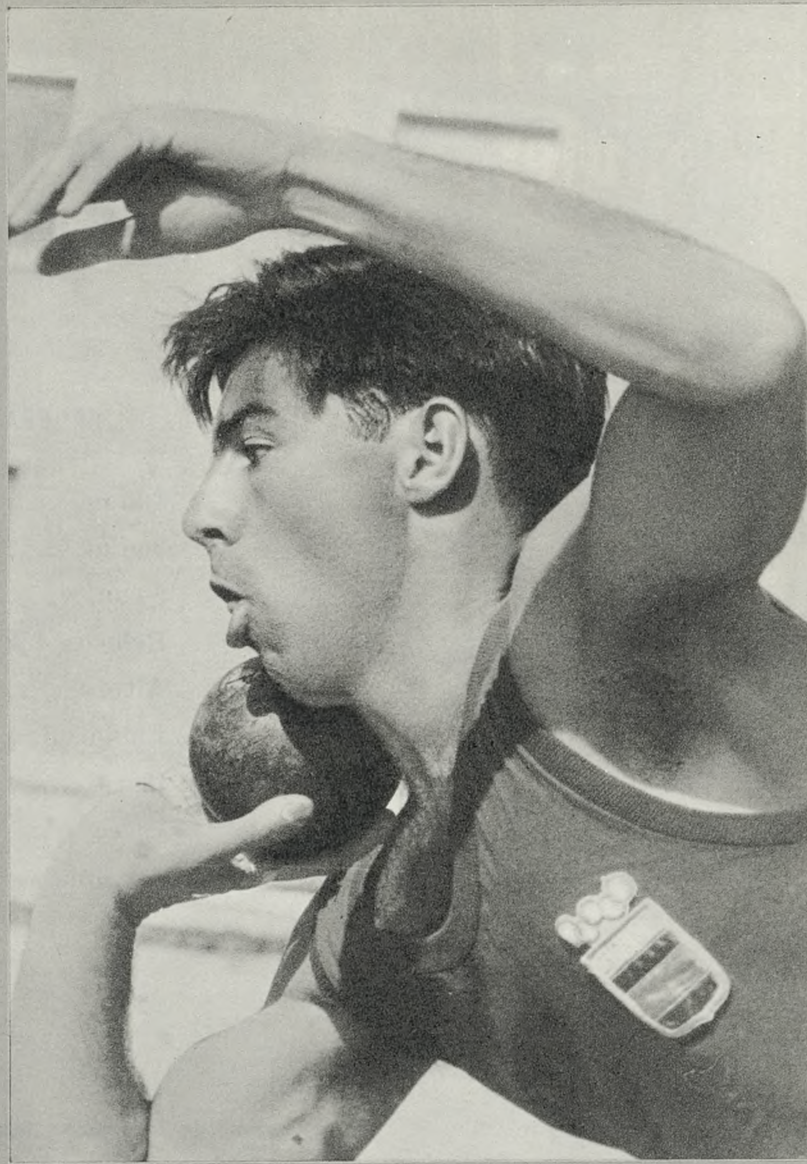
Farbwerke Hoechst AG. Frankfurt, Alemania

Representantes en España:
Hoechst Iberica S.A. Tuset, 8-12 (Edificio Monitor)
Barcelona (6)

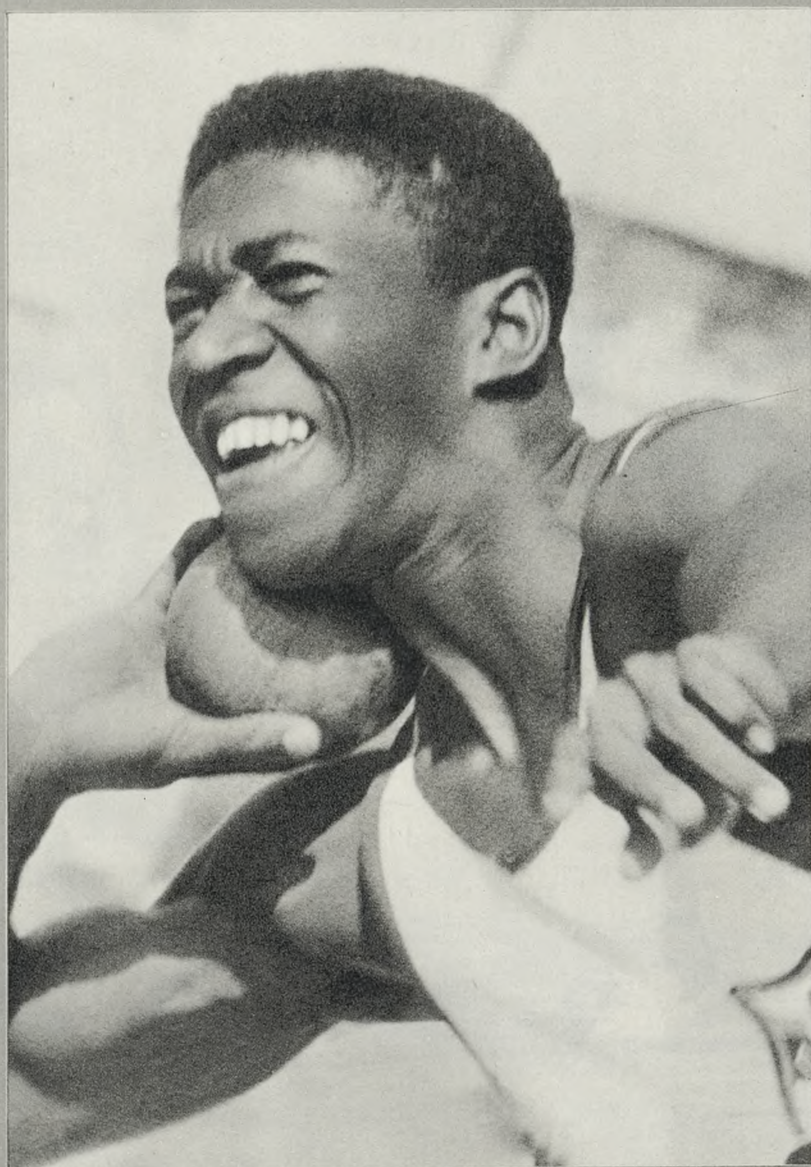
RA 31 - Sp



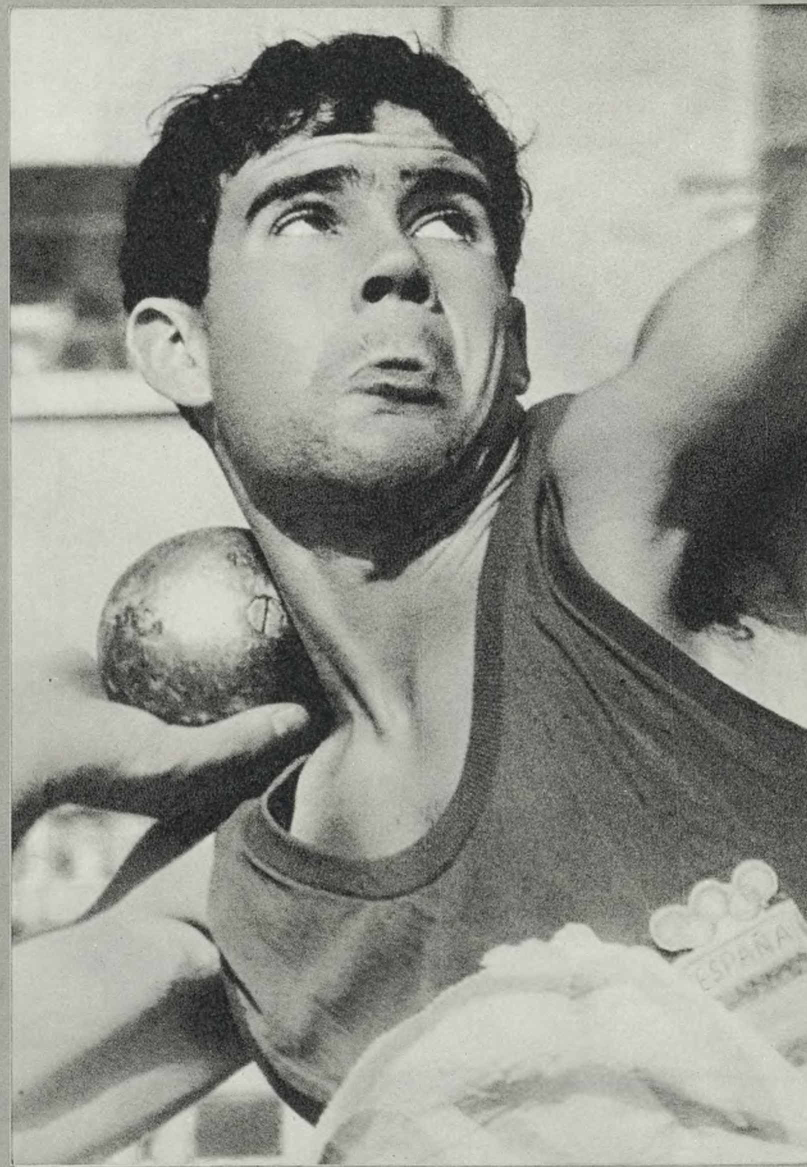
Juris Laipeniecks (Chile).



Manuel González (España).



Héctor Thomas (Venezuela).



Bernardino Lombao (España).

(Fotos Alfredo).

las mujeres de Iberoamérica se incorporan al deporte puro

CATEGORIA FEMENINA

PRUEBA	MARCA	VENCEDORA	PAIS
100 m.	12″ 3/10	Miguelina Cobian	Cuba.
200 m.	25″ 3/10	Miguelina Cobian	Cuba.
80 m. v.	11″ 3/10	Wanda dos Santos	Brasil.
Relevos 4×100.	48″ 7/10	Chile	Chile.
Altura	1,56 m.	Aida dos Santos	Brasil.
Longitud	5,58 m.	Mabel Farina	Argentina.
Peso	12,84 m.	Vera Trezotko	Brasil.
Disco	44,69 m.	Ingeborg Pfuller	Argentina.
Jabalina	45,63 m.	Marlene Ahrens	Chile.

Salida de la prueba femenina de 100 metros lisos.



La cubana Miguelina Cobian, que obtuvo las medallas de oro en 100 y en 200 metros lisos.





Aida dos Santos, brasileña, vencedora en salto de altura. (Fotos Pastor.)

DE LA NAVIDAD A LA HUIDA A EGIPTO

EL amigo de España y adelantado en la valorización de nuestros manuscritos con pinturas, Paul Durrieu—conservador del Museo del Louvre—, cuando visitó la Exposición Histórica, celebrada en Madrid el año 1893, con motivo del IV Centenario de Colón, tomó sobre la marcha unas cuantas notas, completadas después en la Biblioteca Nacional y en la de El Escorial, que vieron la luz pública aquel mismo año en el tomo LIV de la *Bibliothèque de l'École des Chartes*. En la página 14 de su trabajo se ocupa del códice de nuestra Biblioteca Nacional—vitrina 25, número 3—, de 191 hojas de fina vitela, en cuarto, decoradas, según el mencionado autor, «con muy rica ornamentación y numerosas y grandes miniaturas» (1). A los sesenta y nueve años de distancia, nos resulta demasiado inocente su crítica sobre las pinturas: «El colorido es cálido y muy brillante, aunque se le puede reprochar la desproporción de las figuras demasiado rechonchas y la exageración de movimientos y expresiones rebuscadas.» Como precisamente funda su juicio en una de las láminas con que se ilustran estas páginas, el anuncio del Nacimiento de Jesús a los pastores (formando juego con las otras cuatro: el Nacimiento, la Adoración de los Reyes Magos, la Circuncisión y la Huida a Egipto), al dejar sentado de forma terminante: «Este defecto es sensible particularmente en las escenas de la Pasión y sobre todo en el anuncio a los pastores, de un carácter casi extraño», hemos de resaltar la contradicción que implica con una observación más detenida.

De las cinco personas que constituyen las figuras centrales—tres hombres y dos mujeres—del anuncio a los pastores (folio 44 figuran en la predela, solamente a una—la del códice), además de los tres pastores que del hombre que, hincada una rodilla en tierra y envuelto en un amplio capote, abre las manos levantando una de ellas hacia el cielo—puede achacársele una relativa desproporción, si nos ajustamos a un canon rigurosamente clasicista, sin pensar en los precedentes intencionalmente exagerados de los adornos en las catedrales del Medioevo.

Es posible que uno de los detalles que movieron a Durrieu a tildar de desproporcionadas a algunas de las figuras fuese la contemplación de los brazos y manos del pastor arrodillado, cuya derecha forma equilibrada pareja con el otro compañero, encuadrando ambos las dos figuras centrales de mujeres, que con sus finísimos dedos manejan el huso, en contraste con la rudeza y abultamiento de las de los otros, que llevan gruesos mitones de blanca lana.

Ni la anatomía de los animales, ni la entonación y combinación de los colores, ni la composición de las escenas, pueden ser más perfectas en estas miniaturas, dicho esto no en sentido restrictivo, sino ampliándolo a las otras, aunque no las estudiemos en este lugar. Acaso Durrieu, en la época que emitía estas opiniones, ya estaba preparando su grandioso trabajo *La miniature flamande au temps de la cour de Bourgogne* (2)—que, aunque apareció en 1921, lo firmaba en 1914 y lo completaba en fin de impresión en 1920—, y, deslumbrados sus ojos ante la perfección de los cuadros de aquellos excepcionales maestros, no vaciló en tachar de exagerados los movimientos y de rebuscadas las expresiones.

No obstante, traemos a la memoria la maciza cabeza del rey (pliego LXV) del *Romuleon* de Eduardo IV de Inglaterra, o las figuras achaparradas de los apóstoles (pliego LXXVIII) de la muerte de la Virgen, en el *Breviario de Grimani*, o los rostros y actitudes de los verdugos de San Sebastián (pliego LXXXIV) del *Libro de horas* de María de Borgoña, hija de Carlos el Temerario, y se debe confesar que las actitudes de los personajes de nuestras cinco miniaturas, por lo menos, no son tan violentas como las de aquellas que encabezan el capítulo «De vestibus et aliis ornamentis», en las *Leyes palatinas*, de Jaime II, rey de Mallorca; ni la escena de la Circuncisión, que en nuestro caso va fusionada con la de la presentación en el Templo—según apunta L. M. J. Delaissé (3)—, nada tiene que envidiar a la de Guillaume de Digulleville en *Le pèlerinage de la vie humaine...* (hacia 1400), siendo de notar la circunstancia de que el acto de la Circuncisión en éste está realizado por una mujer, mientras que en nuestro códice corre a cargo de un sacerdote.

En sus reflexiones sobre esta misma miniatura, Delaissé añade que la cabeza de José, «parcialmente visible detrás de María, parece que no expresa sentimiento alguno, pero tiene una fisonomía tan individual, que se creería corresponde a la de alguna persona conocida». Bajo esta misma impresión dirigimos nuestra mirada a la miniatura de la Huida a Egipto, y ni en el semblante de José, ni mucho menos en su porte, así como tampoco en los personajes representando la matanza de los inocentes—incluido el propio rey Herodes—, encontramos nada de violento, rebuscado ni exagerado, aun teniendo en cuenta los detalles de realismo, como las manchas de sangre en los cuerpos de las tiernas víctimas, que dan, por cierto, la sensación de haber sido añadidas por otra mano, ya que la tonalidad de ese rojo apagado no tiene correspondiente en ninguna de las otras láminas de todo el códice y acusa una suciedad en el color e impericia en los trazos, en pugna con la transparencia, nitidez y corrección del dibujo en casi todas las láminas y orlas indefectibles en cada una de sus hojas.

A pesar de todo, la estimación que del valor artístico de este códice hace Durrieu es subida y expresiva. Para los caracteres generales de la composición reclama la influencia de Foucquet. Para el aspecto como de esmalte hace pensar en el *Cœur d'amour épris* y en la *Théséide* de Viena. Vuelve, sin embargo, a insistir en los «movimientos exagerados y actitudes violentas», muy discutibles, pero que, en general, revelan una profunda originalidad.

La encuadernación, tipo mudéjar, realizada por A. Menard, sirve de complemento artístico a este códice tan estimable.

Anejo al problema interno de la adscripción de nuestro manuscrito a una determinada escuela artística va el otro problema externo de la identificación de su poseedor. Terminantemente, se dice en el folio segundo de guardas: «Señor don Alonso Fernández de Córdoba.» Mas con el nombre de Alfonso fueron muchos los miembros que hubo en la familia del Gran Capitán —Gonzalo Fernández de Córdoba—, y principalmente cuatro, íntimamente con él unidos por lazos de estrecho e inmediato parentesco: 1.º, Alonso Fernández de Córdoba, quinto señor de la Casa de Córdoba y segundo de la de Aguilar; murió en 1424. 2.º, Alonso Fernández de Córdoba o de Aguilar, el «Desheredado», nació de Gonzalo Fernández de Córdoba, casado con doña Isabel de Figueroa. 3.º, Alfonso Fernández de Córdoba, séptimo de esta Casa y cuarto de la de Aguilar; murió a los veintiún años (en 1441) sin sucesión. 4.º, Alonso Fernández de Córdoba, el «Grande», noveno de Córdoba y sexto de Aguilar, hijo de Pedro Fernández de Córdoba—octavo de Córdoba y quinto de Aguilar—y de Elvira de Herrera—su prima—, hermano del Gran Capitán. ¿Cuál, pues, de los enumerados, coincidentes con el nombre y apellidos del supuesto posesor del códice, lo fue en realidad? Con el afán de encontrar una salida adecuada para esta cuestión, forzosamente hay que recurrir a la siguiente nota, inserta en la hoja final del manuscrito: «por comisión de los señores inquisidores en todo este libro y lo examine. no ay en el cosa sospechosa ni mala y así por orden de sus mercedes se buelue a my señora doña Teresa y se da a su merced licencia que lo tenga y use de él como fuere seruida y en fe de ser esto verdad lo firmo de mi nombre. En San Pablo de Córdoba a primero día de nouiembre de el año de 1573. Fr. Lorenzo de Figueroa.»

Y quedan, desgraciadamente, fallidas nuestras esperanzas. Todas las Teresas existentes en la familia de los Fernández de Córdoba, o con ella entroncadas, son anteriores a la fecha con que fray Lorenzo cierra su informe.

Sin embargo, objetivamente, nuestro códice, salido de manos cariñosas y expertas, que derramaron sobre él, a torrentes, a través de sus 194 folios, preciosidades de ornamentación y cuadros religiosos—sin quedarse atrás en las escenas profanas alu-



sivas a todos y cada uno de los meses—, proveniente del seno de una familia de apellidos ilustres, después de cumplida su misión en ella, sigue desempeñando en nuestra Biblioteca Nacional un papel importantísimo entre las riquezas que allí se atesoran para enseñanza, deleite y ejemplaridad, en cuantos aspectos de categoría espiritual y material se pretenda considerarlo (4).

José López de Toro

(1) Domínguez Bordona, en sus *Manuscritos con pinturas*, núm. 981, sigue en todo los pasos y opinión de Durrieu, cuyas palabras transcribe.

(2) Bruselas y París, 1921.

(3) *Miniatures médiévales de la librairie de Bourgogne...*, comentarios por L. M. J. Delaissé. Bruselas, 1959.

(4) En el catálogo de la exposición celebrada en la Casa de Cisneros, en Madrid, el año 1955, *L'héritage de Bourgogne dans l'Art international* figura con el número 81, y se dice de este manuscrito que, aunque el calendario sea al uso de Limoges, hay quienes piensan en Guillermo Vrelant, si bien existe una mayor probabilidad de que tenga más parentesco con Jean le «Tavernier».


eus inadiu
torium meū
intende.





Eus inadiu
torium me
um intende.



Deus inadiu
torium me
um intende.









Eus inadiu
torium me
um intende.





Villancicos Iberoamericanos

Canten serafines
con el nacimiento
del alto Misterio
del gran Sacramento.

Repiquen campanas,
relojes también,
clarines, tambores,
en todo Belén.

Tu llanto, canción;
tu canto, pasión;
oro los cabellos,
fuego el corazón.

¡Que viva el Niñito Dios,
botoncito de azucena!
Aquí le traigo tomillo,
toronjil y yerbabuena.

El gallo, en lo alto,
ya se ha despertado;
la Virgen se asusta
y el Niño ha llorado.

La paja está fría,
la cama está dura.
La Virgen María
llora con ternura.

¡Venid a Belén
a ver nuestro Bien!
Sus blancas manitas,
pequeñas cual son,
hicieron la tierra,
formaron el sol.

San José mira a la Virgen,
la Virgen a San José,
el Niño mira a los dos
y se sonríen los tres.

¡Ay Virgencita morena,
montadita en tierna luna,
en vos está la fortuna
y sin vos sólo la pena!

San José y la Virgen
se fueron al río.
La Virgen lavaba,
San José tendía,
y el Niño lloraba
del frío que hacía.

En el portal de Belén
hay un clavel encarnado
que por redimir al mundo
se ha vuelto lirio morado.

Manuelito lindo,
¿qué haces en la cuna,
los pies en el sol,
la cara en la luna?

Cantó el gallo negro
de pico amarillo
a la medianoche,
cuando nació el Niño.

Belén toca a fuego...
El portal en llamas...
¡Una estrella el cielo
cayó entre la paja!

Mamita María,
tatita José,
préstame el Niño,
te lo adoraré;
mañana o pasado
lo devolveré.

Herodes pregunta
si el sol ha salido;
son los resplandores
del Niño nacido.





El Niño Dios se ha perdido,
la Virgen lo anda buscando:
—¿Quién ha visto por ahí
una estrella relumbrando?

Bate asas, canta o galo
quando o Salvador nasceu;
cantam os anjos na altura:
¡Glória no céu se deu!

Bendito, louvado seja
Deus menino, Deus nascido
pelo ventre de Maria
nove méses escondido!

Entrai, entrai pastorinhas
por este portal sagrado;
vinde ver a Deus Menino
numas palhinhas deitado.
As palhinhas deitan líricos,
Menino sois meu alívio;
as palhinhas deitam cravos,
Menino sois meus cuidados.

(Recogidos por Rafael Jijena Sánchez y Arturo López Peña.)



J. G. MANRIQUE DE LARA

AYER HOY Y MAÑANA DEL ATENEO DE MADRID

antecedente histórico

Nadie lo hubiera podido decir. Aquellos ilustrados *teddy boys* decimonónicos, vocingleros de «la partida del trueno», que untaron de negro el landó del señor duque y pusieron a prueba de sangre la paciencia de las castañeras, llegaron a conseguir algo tan sólido como lo que se encierra entre las paredes de ese viejo caserón abrumado entre florituras románticas y funcionalismos decorativos. Desde el duque de Rivas a Florentino Pérez Embid ha llovido mucho. No comparo; uso de referencias cronológicas. España se ha mostrado en sus más opuestas actitudes, y la inquietud cultural de sus intelectuales ha sido en cada momento el termómetro orientador de su estado clínico. No vamos a hacer historia de unos hechos de los que tan cumplido testimonio son las páginas de Labra, García Martí, Ledesma Miranda y de cuantos escritores y ateneístas ilustres dijeron algo como testigos excepcionales o directos protagonistas de sus actuaciones. Típicos «energúmenos de salón» o arriscados disertantes.

De esa España «invertebrada», caldero en ebullición de furias incoercibles, de tan brillantes como absurdas incongruencias, el Ateneo de Madrid ha sido su más propicio y valedor escenario. Incongruentes fueron los resultados inmediatos a su primitiva fundación, en 1820. El llamado Ateneo Español, nacido con miras patrióticas y combativas, quiso promover en su seno problemas de legislación, política y economía. Sus «cátedras» enseñaron idiomas y matemáticas. Cosas demasiado concretas, que España desestimaba. El Ateneo de 1835, presidido por el duque de Rivas, compensó el desacuerdo añadiendo a su nombre el título de «literario». Sin embargo, en una real orden de 16 de octubre de aquel año fundacional se decía que tal institución «era uno de los primeros y más útiles establecimientos *científicos* de la capital, que podría servir de modelo a los que a imitación suya hubieran de formarse.» Buscábamos la ciencia en todas las esquinas de nuestra estupefacción, con un *despotismo ilustrado*, muy decorativo ante unos cada vez más altos montes Pirineos. Un gran carácter polémico tuvo el Ateneo de la Montera. Pero el que hoy perdura en el Prado vuelve con sus ínfulas de ciencia, aunque el signo de sus actividades se logre más plenamente en la literatura y en el arte.

Esa mixtificación anacrónica de estilos—la guirnalda rancia junto a la pálida madera en *décapé*, o los murales abstractos de Vento junto a los retratos de Casado del Alisal—no nos ofende. Al contrario. Nos ayuda a barruntar la barba profética del marqués de Bradomín junto al plástico borrón y cuenta nueva de los que dicen haber superado los *noventaiochos*. Allí se da uno cuenta de que es compatible el macizo Herrera con el levísimo Fisac, y Schubert con la música dodecafónica. O por lo menos, ambos son fenómenos que han ocurrido al mismo tiempo, aceptada la inmutabilidad de Cronos. Allí está todavía el polen del ingenio oculto entre laberínticos lazos, junto al tedio de los chirles y adocenados. Todos han hecho historia. Unos con altos pensamientos y otros con divertidas pamplinas. Aquellas paredes han recogido las voces de Maeterlinck, Einstein, Marconi, Bergson, el príncipe de Mónaco, Alfonso XIII y Sarah Bernhardt. De muchos conspicuos han quedado sus efigies en el salón de sesiones como si cobrasen dietas de asistencia. En la galería baja, encarcelados y fósiles, como en preteridos nichos museales, esperan —fatuo fósforo—nuestra llegada puntual en un Todoslosantos. El tiempo ha dejado tristes el vigor y la fama de nombres tan sonados sin derecho a decapitar la brillantez de sus lauros. Habría que exigirle cuentas al tiempo, ese severo juez que todo lo transforma. Cuentas como las que exigió don Ramón del Valle-Inclán cuando, cierta vez procesado, se negó a contestar a la autoridad, afirmando que sobre él solamente tenía jurisdicción el juez de Cambados.

el Ateneo, hoy

Son muchos los anacronismos. Hasta los hay de carne y hueso. Un carlista valetudinario arrumbado en un sillón, con el subconsciente en Montejurra y los brazos distraídos sobre el peluche, rendido no se sabe si por su longevidad o por el peso del enorme borlón.

Junto a él, unas pantorrillas casi núbiles embutidas en negros leotardos. Traje negro, boina negra. Como si llevara luto por tanta plenitud. Bien despierta. Con el subconsciente en Pitágoras o en Blas de Otero, y con las manos sobre el abdomen, sujetando *La decadencia de Occidente*. Por otro lado, un sacerdote «épico», sin posible reloj de bolsillo, poniendo en verso o en solfa los trapos limpios de Colón, y junto a él, un poeta ubicuo que lo mismo se asoma por la claraboya del techo que por detrás del reloj de la cacharrería. Estoy hablando de José Hierro, poeta como la copa de un pino. Suya es esta expresión laudatoria. Hay mucho contraste. Y en aquellas alargadas «ramblas» hay crecidas, riadas humanas de gran tumulto en las tardes de concierto. Los sofás parecen balsas de salvación, y los increíbles ceniceros de pie, zancudos como libélulas, caen arrollados, a veces bajo el peso de Vicente Aleixandre en su tarde de Góngora, a veces enredados en la orla de un vestido con olor a tesis doctoral. Tras un parto reciente—la crónica, la tesina, la crítica de arte o el ajuste de *La Estafeta Literaria*—, la escala obligada es el bar. Pedir una copa a Manoly—jugosa Maritornes con cofia— resulta algo muy reparador. Hierro, con su



La Biblioteca del Ateneo es una de las más nutridas e importantes de España. Sus fondos, con obras del siglo XIX, son realmente únicos.



El ambiente de sus salas y «pasillos» se ha conservado sobre el tiempo. Varias generaciones de escritores han hablado y pasado por aquí.

lógica fortaleza patronímica; Morales, suave como la benignidad de su apellido; Ponce de León, conquistador de La Florida (léase *Estafeta*), han acudido a ese mostrador, donde el apetito y la sed tienen siempre prisa para entrar en la segunda parte del concierto sin que suene el estómago en desacuerdo con Schoemberg. Quizá lo más importante de todo no sea el que Luis de Pablo, después de actuar en Darmstad, resulte colosal en el Prado, o que en la biblioteca se encuentre al alcance de la mano el mismísimo *Decamerón*, sino que, entre tantos contrastes, todos participemos de esa hermandad de las letras—hermandad social, no profesional—, en la que no se exige más documento de ingreso que la simple afirmación de haber leído a Kafka.

propósitos

El aula de Música. Un gran incentivo. La misma juventud de las «cazuelas» matinales del Monumental. En los programas, Luis de Pablo, Cristóbal Halfter, Gerardo Gombau, García Abril, Ramón Barce, Manolo Carra... Hay algo más positivo en este momento actual que la propia creación. No sólo la música. Cualquier manifestación artística puede servir de ejemplo. Estamos entrando en la era de las realizaciones, que consiste en eludir nombres propios y concertar efectos de conjunto. El teatro va siendo importante por sus realizaciones, y no por sus divos. El cine, lo mismo. Obras de conjunción. Hechos, no nombres. Sistemas que son estupendas palancas de primer género para accionar las más aventuradas empresas. El individualismo como fin es brutal. Tan sólo se propone la propia saturación, y como el espectáculo es para los demás, los que contemplan se llevan la impresión de no poder horadar el mundo interior del que crea. La idea que está madurando el aula de Música es precisamente la incorporación de los efectos armónicos al teatro. Montaje de equipos. Labor anónima de conjunto, difícil y ambiciosa, que requiere un holgado respaldo económico. Algo que sirva fuera de Prado, 21. Algo que resulte positivo para muchos.

* * *

Seguimos con las fórmulas tradicionales. Las conferencias. Precisamente un paréntesis en la introversión de los «yoístas» será la tónica de las inmediatas actuaciones. Organizar ciclos de conferencias con pie forzado o disertaciones magistrales «a fondo perdido» es siempre más cómodo. Pero hay que proyectarse hacia Europa pensando en un futuro rentable.

* * *

¿Por qué en el arte plástico las salas del Prado y Santa Catalina, aunque confusas en su hospitalidad, están dentro de una realidad más estricta? Que siga el amigo Areán fiel a la tónica de sus noventa y cinco exposiciones y de aquella antológica y trashumante de los *Veinte años de pintura española*. Todavía no hemos olvidado las cerámicas de Elena Colmeiro.

* * *

Pero hablar de juventud tan abundante y tan inquieta como la que «se pasea por el Prado» (por Prado, 21, se entiende) sin haber nombrado esas cuatro letras—*cine*—que contienen el más fecundo poder del asombro no parece posible. El cine de selección—tan escaso, por cierto—es quizá uno de los elementos más estimulantes para la intelección. Ante una pantalla sometemos el entendimiento a las más altas presiones. Cuando una película está bien ambientada e interpretada, la conciencia afectiva del espectador se excita a su máximo rendimiento de sensibilidad. En el teatro, el valor reside en la palabra. En el cine se nos da un trinomio: música, imagen y ángulo de visión. Ante una disposición de ánimo inteligentemente crítica, los propósitos de los organizadores del aula de Cine-Club son los de conseguir versiones originales en la lengua vernácula de cada país, y con su metraje genuino, sin ninguna cortapisa. Hay que ver todo lo bueno que se hace por esos mundos sin que parezca contrabando.

* * *

Y queda lo más permanente. Una biblioteca de más de 250.000 volúmenes volcada sobre la historia y con dos magníficos espejos astrales para los siglos XIX y XX. ¡Cuántas tesis doctorales han salido de esos viejos pupitres! ¡Cuántas fichas eruditas se han compulsado en esas cámaras de lectura, que parecen más bien gigantes incubadoras de ciencia! Todos son lectores activos. Nadie ha tenido tiempo para leer los rótulos donde se pinta, con caracteres sensacionalistas, la palabra «Silencio». Al darme la noticia de que van a incrementarse los fondos para adquisición de libros, lo primero que me sorprende no es la dificultad de conseguir la subvención, sino la puramente física de colocar los volúmenes. Sólo queda el techo sin anaqueles, y para poderlo ocupar hay un obstáculo definitivamente grave: la propia gravedad.

* * *

Luis Ponce de León, hombre jovial y estimulante, me dice de su *Estafeta Literaria*:

—Aspiro a establecer una tónica que vaya desde la *Revista de Occidente* hasta *El Caso*.

Y es que esta revista, desde Aparicio hasta Ponce, pasando por Morales y Jiménez Sutil —tal es su tetravalencia histórica—, a pesar de haber querido ser siempre tan moderna, resulta que tiene las mismas «épocas» que la prehistoria. Entiendo, sin embargo, el propósito del que fue brillante director de *Ateneo*. Sacudir el lastre de especialización, desminorizarla, generalizarla, sin detrimento de calidad.

Declaraciones del director general de Información

Hemos preguntado al director general de Información, don Carlos Robles Piquer:

—*¿Misión del Ateneo?*

—El Ateneo de Madrid es una institución autónoma de base asociativa, a la que el Ministerio de Información y Turismo presta ayuda para suplir la relativa escasez de los recursos proporcionados por los socios. La misión del Ateneo es la de mantener y enriquecer la importantísima biblioteca, que es una de las mejores de España, y la de albergar un conjunto de actividades culturales a través de las que los intelectuales y los artistas españoles y extranjeros conviven y dialogan, mediante la aportación y difusión de su propia obra.

—*¿Cuál es la tendencia de la nueva etapa?*

—El ministro de Información y Turismo desea dar una ayuda creciente al Ateneo, para el mejor cumplimiento de sus funciones, y desea también que la Institución se gobierne con una creciente independencia y fomente una vida cultural libre y responsable. Para este fin ha logrado la colaboración de personas eminentes, cuyos nombres son muy conocidos dentro de la vida cultural española: don José María Souvirón, don Joaquín Cervino Santías, don Gaspar Gómez de la Serna, don José García Nieto, don Jaime Suárez Alvarez, don Valentín Andrés Alvarez, don Luis Rosales, don Melchor Fernández Almagro, don José María del Moral, don Juan Velarde Fuertes, condesa de Campo Alange, don José Camón Aznar, don Antonio Castro Villacañas, don Enrique Lafuente Ferrari, don Emilio Lorenzo Criado, don José Romero Escasi, don Gerardo Diego, don Miguel Fisac, don Rafael Morales Casas, don Florentino Pérez Embid, don Godofredo Ortega Muñoz, don Saturnino Alvarez Turienzo, don José Luis L. Aranguren, don Daniel Vázquez Díaz, don Fernando Chueca Goitia, don Juan José López Ibor, don Camilo José Cela, don Luis Felipe Vivanco y don Juan Rof Carballo. Estas personas integran una Junta de Gobierno, de cuyo seno será elegido un presidente en fecha próxima, puesto que este cargo no será desempeñado en lo sucesivo por un funcionario del Ministerio. A esto se refiere probablemente el ministro cuando ha dicho, en algún comentario particular, que el Ateneo tiene una naturaleza propia y no ha de limitarse a cumplir las funciones que se le encomienden.

—*Entre los asuntos de nueva promoción se prevé la creación de la Asociación para la Poesía, como una actividad más del Ateneo. ¿Será, efectivamente, una realidad inmediata?*

—En la última Junta del Ateneo se acordó continuar las actividades del aula poética, cuyo secretario es el poeta José Hierro; sin embargo, se pretende ampliar estas actividades, y ha sido recibida con mucho agrado la iniciativa de crear una Asociación Poética que brinde los medios suficientes para el conocimiento de la poesía en lengua



En las salas de exposiciones se presentan las más variadas muestras, que son objeto de atención primero y de discusión y polémica después.

A la «letra» no puede faltarle la «música». El concierto, en sus múltiples manifestaciones, está siempre vivo en las tareas de cada curso.

española y que fomente la creación poética y vigile para que esta creación sea conservada oralmente y por escrito en la Biblioteca del Ateneo y en un archivo especial de la palabra que podría crearse.

—*¿Qué hay de cierto en las noticias sobre las nuevas tendencias?*

—El respeto a la libertad humana es un postulado del Movimiento y uno de sus principios fundamentales. Por desgracia, la historia reciente ha demostrado que los españoles no hemos sido siempre capaces de conciliar el uso de la libertad propia con el respeto a la libertad ajena, y esta peculiaridad ha obligado evidentemente a restringirla. Confiemos en que la educación para la convivencia y la elevación del nivel espiritual y material del país que resulta de estos largos años de paz permita un desenvolvimiento de aquel postulado. Sin duda, el Ateneo de Madrid puede darnos a conocer si se ha producido la deseada evolución en el modo de ser y en las costumbres sociales de los españoles. Para ello, nos proponemos invitar ampliamente a personalidades capaces de expresar opiniones contradictorias sobre el pasado, el presente y el futuro de España, en la confianza de obtener de ellas y de su auditorio el debido respeto a las opiniones de los demás. En este sentido, el Ateneo puede y debe prestar un importante servicio a España.

Madrid exhibe para el mundo

2.500 delegados en la Reunión de Carreteras



El vicepresidente del Gobierno, capitán general Muñoz Grandes, con don Eduardo Dibos, presidente de la Asociación Peruana de Caminos, y el ministro de Obras Públicas, don Jorge Vigón, en la Reunión Mundial de Carreteras.

Mil millones de pesetas vale la maquinaria mostrada en la "Exinco"

QUIZÁ sean las obras de ingeniería las menos populares, por no apelar al sentimiento estético en igual medida que las arquitectónicas. La finalidad del camino es utilitaria. Y tan decisiva, que sin él la humanidad seguiría encapsulada en clanes, es decir, habría sido incapaz de todo progreso. «La vida es camino—decía Jorge Manrique—; la vida es un río, y el río es camino que anda; caminar es vivir.» Verhaeren ha cantado los caminos de antaño, ceñidos al paisaje, sin las rectas brutales de una técnica hoy anticuada, sin los problemas que ahora suscita una vertiginosa motorización.

Porque éste es el problema: el invento de la rueda supuso un paso gigante en la evolución de la humanidad; pero la necesidad implícita de vías de comunicación pudo satisfacerse sin violentar el paisaje, sin acelerar el ritmo vital. Todavía hoy nos sonreímos ante la «rapidez» de la diligencia, execrada por Larra. En cambio, nos hace poca gracia lanzarnos a la aventura de un fin de semana en la carretera.

El motor de explosión revolucionó la técnica vial. Ya no bastaba con la calzada romana. Al camino de Santiago le sucedió la autopista; al camino real de los virreyes de Indias, la carretera panamericana. La vida se nos ha vuelto vorágine, y todos vamos con prisa, aunque no siempre sepamos bien adónde.

¡Qué impresión más cómica nos producen fotos y filmes, de no hace muchos años, en los que vemos a los primeros automovilistas, con sus gorras a cuadros, sus gafas ahumadas, sus guantes de manopla y sus guardapolvos informes! ¡Qué risa nos dan los primeros autos, carricoches absurdos que se resisten a dejar de ser berlinas o landós! Ellos fueron, no obstante, los precursores de los vehículos de hoy, los que hicieron posible la existencia de los héroes del autódromo.

Con todo, el automóvil no hubiera pasado de juguete para *snobs* si los ingenieros no se hubiesen planteado inmediatamente el problema de las rutas. Hacían falta nuevas carreteras que soportasen cargas de tráfico enormes, que permitiesen velocidades nunca soñadas. Ello suponía el descubrimiento de nuevos materiales (hormigones, mezclas asfálticas), el desarrollo de la geotecnia. Así nacieron laboratorios, fábricas, institutos consagrados a la investigación vial. Nacieron la nueva ciencia de la mecánica del suelo y la novísima del tráfico.

La IV Reunión Mundial de Carreteras

El siglo XIX lo había sido del ferrocarril. Campoamor exaltó—con tantas centellas como ripios—al monstruo desmelenado. En cambio, nuestra centuria ha impuesto la carretera. Los científicos, los economistas, vieron sus ventajas comparada con el camino de hierro. Todas las

naciones—grandes y pequeñas—acometieron la creación de esas redes viales que hoy tienden sus hilos de araña por el mundo. Las cuantiosas inversiones precisas obligaron a racionalizar, a descubrir nuevos materiales, a normalizar sistemas, a unificar criterios. En una palabra, la construcción de carreteras pasó a ser quehacer estatal. Y así, al tiempo que se crean escuelas técnicas, surgen los grandes centros de investigación: el Massachusetts Institute of Technology, en Estados Unidos; el Road Rosearch Laboratory, en Inglaterra; el Centre de Recherches Routières, en Bélgica; el Instituto Sperimentale Stradale, en Italia; el Laboratorio del Transporte y Mecánica del Suelo, en España (fundado y dirigido éste



Dos delegados de Nigeria visitando la exposición de realizaciones del Instituto Nacional de Industria.

por personalidad tan relevante como don José Luis Escario).

La colaboración esporádica entre dichos Institutos no garantizaba el progreso común. Para obviar el inconveniente se fundó en 1948 la Federación Internacional de Carreteras (I. R. F., en inglés), con oficinas en Washington, Londres y París, a la cual pertenecen más de 70 asociaciones nacionales, entre ellas la española. Y es precisamente esta Federación la que acaba de celebrar en Madrid su IV Reunión Mundial. Con éxito resonante y con asistencia de más de 2.500 delegados de 125 países, incluidos todos los de Hispanoamérica. México, por ejemplo, fletó un avión para sus 90 congresistas. Los bancos internacionales de desarrollo, las agencias de la O. N. U. y la Organización de Estados Americanos estuvieron asimismo representados.

El acto inaugural lo presidió, en nombre del Jefe del Estado, el Vicepresidente del Gobierno, capitán general Muñoz Grandes, a quien acompañaban los ministros de Hacienda y Obras Públicas y los directivos de la I. R. F., señores Steelman, Biddle y Wicart, y los de la Asociación Española de la Carretera. Tras dar lectura a un mensaje del Presidente Kennedy, el señor Mortes, director general de Carreteras, expuso el Plan General de Carreteras español, que supone la inversión, en dieciséis años, de 178.000 millones de pesetas, en mejoras y ampliaciones de la red (incluidos 3.000 kilómetros de autopista).

La I. R. F. tiene por costumbre premiar a las personas que más hagan en pro del incremento de las comunicaciones, y este año la distinción fue otorgada a don Eduardo Dibos, presidente fundador de la Asociación Peruana de Caminos.

Recordar el pasado es útil, aunque éste no fuera siempre mejor. Conscientes de ello, los congresistas inauguraron, en el Ministerio de Obras Públicas, la exposición retrospectiva de nuestras vías de comunicación. Y también, para no olvidar el presente, la *Económica-Industrial de la Carretera en España.*

Por su abundancia, son de imposible enumeración las conferencias, coloquios, proyecciones y demostraciones técnicas efectuadas a lo largo de una semana en el Instituto Nacional de Industria, sede del Congreso. Cosa además superflua, por incumbir a las revistas especializadas Mencionemos, sin embargo, a título de curiosidad, que lo mismo se ha hablado de *La mecánica del suelo en la construcción de carreteras* (profesor Jiménez Salas) que del *Ensayo de materiales para pavimentos nigerianos* (señor Ifeany Osili). Los peones camineros han interesado al finlandés Leino, y al rodesiano Sullivan Bart, la pugna entre selva e ingenieros.

La EXINCO (I Exposición Internacional de la Construcción)

La edificación y el camino son exigencias vitales del hombre. La técnica de la construcción—aplicada a la ingeniería o la arquitectura—ha de marchar al compás de los tiempos. De nada valdrían los avances teóricos si no se convirtiesen en realidad diseñando y utilizando esas máquinas mastodónticas—traíllas, grúas, palas excavadoras, tractores, hormigoneras—, que, al contemplarlas, nos dejan boquiabiertos y un poco recelosos. Las técnicas vial y de la construcción precisan de esos monstruos, como también han menester de nuevos materiales que mejoren el rendimiento y reduzcan los costes. Un país de régimen totalitario como la China comunista puede acometer empresas faraónicas a golpe de músculo. Pero los países de Occidente prefieren que la salud sea para la máquina.

Ahora bien, esa maquinaria suele ser cara y no fabricarse más que en países muy industrializados. ¿Qué máquinas puede ofrecer cada uno de ellos? Hasta ahora nadie tenía una visión panorámica, nadie había visto juntos todos esos prodigios de la industria. Y así nació la idea de la EXINCO.

España, a través del Sindicato de la Construcción, Vidrio y Cerámica, ha organizado en Madrid esta Primera Exposición Internacional, a la que han concurrido 300 firmas, de Estados Unidos, Alemania, Inglaterra, Suecia, Bélgica, Francia, España y Japón. En un recinto de 150.000 metros cuadrados se ha expuesto maquinaria valorada en 1.000 millones de pesetas, de los que casi la cuarta parte corresponde a nuestro país. Porque también se trataba de exponer los progresos hechos en este sector por la industria nacional. Muchos visitantes extranjeros ven con asombro tales avances técnicos. Esta es la impresión reinante entre los asistentes a la IV Reunión Mundial de Carreteras, congresistas que de *motu proprio* han acudido a la EXINCO, pues el certamen se ha hecho coincidir con el Congreso. Han llamado la atención las excavadoras de 45 toneladas, las grúas trepadoras, que usan como base la misma edificación, o las enormes plantas asfálticas que exhiben los alemanes, así como el pabellón del Instituto Nacional de Industria, que sigue multiplicando sus realizaciones.

Inaugurada la EXINCO, con asistencia de los ministros de Industria, de Comercio y de la Vivienda; jerarquías sindicales, jefes del Ministerio de Obras Públicas, autoridades locales y provinciales, etc., el público, en alud, ha invadido el recinto ferial, extasiándose ante esos complicadísimos aparatos que se han dado cita en Madrid, no lejos de la Cibeles, quizá en tácito homenaje a aquel maniático de la construcción—afortunadamente—que fue Carlos III.

La EXINCO es única en su clase y merece la pena. Recitales de danza, cafeterías, elección de *mises*, días nacionales,

exposiciones de pintura, premios literarios; todo cuanto podía darle brillantez y animación se ha tenido en cuenta. Y aun sin estas concesiones al gusto popular, ¿qué peligro encierra visitar la EXINCO con la mujer del brazo? ¿Va a pedir una excavadora de tres millones de pesetas? ¿Querrá colocar en el jardincito del chalet una grúa de 42 metros?

Pero la finalidad primordial de una exposición tan costosa—40 millones de pesetas los gastos de montaje—no podía ser, claro, un alarde técnico, un prurito exhibicionista. Al Sindicato de la Construcción le movía en primer lugar el deseo de contribuir a la mecanización de las empresas españolas mostrándoles cuanto se produce, lo que es importantísimo para el Plan Nacional de Desarrollo Económico, que duplicará la capacidad actual de la industria española del ramo. «Mayor producción, menor coste», el lema del certamen.

* * *

La exposición ya se ha clausurado. La EXINCO es un recuerdo, como lo es también la IV Reunión Mundial de Carreteras. Mas todos los que participaron en ambas, los que simplemente «vieron», los que llegaron, atraídos por la curiosidad, de un pueblecito español o de las estepas, la pampa o el altiplano, se acordarán de las dos con un poco de nostalgia. Y acaso, en sus países de origen, cuando un día de éstos encuentren a un nuevo amigo o vean una máquina extraña, les vendrá a la memoria que fue en Madrid donde se entabló la amistad, donde se conoció el aparato. Entonces pensarán: «Sí, fue allí. Un día de sol, uno de esos hermosos días de sol del otoño madrileño...»

A. I. L.

Planta asfáltica, considerada como una de las mayores del mundo, que se ha exhibido en la «Exinco».

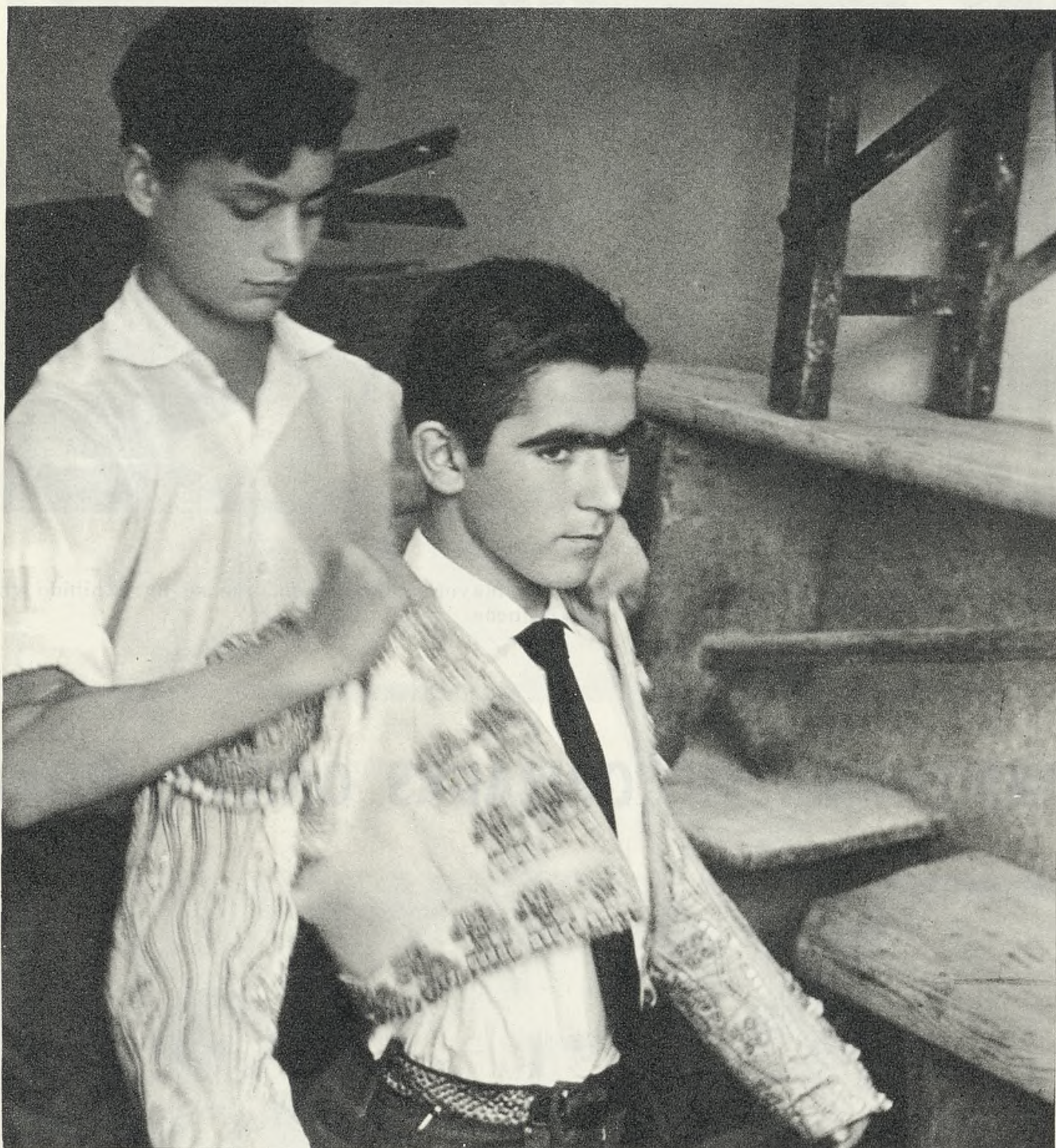
INDUSTRIAS MOTORIZADAS ONIEVA (ROA)



El ministro de Comercio ha felicitado a Industrias Motorizadas Onieva (Roa). Don Rafael Onieva Ariza, presidente del Consejo de Administración de esta empresa ejemplar, formula con esta ocasión unas declaraciones a nuestro colaborador señor Alegre. En relación con la actividad exportadora de las motocarros Roa, realizada principalmente a Colombia y Turquía, que en los meses de julio y agosto se ha incrementado en 146.377,36 dólares, equivalentes a 8.791.620,80 pesetas, estando previsto que a fin del año en curso alcance las cifras de 300.000 dólares y 18.000.000 de pesetas, respectivamente, que, sumados a los 41.422.641,60 pesetas exportadas en el primer semestre, totalizan 68.234.262,40 pesetas. Y ya en marcha ascendente la exportación de motocarros, se tiene en estudio, y a punto de comenzar, la exportación de camionetas y furgonetas Tempo-Onieva, que también logrará cifras considerables.

UN FESTIVAL ESPAÑ

EXCLUSIVAMENTE AL CINE DOCUMENTAL



Con «Torerillos 1961», Basilio M. Patiño obtuvo la Medalla de Oro de la Sección Hispanoamericana.

A la ciudad de Bilbao, capital industrial del norte de España, le corre un río que la divide por gala en dos, y al que llaman Nervión. Las fábricas de las orillas han teñido las aguas de este río, dándole el color de una película cinematográfica. Esta película, apoyada en el gran proyector del puente colgante, recorre esas ruedas, moviolas y cruces de Malta que se llaman: Achuri, Siete Calles, Ensanche, Deusto, Erandio, Sestao, Portugalete, Santurce, Las Arenas, Neguri y Algorta.

Buen sitio, pues, para realizar un festival cinematográfico, al que han dado solera los trofeos «Miqueldis», que reproducen la estatua de piedra de un verraco ibérico hallado en la localidad vizcaína de Miqueldi, cerca de Durango.

CERTAMEN HISPANOAMERICANO

Siendo el Instituto Vascongado de Cultura Hispánica la entidad organizadora de los certámenes de Bilbao, el signo de lo hispanoamericano dominaría, sería la nota característica. Al crear la Sección Internacional se invitaba también a las cinematografías de los países europeos, americanos y asiáticos.

En el IV Certamen participaron los siguientes filmes hispanoamericanos: *Faena, Los anclados, Bazán* y *Acero* (Argentina); *Las montañas no cambian, Planta industrializadora de leche* y *Nueve estrellas tiene Bolivia* (Bolivia); *Siempre unidos, Era una vez; Bahía, sol y mar,* y *Festival de Arraias* (Brasil); *Playa insólita, Más allá de Bilbao, Barreiros 1961, Sevillana de Electricidad 1962, La construcción de buques en Bilbao para el Paraguay, Lección de arte, A ras del río, Tiempo de playa, Espacio dos, Torerillos 1961, Dominando al Duero* y *Riotinto* (España); *Bayaniham* (Filipinas); *Navidad en México, Río arriba* e *Imagen de México* (México); *Arbaet Tummadi* (Panamá); *Paraguay, corazón de América*; *El niño de los lentes verdes* (Uruguay), y *Chimichimito* (Venezuela).

Uruguay, con *El niño de los lentes verdes*; Filipinas, con *Bayaniham*; Brasil, con *Festival de Arraias*, y España, con *Tiempo de playa, Espacio dos* y *Torerillos 1961*, obtuvieron las Medallas de Oro y Plata de la Sección Hispanoamericana.

Argentina obtendría el Primer Premio de la Sección Industrial con el documental *Acero*, logrando menciones especiales Alemania, con *Aluminium aus Deutschen Hutten*, y España, con *Dominando al Duero*. Pero esto ya es otra historia.

LA SECCION INDUSTRIAL

Porque, por primera vez, el Certamen de Bilbao ha convocado una sección nueva, acogida con éxito inmediato de público, de cantidad y calidad de películas concursantes. El Certamen invitó diariamente a doscientos obreros y técnicos de

NOS VISITA EL CINE ARGENTINO

OL DEDICADO

las múltiples empresas industriales de la región, para asistir a estas sesiones dedicadas a mostrar lo que puede conseguir el cine en la difusión de las ciencias aplicadas. Fue un nuevo acierto de este festival de cine auténtico, rigurosamente cultural.

En esta sección se han proyectado filmes del interés y calidad técnica y artística de *Aluminium aus Deutschen Hutten, Kuntstoffe, Antonio y Campo limpio* (Alemania); *Acero* (Argentina); *Planta industrializadora de leche* (Bolivia); *Barreiros 1961, Sevillana de Electricidad 1962, La construcción de buques en Bilbao, Dominando al Duero* y *Riotinto* (España); *Mundo maravilloso* (Estados Unidos); *Una casa de Acciao, L'Uomo*; *Il fuoco, il ferro; Búsqueda del metano y del petróleo, Il planeta Acciao*, y, fuera de concurso, algunas de las grandes realizaciones de Ermanno Olmi (Italia).



Clausura del Certamen de Bilbao, por don Manuel Augusto García Viñolas, al que acompañan los señores marqués de Arriluce y Suárez de Puga y distinguidas señoritas de la sociedad vizcaína que representan a las naciones concurrentes.

GRAN CERTAMEN INTERNACIONAL

Los países no hispanoamericanos, desde las grandes cinematografías nacionales de Francia, Italia, Estados Unidos, Alemania, Gran Bretaña y Canadá (país este de tan decisiva importancia en el filme documental), hasta naciones que concurrían por primera vez, como Jordania, Pakistán y la India, han querido estar presentes en el IV Certamen de Bilbao, que se ha convertido así en un auténtico escaparate de la mejor cinematografía documental realizada en todo el mundo en los últimos meses. Alguien hablaría de que se estaba celebrando un Festival de Festivales, por el que desfilaban los magníficos filmes premiados en las últimas convocatorias de Venecia o Berlín, de Cork u Oberhausen.

A los amigos del cine puro, a los que creen en la misión cultural de la cinematografía, a los que quieren descubrir a los grandes directores del mañana, que están ya, ahora, realizando su doctorado, el del cine documental, Bilbao les ofrece cada año la mejor convocatoria fílmica.

Treinta y tres filmes de largo metraje componen el catálogo argentino de 1961, que es el último publicado. Siendo la Argentina, con México y España, país decisivo en la producción cinematográfica en lengua castellana, y con el que España ha firmado un reciente acuerdo de coproducción cinematográfica, este catálogo, por el número de filmes recogidos, y mucho más aún por la calidad de los mismos, constituía una nueva alentadora. En los años inmediatos anteriores la producción argentina se había resentido de una aguda crisis. En 1962 ha vuelto a producirse un colapso en los estudios bonaerenses por circunstancias externas, que esperamos, deseamos vivamente, sean pronto superadas.

Y el signo más visible de esta deseable recuperación ha sido el magnífico esfuerzo del Instituto Nacional del Cine Argentino, al ofrecer en Madrid la Semana del Cine Argentino, con un núcleo central de películas de 1961—*Delito, El hombre de la esquina rosada, El rufián, La cifra impar* y *Tres veces Ana*—y dos películas anteriores: *He nacido en Buenos Aires*, con protagonista española, y *Fin de fiesta*, seleccionada acertadamente por reflejar el mejor momento de Leopoldo Torre Nilsson.



«Delito», película comercial de Ralph Pappier, con Elida Gay Palmer y Claude Marting en los papeles principales.

La vieja guardia del cine argentino

La gran sangría de directores y artistas cinematográficos alejados de los estudios argentinos en los años últimos hace que sólo permanezca en activo, de momento, Mario Soffici, cuyo filme *Propiedad* se malograba por la equivocada temática de Dalmiro Sáenz, al intentar amoralizar las relaciones entre el más rabioso individualismo con el pretendido sello social y colectivo de nuestro tiempo. Los directores argentinos «de Madrid», como les llama entrañablemente un conocido crítico español—es decir, Amadori, Klimovsky, Cahen Salaverri, Demicheli, Saslavsky,

Carreras—, han diversificado su esfuerzo en un cine poco ambicioso, de características comerciales, y sólo Klimovsky, con *Un tipo de sangre*, y Carreras, con *Hombres y mujeres de blanco* y *Canción de arrabal*, volvieron a dirigir en la Argentina bajo el signo de la coproducción.

Las coproducciones con España

Este halagüeño tema de la coproducción hispano-argentina ha sido seguramente uno de los factores más interesantes en el desarrollo cinematográfico, tanto del país fraterno como del nuestro. Aun antes de firmarse el último acuerdo entre los dos países, José María Forqué rompía el fuego trasladándose a territorio argentino y realizando allí, con actores españoles, argentinos y brasileños, la aceptable *Buscando a Mónica*, mientras Carreras y Klimovsky realizaban las películas mencionadas. Simultáneamente se creaba la Unión Cinematográfica Hispanoamericana, que presentaba en Cannes y Londres *La mano en la trampa*, de Leopoldo Torre Nilsson, y Agustín Navarro realizaba *Una jaula no tiene secretos*, comprometido intento de cine con interior único.

Pero el cine argentino realizó otros contactos con cinematografías hispánicas. Así, Leo Fleider dirigía *Interpol llamando a Río*, coproducción con Brasil, y Armando Bo, *La burrerita de Ypacaray*, coproducción argentino-paraguaya, con Isabel Sarli.

Juan Antonio Bardem, al realizar en territorio argentino la última película dual de Suevia Films, cierra de momento este capítulo esperanzador de las colaboraciones que busca con países afines la cinematografía argentina.

"Opera prima"

Uno de los signos más importantes del despertar de la cinematografía argentina está en su baraja inmediata de jóvenes realizadores. Si Leopoldo Torre Nilsson, después del espléndido *Fin de fiesta*, titubeaba en *La mano en la trampa*, y sobre todo en *Piel de verano*, los últimos fracasos europeos de *Setenta veces siete* y *Homenaje a la hora de la siesta* hacen temer que se malogre una de las más importantes candidaturas internacionales argentinas.

La disyuntiva en que se encuentran los nuevos valores incorporados a la cinematografía argentina es muy clara: tradición o renovación. Y parecen haberse decidido por lo segundo, abandonando quizá la veta más universal, que es, en definitiva, el nacionalismo. *La cifra impar*, de Manuel Antin; *El último piso*, de Daniel Cherniavsky; *Los inundados*, de Fernando Birri; *Los jóvenes viejos*, de Rodolfo Kuhn; *Sombras en el cielo*, de Juan Berend, y *Prisioneros de una noche* y *Tres veces Ana*, ambas de David José Kohon, nos dicen que existe una promoción de auténticos valores, a los que daña —como en el caso de Torre Nilsson con Luis Buñuel—la ex-



Después de ver «Setenta veces siete», «Homenaje a la hora de la siesta esta película de realización anterior. Y resulta que aquí está el me

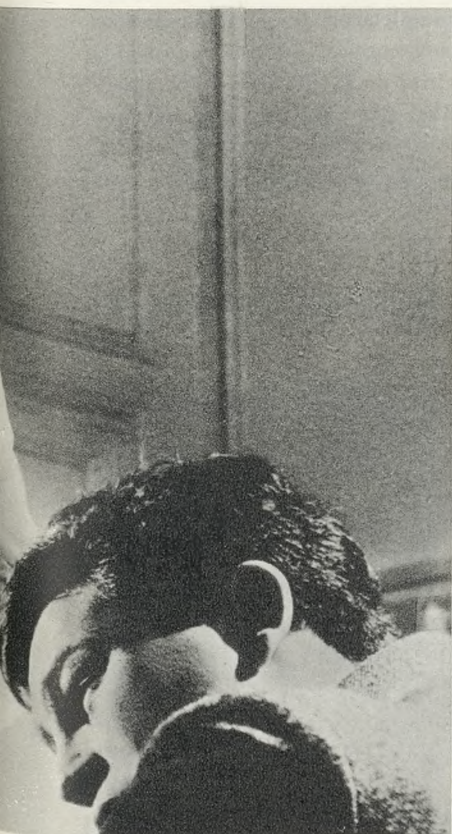
«He nacido en Buenos Aires», de Francisco Mujica, con María Luisa Robledo. Historia del tango y de la milonga en el Buenos Aires de 1916.

cesiva influencia de los modelos europeos de última hora.

Cine nacional y cine comercial

La propia, auténtica veta del prestigioso cine argentino, la de los maestros de hace quince, diez años, sigue estando ahí palpable, telúrica, inagotable. Basta contemplar dos filmes importantes: *El hombre de la esquina rosada* (Primer Premio del Instituto del Cine en 1961), de René Mujica, y *La fusilación* (Premio Instituto de Cultura Hispánica a la mejor dirección del Festival de San Sebastián en 1962), de Catrano Catrani. Cierto que esta dirección se ve disminuida por la realización de filmes comerciales de tono medio, pero no olvidemos el carácter de industria que, además del artístico, deben atender las productoras cinematográficas con películas como *Canción de arrabal*, *El romance de un gaucho*, *Mate cosido*, *He nacido en Buenos Aires*, *Mi Buenos Aires querido* o *Vacaciones en la Argentina*.

Este sector del cine comercial argentino cuenta con realizadores de talento, cuyas últimas obras



», «La mano en la trampa»..., nos llega
or Torre Nilsson: «Fin de fiesta».



«La cifra impar», de Manuel Antin, inauguró la Semana de Cine Argentino. «Opera prima»: Alain Resnais, «nueva ola». René Clair decía, asomado a las aguas del Adriático, en Venecia: «Cada ola que llega es nueva.»



«Tres veces Ana» es la segunda película de David José Kohon, después de su galardonada «Prisioneros de una noche». Tres cuentos cinematográficos independientes enlazados por el nombre de la protagonista.

ofrecen una madurez técnica irreprochable. Así, Daniel Tinayre, en *La Patota* (Premiada en Berlín) y *El rufián*, o Ralph Pappier, con *Delito* y *Operación G.*

La Semana de Cine Argentino

La selección realizada por el Instituto Nacional del Cine Argentino tuvo en cuenta la peculiaridad del mercado español —con el rotundo éxito de haber contratado la casi totalidad de las películas exhibidas—, y procuró mostrar con filmes de calidad artística los diversos aspectos que caracterizan a la última producción del país fraterno y que hemos señalado sucintamente en las líneas anteriores. Así, junto a la realización cimera de Torre Nilsson, *Fin de fiesta*, se ofrecían *La cifra impar*, de Manuel Antin, y *Tres veces Ana*, de David José Kohon, ambos de la última promoción cinematográfica; *Delito*, de Ralph Pappier, y *El rufián*, de Daniel Tinayre, representaban al cine-industria; *He nacido en Buenos Aires*, de Francisco Mujica, al cine comercial y folklórico. Se cerraban las exhibiciones con la magnífica película *El hombre de la esquina rosada*, de René Mujica, que, a nuestro juicio, señala el auténtico camino universal, por nacional, de la cinematografía argentina.

* * *

Junto a los cortometrajes *Los anclados*, *Faena* y *Bazán*, presentados anteriormente en el IV Certamen de Cine de Bilbao, la Semana de Cine Argentino nos ha deparado el regalo de dos excelentes películas: la de dibujos *La escoba de Lucinda*, de Carlos Ochagavía, y *La carrera*, de Martín Schar; *Spilimbergo*, el filme de arte realizado por Jorge Macario sobre la obra de este pintor argentino, y *Feria*, desolado cuento cinematográfico de finos matices poéticos de Ricardo Luna, completaron los siete programas consecutivos de esta entrañable visita de la cinematografía argentina, por cuya iniciativa hay que felicitar al Instituto Nacional de la Cinematografía del gran país hermano.

MUSICA

● TRIUNFOS INTERNACIONALES
● ESTRENO DE "EL PESSEBRE",
● HOMENAJE A LA MEMORIA



ESTA sección de MUNDO HISPANICO, afanosa, desde hoy, de merecer el interés de sus lectores, tiene en su primera edición signo marcadamente catalán. Por las obras, los intérpretes y las dedicaciones.

El «Orfeó Catalá» es entidad que justifica el orgullo de los barceloneses, claro, pero también de todos los españoles. El orgullo y la admiración. Incluso por razones de tipo extramusical. ¿No es increíble casi que, en una época en que el «amateurismo» se diría vencido y el esfuerzo sin compensación material inadmisible, haya doscientos cincuenta fieles a la tradición que se reúnen para ensayar noche tras noche, ajenos a cualquier otra incitación barcelonesa, y que, en su habitual sede fija del Palacio de la Música, trabajan, preparan, depuran, programas capaces de mantener el prestigio enorme que desde hace más de setenta años tiene la entidad?

El «Orfeó Catalá», creado por Luis Millet —a las órdenes ahora de su hijo Luis María—, deja periódico testimonio de su clase en conciertos locales, a través de cuyos programas desfilaron las obras maestras del repertorio sinfónico-vocal, las cumbres de la polifonía, los más felices ejemplos de la canción popular bellamente armonizada. En alguna ocasión memorable salen a la región, a la nación y al mundo... Vuelven siempre a sus lares, acrecidos sus laureles, amplia la cosecha de aplausos y admiraciones. Así, ahora, en Italia y en Francia. Si la más alta cima en el recuerdo emocional se apoya en la audiencia extraordinaria concedida por Su Santidad Juan XXIII—al que cantaron una página entrañable, con la prestación artística de Victoria de los Angeles—, también hubo la efemérides artística de relieve: el reencuentro con Pablo Casals. En Asís, Florencia y Toulouse, el insigne artista se puso al frente del conjunto para, firmes los brazos como la mente, a pesar de la muy avanzada edad, dirigir el estreno europeo de su oratorio «El pessebre». Luego, en un concierto «a capella», conducido por el maestro Millet, aportó la voz inconfundible, humanísima, de su «cello», al servicio de una melodía catalana, de una página de inmarchitable hermosura especialísima entre las de Bach, que es tanto como decir primerísima entre las del mundo.

En otros lugares, en otras coyunturas, podrá trazarse el análisis crítico del oratorio de Casals, basado en el poema de Juan Alavedra. Escrito para coros, solistas—tres voces masculinas y dos de soprano—y gran orquesta, responde a una voluntad que cabría resumir en dos palabras: sinceridad lírica. El propio Casals, en la entrevista sostenida con quien los informa, se refería categóricamente a ese deseo insobornable: no dejarse llevar por los modos, las modas, las evoluciones y las filias. Importa la buena música, sin cronologías. Fiel a ese lema,

Pablo Casals, dirigiendo la orquesta y el «Orfeó Catalá» en Toulouse.

DEL "ORFEO CATALA" DE PABLO CASALS DE EDUARDO TOLDRA

Casals escribe sin la menor preocupación de que pueda tildársele de reminiscente. Y lo hace muy bien, con el dominio de gran músico, de artista sólido, a quien nadie puede jamás discutirle. Asoman las sombras venerables de Bach, de Hændel, Wagner, Franck, Borodín, Mendelssohn—quizá, sobre todo, este último—, y la emoción nos gana por los caminos de la efusividad lírica, más que por los de la sorpresa y la originalidad.

Con una orquesta, la de Toulouse, de muy relativo rango, y un buen grupo solista, en el que la voz de Montserrat Caballé marcó la mayor brillantez y también la calidad mayor, el «Orfeó Catalá» supo lucir las peculiares virtudes que le dan propia fisonomía: el empaste, la sensibilidad para el matiz, la homogeneidad y ponderación de los timbres, la afinación perfecta y la gran musicalidad.

Todo ello se advirtió más aún, si cabe, en el concierto encomendado con exclusividad al conjunto, y en el que Luis María Millet consiguió maravillas, tanto en las canciones como en los poemas al estilo del de Nicolau, «La mort de l'escolá», y en los grandes monumentos de la polifonía de todos los tiempos, como el «Sanctus», de la «Misa del Papa Marcello».

El «Orfeó» y Montserrat Caballé prestaron luego su concurso a la Orquesta Municipal de Barcelona, fiel a la batuta de su actual subdirector, maestro Rafael Ferrer, para que alcanzase el mayor realce el doble homenaje—primeros conciertos respectivos de las series nocturna y matinal—debido a la memoria de su maestro fundador y titular, Eduardo Toldrá. Nadie podrá olvidarlo en mucho tiempo, como nadie desconoce su ejecutoria limpia de hombre y de artista. Compositor, violinista, director de orquesta; músico en el más amplio, noble, envidiable, sentido que pueda merecer el término, Toldrá cedió su vida ejemplar en acto de servicio. Luego de estrenar «Atlántida» —¿quién mejor que él para este descubrimiento, esperado tantos años, del gran oratorio de nuestro Falla?—, ya no pudo abandonar el lecho. La enfermedad cruel, inexorable, que le apartó de la actividad, no pudo impedir los consejos postreros a su colega Rafael Frühbeck, que le reemplazó en las audiciones sucesivas de la obra. Toldrá, modelo del artista fervoroso, inspirado al componer y al reproducir lo escrito por otros, fuego que se encauzaba por la reflexión, nervio medido por el buen gusto, suscitará muchos homenajes y ofrendas. Ninguno como este barcelonés, de sus músicos, en su propia casa del «Palacio», la que le vio nacer, la que animó con su arte ejecutante, creador y maestro.

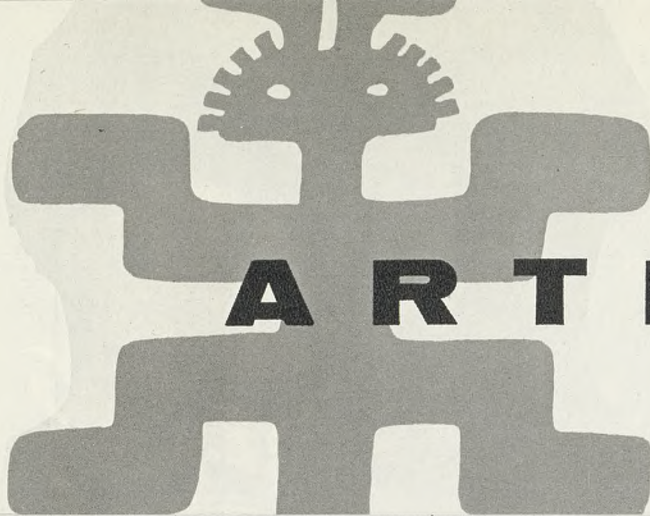
En fin, no podían los músicos mantenerse al margen de las aportaciones con que España entera llevó consuelo y ayuda leal a los damnificados en las catástrofes barcelonesas. Corresponde a la Filarmónica madrileña, dirigida por Odón Alonso, y a los solistas José Cubiles y Narciso Yepes, el honor de la primera ofrenda, que se aplaudió con fervor en el Monumental Cinema.

Se redondeó así el particular signo de estas semanas, en las que, por Europa, en la capital de España y en la misma Ciudad Condal, la música, por obras e intérpretes, por evocaciones y destinatarios, resaltó el nombre de Cataluña, región dilecta.

ANTONIO FERNANDEZ-CID



El estreno europeo de «El Pessebre» fue dirigido por Casals de manera incomparable. (Fotos Yan.)



ARTE COLOMB



El ministro colombiano de Educación, señor Gómez Valderrama; el director general de Bellas Artes, señor Nieto, y el subdirector del Instituto de Cultura Hispánica, señor Salvador de Vicente, inaugurando la Exposición.



El ex Presidente de Colombia señor Lleras Camargo, con el embajador en Madrid, señor Jaramillo, y el secretario general del Instituto de Cultura Hispánica, señor Suárez de Puga.

La Dirección General de Bellas Artes y el Instituto de Cultura Hispánica han patrocinado en Madrid una magna exposición de arte colombiano en la sala de la Sociedad Española de Amigos del Arte. La Muestra ha sido posible por la colaboración de los siguientes señores: ministro de Educación de Colombia, embajador de Colombia en Madrid, director del Instituto Colombiano de Antropología de Bogotá, director del Museo Colonial de Bogotá, director del Museo del Oro (Banco de la República), director del Museo Nacional de Bogotá y la Organización de Estados Americanos (O. E. A.), Esso Colombiana y Esso Standard Española.

Inauguración

En el acto inaugural estuvieron presentes el ex Presidente colombiano doctor Lleras Camargo; el ministro de Educación de aquel país, señor Gómez de Valderrama; el embajador colombiano en España, señor Jaramillo; el subsecretario de Educación Nacional, señor Legaz Lacambra; los directores generales de Prensa y Bellas Artes, señores Jiménez Quílez y Nieto, y, en representación del Instituto de Cultura Hispánica, los señores Salvador de Vicente y Suárez de Puga, subdirector y secretario general, respectivamente. A más de estas personalidades, se contaba entre los asistentes una nutrida representación del arte y la cultura de España y América; críticos, informadores, etc. El señor Gómez de Valderrama pronunció el siguiente discurso:

«Henos aquí de regreso, con un equipaje memorable de cosas que fueron españolas y se han tornado indianas, de cosas indianas que ahora mismo dejan ver una piel ibera que les cubre la desnudez.

Estamos en la vida misteriosa del arte, en su nacimiento, tránsito y muerte. Sabemos cómo sus obras padecen períodos de deventura, alcanzan épocas de felicidad. Esta exposición trashumante que ha recorrido Europa viene a invitar a vuestras miradas, para que, al darle su estremecimiento vital, os dejéis conducir hacia el secreto de un pueblo cuya vida empalma con la vida vuestra.

Estamos, sí, de regreso, al llegar a España, al desplegarnos en este recinto de un edificio ilustre, celebrando con un ritual emocionado la vuelta hacia el origen, el retorno a la semilla.

IANO EN MADRID

cultura prehispánica

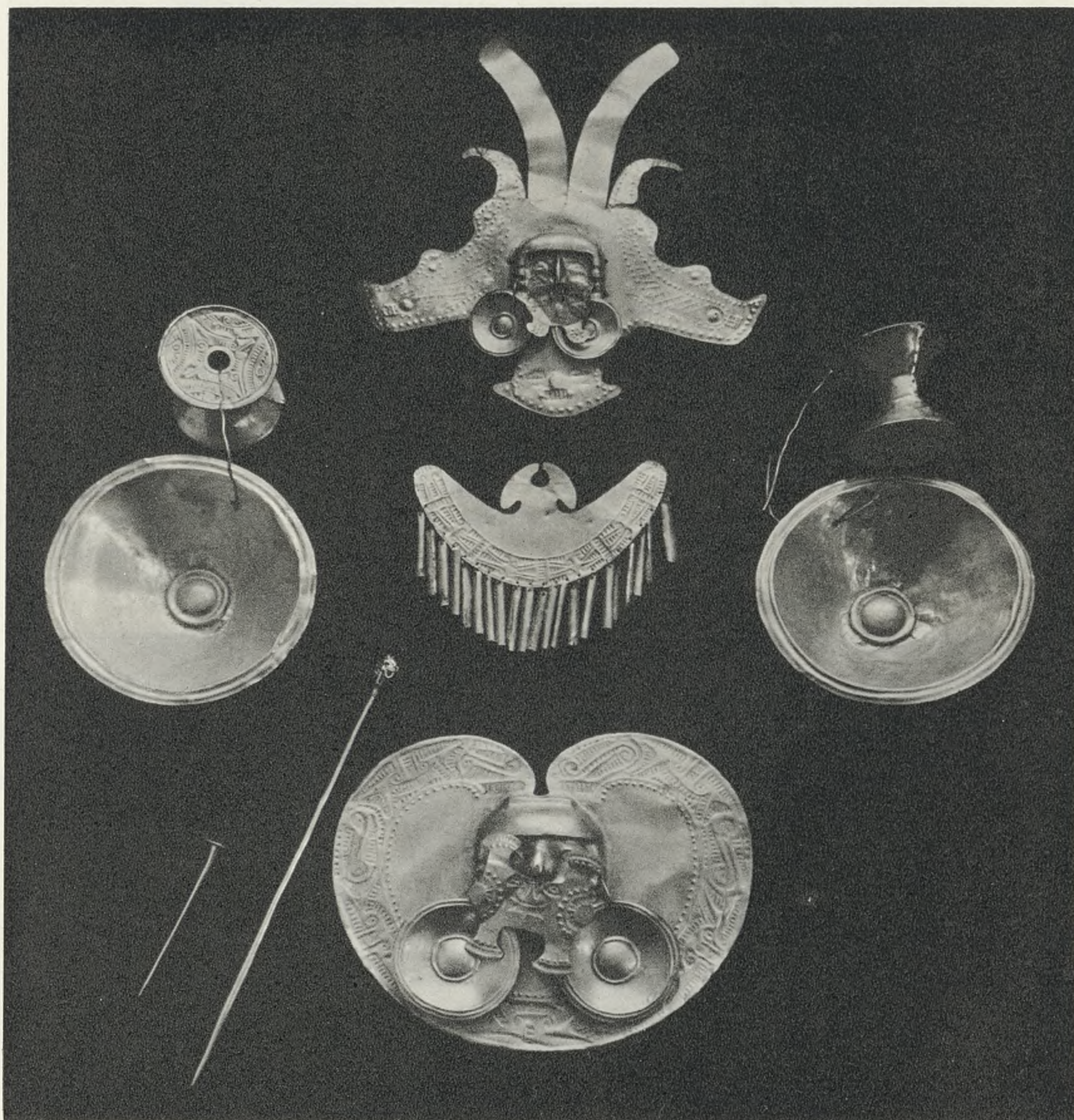
época misional

movimientos de vanguardia

Nada tiene de extraño que se agolpen en nuestros ojos y en nuestro corazón las sombras augustas de un pasado común, traídas por el rumor melodioso de la lengua que nos nace del alma, que hemos oído y pronunciado con rigor castellano, apacentado en el silencio melancólico del indio.

Pasa sobre nosotros el glorioso tropel de las memorias y los nombres, unidos los vuestros a los nuestros, los lejanos y los cercanos. Y podemos por ello hablaros de un regreso de estas muestras de arte, muchas de las cuales hacen por vez primera el viaje inverso al de las tres carabelas, ya que no importa el sentido del viaje ante la permanencia de los puntos que enlaza su línea imaginaria. Y confesaros que si en un momento de la vida hubiésemos querido a don Miguel de Cervantes viendo partir galeones de la bahía de Cartagena de Indias, sabemos que Don Quijote es igualmente nuestro en los caminos de la Mancha.

Estáis ante un conjunto de pruebas del pasado que reúnen el sentido mágico de la forma en el mundo precolombino y el hálito religioso del mundo colonial, el tránsito angustiado por las guerras de independencia y la situación trémula del balcón romántico; todo para llegar a la puerta abierta del siglo XX, a través de las brumas inefables del impresionismo, y finalizar este viaje en nuestra expresión pictórica contemporánea, a través de sus mejores exponentes. No acabaremos de saber si nos guía en este recorrido la aguja de marear que encaminó la ruta de Colón sobre el mar, o si andamos a través de la selva, persiguiendo los pasos descalzos del indio.

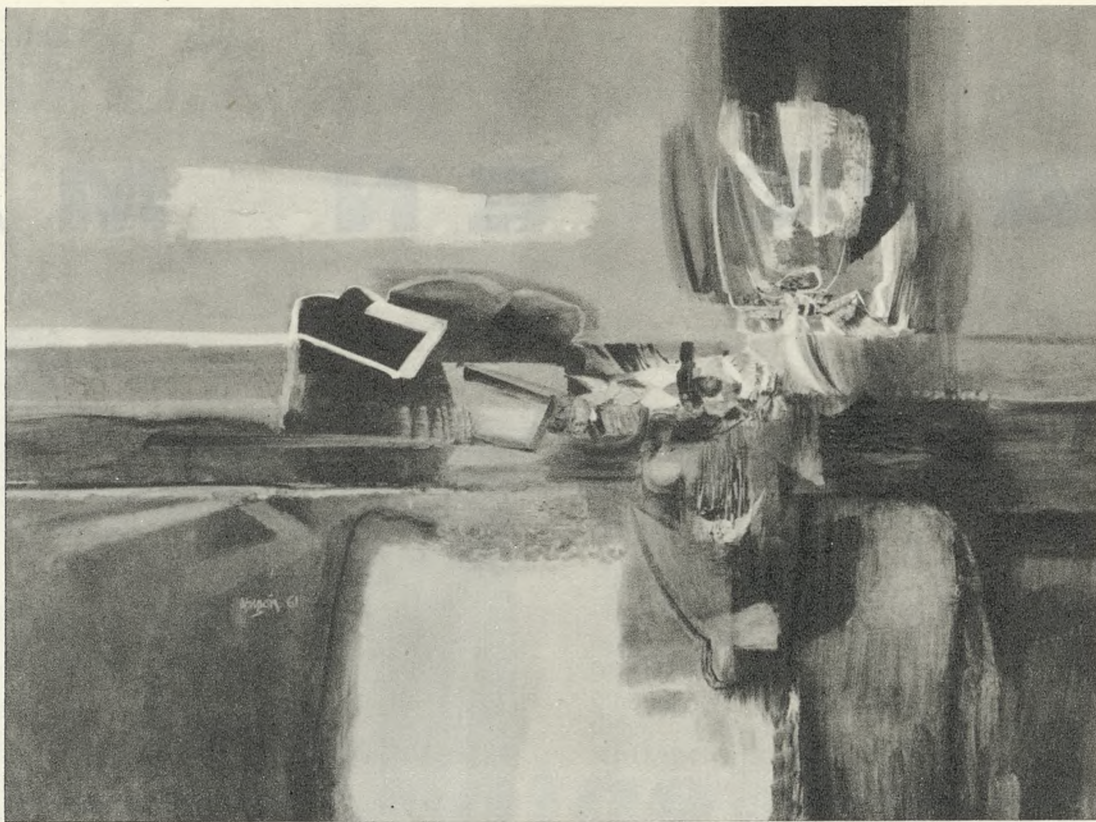

Arte calima. «Orejeras y otros adornos». Museo del Oro (Bogotá).

La América latina recibe en su arte toda la noble tradición de España; la hace suya, la transforma con elementos propios, en los que se produce un vigoroso mestizaje, en el cual la línea española perpetúa su esplendor. El gótico y el plateresco llegan a terminar su parábola en el arte colonial americano, y el barroco culmina gloriosamente en una proyección que expresa el nuevo espíritu criollo, en una fusión consumada de lo indígena y lo español. Es el hermoso interrogante, jamás respondido, de cuál es el momento en que lo español se vuelve americano.

Este testimonio del arte y de la vida de Colombia, que una generosa iniciativa privada, en colaboración



Arte virreinal. «Santa Rosa de Lima», de Vázquez Ceballos.



Arte de vanguardia. «Ave cayendo al mar», de Obregón.

con el Gobierno colombiano, ha permitido traer en esta peregrinación, que culmina en la fuente ilustre de nuestro mundo, es la mejor evidencia de los lazos íntimos entre España y América. No están fuera de tono las muestras de orfebrería calima, los tunjos chibchas o las joyas quimbayas, en el ambiente que domina la expresión enigmática de la Dama de Elche. El pincel colonial de Vázquez Ceballos es la correspondencia rigurosa del siglo XVII español, la unidad de las dos vertientes que concluyen en nuestra vida.

La cultura latino-americana es una con manifestaciones próximas, que nacen de las mismas raíces. Los peldaños gigantescos de los Andes llevan a semejantes llanuras a hombres similares. Exposiciones como la presente son exámenes de conciencia y subconsciencia sobre lo que está detrás de nosotros en lo histórico, en lo social, en las formas de nuestro pensamiento. Son los grandes hitos de una cultura que está en integración, tan enérgica como dispersa todavía, pero ya con la conciencia de su ser.

Y en ella está la presencia generosa de España, con el legado inmenso de la religión, la lengua y el carácter, y la cantera inagotable del derecho español. Y está también el sentido del arte, la idea de lo bello como valor esencial, que le da todo su misterio al verso diáfano de Lope: "Perdido, a lo español, por la belleza."

La comprensión del arte es ciencia de la mirada, y el camino de los ojos está abierto. No quiero interponer palabras entre vosotros y la presencia de mi país.»



Las señoras de Gómez Valderrama, Marañón, Suárez de Puga y Nieto contemplan las muestras de arte prehispánico.

Con motivo de la estancia en Madrid de los delegados de la Esso Colombiana, el Instituto de Cultura Hispánica organizó un acto, en el transcurso del cual le fue impuesta al vicepresidente general de la Esso, Mr. Haider, la placa de miembro titular del Instituto. Mr. Haider y el jefe de Relaciones Públicas de la Esso, Mr. Kingsley, recorrieron los diversos departamentos del Instituto, acompañados por el secretario general del mismo, señor Suárez de Puga, y el secretario técnico, señor Hergueta.

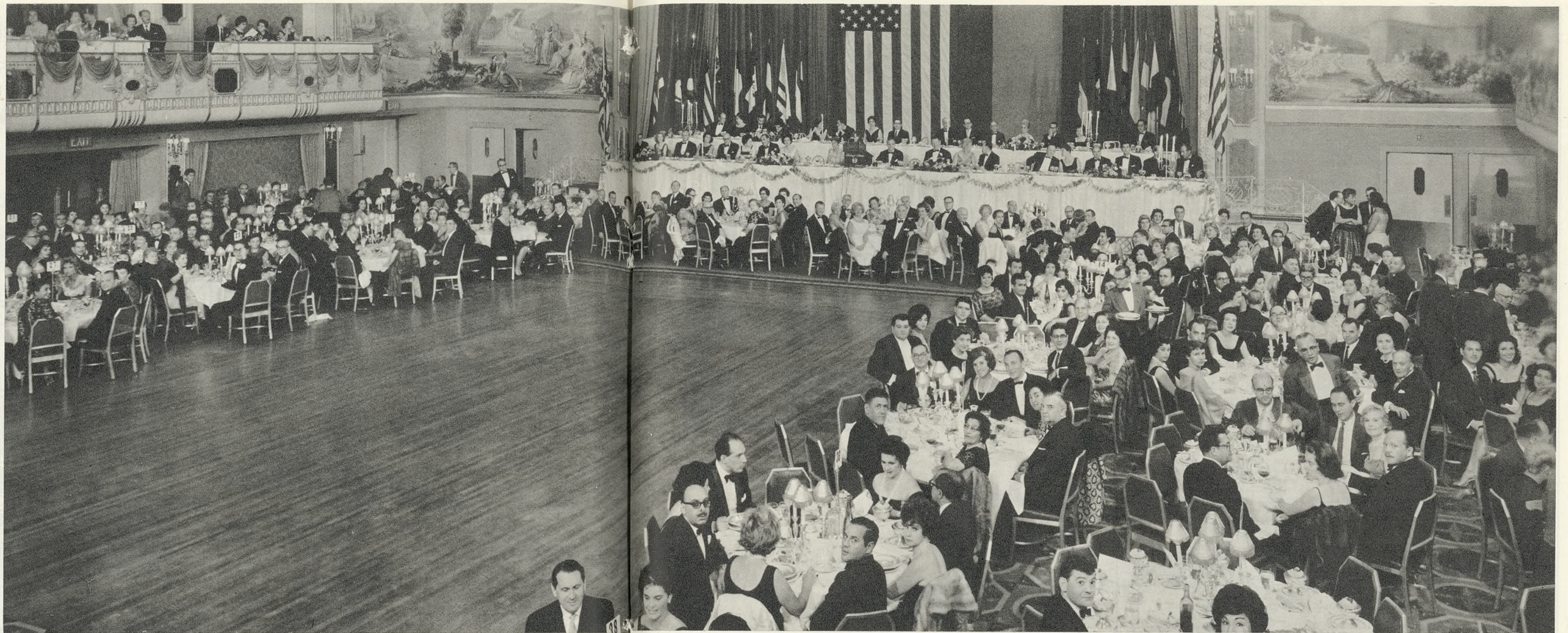
Catálogo y conferencias

La Muestra consta de 179 obras y arranca del arte prehispánico (estilos chibcha, tolima, ranchería, pijao, terradentro, quimbaya, tairoma, calima, sinú, tumaco, magdalena y darien), para enlazar con el virreinal (Vázquez Ceballos, los anónimos, etc.), al que sucede el llamado arte de la independencia. La exposición se resuelve con la aportación de los creadores colombianos de última hora, que recoge muy interesantes expresiones de pintura figurativa y abstracta.

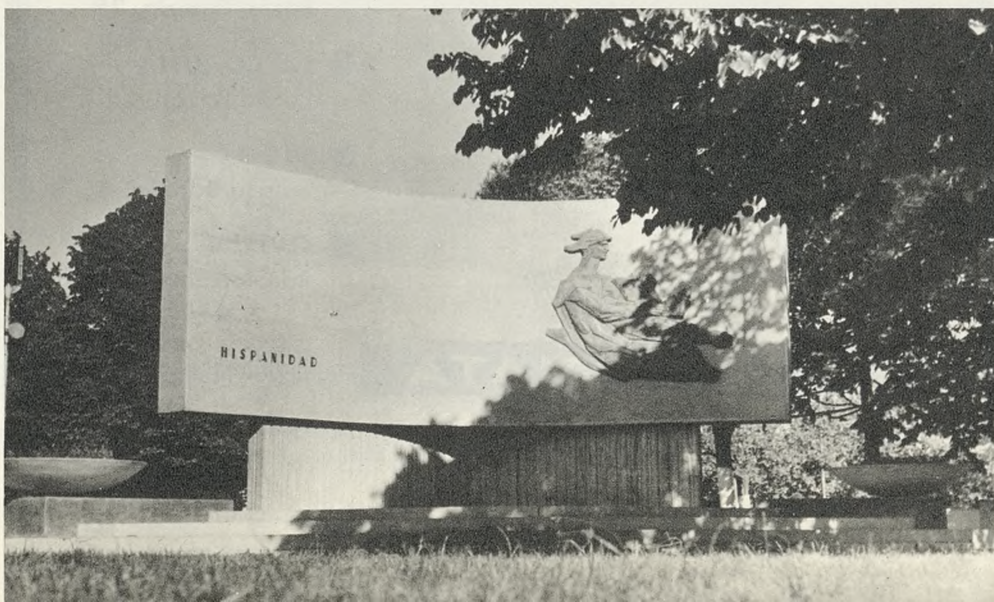
Paralelo a la exposición, ha tenido lugar un ciclo de conferencias en el recinto de la misma, sobre temas de arte y literatura de Colombia, a cargo de los señores Gómez Sicre, Tudela, Baquero y marqués de Lozoya.

objetivo hispánico

Los actos celebrados en Nueva York en el aniversario del Descubrimiento de América alcanzaron todos un marcado acento hispánico, patrocinados por el Consulado General de España, el Club de la Hispanidad y el Instituto Hispánico. En los suntuosos salones del Waldorf Astoria tuvo lugar una gran cena de gala, que fue presidida por el cónsul general de España, señor Sanz-Briz, y a la que asistieron más de 1.300 personas. Entre las conmemoraciones de Nueva York sobresalió esta importante reunión, de gran significación hispánica y social.

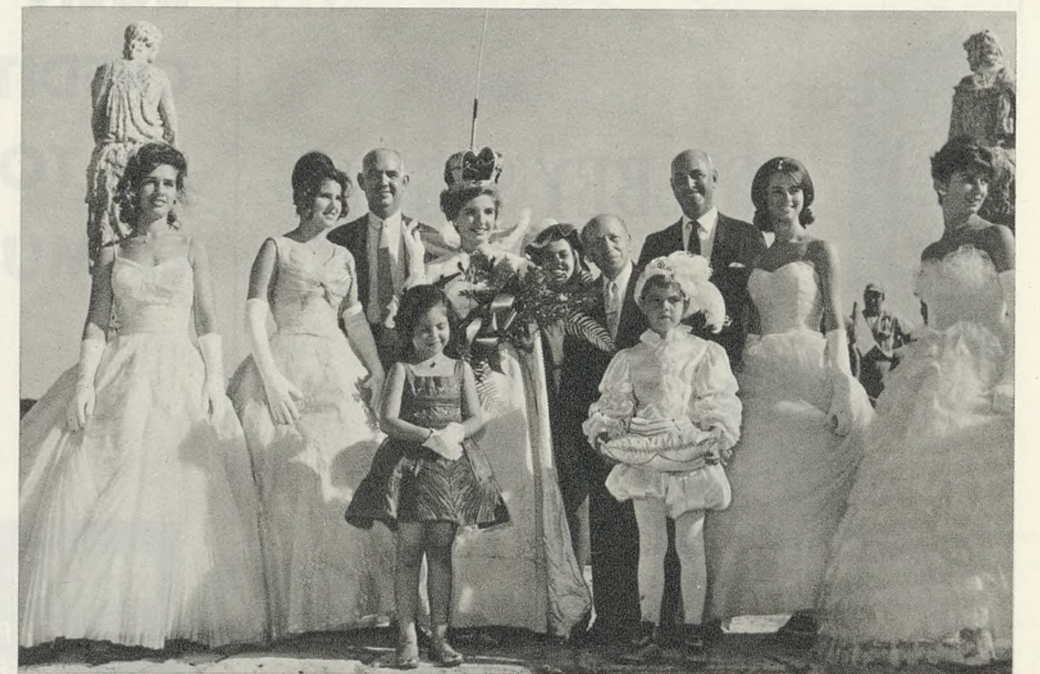






Desde el Día de la Hispanidad existe en la ciudad de La Plata una nueva piedra hispánica, que es, como dijo el comisionado municipal Hipólito F. Frangi, «lugar de meditación y motivo permanente para enhebrar los sentimientos de una fraternidad que se torna cada vez más necesaria y más imperiosa». En los ochenta y dos años de historia de la ciudad no se había celebrado un acto de afirmación hispánica de tanta trascendencia. Nuestro común sentir halló así expresión física con el símbolo de estas tres palabras: «confraternidad», «hispanidad» y «argentinidad», inscritas en los tres frentes del monumento, obra de Alberto Washington Andrade. Una gran cantidad de público fue testigo de la solemne ceremonia, presidida por el ministro argentino de Relaciones Exteriores, doctor Carlos Muñiz; el ministro del Interior, doctor Rodolfo Martínez, y el embajador de España, don José María Alfaro. Asistieron el interventor federal en la provincia y ministros del Gobierno provincial, autoridades civiles, altos jefes militares de las tres armas, Cuerpo Consular y otras muchas personalidades. Al discurso del doctor Hipólito F. Frangi contestó el cónsul de España en La Plata, don José de Cuadra y Echaide, con unas significativas palabras, en las que exaltó la fe, el idioma y la cultura, «trilogía de la Hispanidad y de la Argentinidad».

Al latido universal del Día de la Hispanidad se sumó con toda vistosidad el programa de actos que se celebraron en Miami, entre los que figuraba el de la coronación de la reina Isabel, simbólica ceremonia, en la que se le otorgó este título a la muchacha que aparece en el centro de la fotografía, rodeada de su corte de honor y de algunas de las personalidades que presidieron el acto. El programa fue organizado por el Comité de Ciudadanos pro Festejos de Cristóbal Colón, cuya presidencia ocupó el cónsul de España en aquella ciudad.



En Montevideo, el embajador de España, don Javier Conde, ofreció una recepción el Día de la Hispanidad, a la que asistieron el agregado comercial, don Raimundo Bassols; el presidente de la Asamblea General del Uruguay, senador Raffo Frávega; el doctor Héctor Gros Espiell, director del diario «Tribuna»; el ex presidente del Consejo Departamental de Montevideo, señor Fernández Crespo, y otras personalidades.



STATEMENT REQUIRED BY THE ACT OF AUGUST 24, 1912, AS AMENDED BY THE ACTS OF MARCH 3, 1933, JULY 2, 1946, AND JUNE 11, 1960 (74 STAT, 208), SHOWING THE OWNERSHIP, MANAGEMENT, AND CIRCULATION OF MUNDO HISPANICO

at New York, N. Y. published monthly for OCT. 1, 1962

1. The names and adresses of the publisher, editor, managing editor, and business managers are:

Publisher: Instituto de Cultura Hispánica. Ciudad Universitaria, Madrid.
Editor: Ediciones Mundo Hispánico. Ciudad Universitaria, Madrid.
Managing editor: Francisco Leal Insúa. Ciudad Universitaria, Madrid.
Business manager: Antonio Delgado Mellado. Ciudad Universitaria, Madrid.

2. The ower is: (If owned by a corporation, its name and address must be stated and also immediately thereunder the names and addresses of stockho.ders owning or holding 1 percent or more of total amount of stock. If not owned by a corporation, the names and addresses of the individual owners must be given. If owned by a partnership or other unincorporated firm, its name and adress, as well as that of each individual member, must be given.)

Name	*Adress*
Instituto de Cultura Hispánica	Ciudad Universitaria, Madrid (España)
....	....
....	....

3. The known bondholders, mortgagees, and other security holders owning or holding 1 percent or more of total amount of bonds, mortgages, or other securities are:

Name	*Adress*
ame as above	....
....	....
....	....

4. Paragraphs 2 and 3 include, in cases where the stockholder or security holder appears upon the books of the company as trustee or in any other fiduciary relation, the name of the person or corporation for whom such trustee is acting; also the statements in the two paragraphs show the affiant's full knowledge and belief as to the circumstances and conditions under which stockholders and security holders who do not appear upon the books of the company as trustees, hold stock and securities in a capacity other than that of a bona fide owner.

5. The average number of copies of each issue of this publication sold or distributed, through the mails or otherwise, to paid subscribers during the 12 months preceding the date shown above was: (This information is required by the act of June 11, 1960, to be included in all statements regardless of frequency of issue.) 100.000 ejs.

Firma: ANTONIO DELGADO MELLADO, Administrador.

Visto y legitimado. Madrid, 24 octubre de 1962. E. G. Arnau. Signado, rubricado y sellado.

dos cuentos contemporáneos



JUAN ANTONIO DE ZUNZUNEGUI

(De la Real Academia Española)

LA VIDA Y SUS SORPRESAS

Fue sacando adelante todos los hijos; pero cuando llegó al último, Pachique se rascó el colodrillo, preocupado.

El pueblo, un puerto pintoresco de la costa vascongada, tenía frontón público, y entre la pesca y la pelota, los chicos iban encontrando su acomodo.

Pachique, viudo ya, pensaba en el día en que pudiese dejar el riesgo de la mar, a la que venía dedicándose desde que entró de «cho» en el *Nuestra Señora de Begoña*, por la aplaciente serenidad de tierra.

«Canso, canso, me encuentro»—solía decirse—; «pronto tendré los sesenta y cinco, y con el poquísimo que yo tengo *horrao* y el poco que sigan mandando los hijos, *pa* vivir dos días de la *vejés* ya tendré pues...».

Los dos mayores eran pelotaris de punta. El segundo, de lo mejor que andaba por las canchas.

Una foto que le mandaran al padre desde Shanghai colgaba de la pared del comedorcito. Aparecían con camisa y pantalón blanco: el mayor, sentado, con la cesta sobre las rodillas, y el hermano, de pie, con la cesta puesta, ten-

dido el brazo a lo largo del cuerpo, y la mano izquierda sobre el hombro del otro.

Pachique solía mirar la foto en los instantes de *meditasión*, como él decía, y se le aguaban los ojos.

La única chica, Luisa, había casado con un chirene del pueblo, vago y borrachín; pero ahora bien contento de ella estaba Pachique: leche como la mejor tenía, y de aña fresca acababa de entrar en una de las casas más ricachonas de Bilbao.

—Suerte, suerte ha tenido ésa, pues—le dijo el marido a Pachique cuando lo supo.

—Ahora visitar tú poco es lo que tienes que *haser*—le aconsejó el suegro.

Los hombres, a la pelota o a la pesca, y las mujeres, de añas frescas: así se distribuía el censo del pueblo.

La pesca era el oficio menos remunerado y más peligroso... Porque de las añas, de algunas que habían conseguido serlo en casas de ricachos, se contaba luego en el pueblo y no se acababa nunca.

Las pedían siempre casadas, porque son más formales.

«La mujer de Tibursio, el del *vaporsito* del Tuerto; a ésa, cuando terminó de criar, le regalaron un caserío en Guernica, con vaca, chala y *serdos*; y al hijo, a Tibursín, le pagaron estudios y le colocaron luego en el escritorio de los señores... Y él, Tibursio, desde entonces no salió más a la mar.»

El cuarto hijo, laborioso y fino, le «anda a la pesca»; pero es el último, Iñaque, el que empieza a ser la preocupación de Pachique. Tiene quince años y es debilote y distraído y por nada se decide.

Cuando de crío, después de la escuela, le mandaba al frontón, con la esperanza de que se preparase para pelotari, como los dos mayores, Iñaque se sentaba, viendo pelotear a sus compañeros, sin compartir casi nunca sus juegos. Sin embargo, cuando lo hacía demostraba una rara habilidad.

—¡Si Iñaque tuviese más chichas!...—decían los demás. Se daba por cierto entre ellos que sería el mejor. Pero a Iñaque le gustaba, más que correr tras la pelota, discutir las jugadas y explicarlas, y hablar de los pelotaris que llevaban mundo adelante la fama del pueblo.

Cierto día le sorprendió su padre un manojo de novelas policíacas. En vez de ir al frontón, supo que se pasaba las horas muertas en la Atalaya, mirando al mar o hablando con unos viejos que solían contarle sus navegaciones, salpicadas de anécdotas distantes.

Después de haber sacado «a puño», como él decía, todos los hijos, este Iñaque viene ahora a amargarle la vejez con su insustancialidad y su poco amor al trabajo.

Una tarde que el médico pasó por el frontón y le vio explicando un *besagañ*, le dijo luego con sorna a Pachique:

—Ese hijo tuyo, teórico de la pelota te ha salido.

A Pachique, hombre de cortísimo vocabulario, sin embargo, no le hizo mucha gracia lo de teórico.

El trabajo y los años fueron blandeándole, y aquel hijo, el más pequeño, terminó recogiendo su más escogida ternura; por eso no supo emplear con él la dureza que en más de una ocasión le brotara con los otros.

—Vamos, vamos, hijo: ¿ya has *pensao* alguna *ves* lo que vas a *haser*?

—Sí, pues; intendente, como don José, me gustaría...

Don José era, tal vez, el personaje más importante del pueblo. Fue pelotari de pala en su juventud, para terminar en Bilbao de intendente del Frontón Euskalduna.

Momentos antes de comenzar los partidos, lanzaba, a cara o cruz, un duro al aire, sorteando así el saque de salida. Luego, sentado en una silla en la contracancha, asistido por dos pelotaris, dirimía como juez las jugadas dudosas.

Iñaque, una vez que fue al Euskalduna y vio a don José en su descansado menester, mientras los pelotaris sudaban desaforados tras la pelota, decidió en aquel punto su vocación. Él quería ser intendente.

—Pero don José fue antes pelotari y guardó bien los cuartos que ganó—le advirtió Pachique al hijo—, y es muy *sorro*, y ya cuando no sirvió *pa* jugar a la pelota es cuando le *hisieron* intendente.

La decisión por ser intendente se hizo en Iñaque más avasalladora cuando se enteró de que don José era amigo del obispo y del gobernador.

Intendente o nada, pensó Iñaque. Él sabía de pelota. Las astucias y habilidades del juego las llevaba en la masa de la sangre. De padres a hijos, en muchas generaciones, el pueblo no diera otra cosa que pelotaris y marinos. Todo lo que fuese violencia o esfuerzo le agotaba. Sería, por consiguiente, intendente. Pero a las intendencias de los frontones se llega por antigüedad o por méritos.

—¡Ay, hijo, hijo; tú *cansao* me has *nasido*! —le decía melancólico Pachique—. Y el día que yo muera, ¿qué será de ti?...

Iñaque callaba y miraba al suelo.

Su adolescencia fue raquítica y llena de distraídas melancolías. «Los mayores se llevaron el brío y la fuerza, y éste, que es el último, enclenque y triste viene», pensaba Pachique.

El chico fue perdiendo lo locuacidad de los primeros años. No era exigente, y de cualquier cosa se contentaba. Al faltarle el ímpetu, él mismo fue limitando su horizonte. Como era dócil y su misma debilidad le empujaba a la adulación, se supo hacer querido de todos en el pueblo. Toda agrupación de vecinos necesita unos cuantos hombres vagos y débiles para que los trabajadores y fuertes tengan a quien compadecer y de quien blasmar.

Cuando arribaban las lanchas y los vaporcitos de pesca, Iñaque andaba por la rampa de atraque con un tangarte, y como era amigo de todos, siempre se lo llenaban de pesca.

Tenía ya dieciocho años y una rara habilidad para domesticar pájaros. En abril empezaba a subir al monte a coger grillos, que luego regalaba a los hijos de los patrones de las lanchas.

A veces permanecía sobre la hierba, traspuesto, sin hacer nada, hasta que tomaba el color del paisaje, como si fuese una prolongación de la tierra; luego el atardecer le devolvía a la realidad, restituyéndole de su apariencia vegetal.

La conmiseración del padre y el trato cariñoso y protector del pueblo le fueron dando a Iñaque el convencimiento de su absoluta inutilidad.

En un puerto pescador se vive con nada, y él meramente vivía.

Por las novelas y los relatos de algunos marinos se fue encendiendo en Iñaque un afán de lejanías. América fue el sueño que llenó su imaginación.

Un diciembre, por Santo Tomás, cayó enfermo de pleuresía. El médico dijo que aquel chico era muy delicado y que había que cuidarle mucho.

—¡Todo lo que pueda yo ya haré, pues..., pero poco puedo!—confesó el padre.

Al fin, Iñaque mejoró y se puso bien.

Pachique se solía doler luego en la taberna:

—¡Pobre y sin *salú*; sí que se ha hecho buen viaje este hijo mío!—y suspiraba lleno de fatales presentimientos.

Una noche de febrero le tocó el turno a Pachique y murió. Iñaque quedó solo con el mar y la tierra.

La hermana, después de criar al hijo del ricacho bilbaino, se había establecido allí con el marido.

Un capitán de Mundaca, que hacía viajes a Buenos Aires, amigo de su padre, se llevó a Iñaque de marmitón.

Ya en la Argentina, todo el afán de Iñaque fue encontrar al tío Celso, de quien tantas veces oyera hablar al viejo.

—Ése..., el más listo de todos era... A Buenos Aires se fue de chico, y luego casi nunca más hemos sabido de él. Una vez le encontró Juanito, el de la confitería, y que vivía bien me dijo, con mucho dinero, y que seguía sin casar.

•

Tan pronto desembarcó en Buenos Aires, se dedicó a buscar al tío Celso.

Fueron vanas todas sus pesquisas. Abandonó el barco definitivamente y se colocó en la tienda de juguetes de un gallego. Se cansó pronto. Al poco tiempo partía para México.

Estuvo empleado en una fábrica de calzado. Después, en una imprenta. Más tarde, con un marquinés que se dedicaba a negocios de frontones. Pasó a Cuba, mientras el marquinés se venía a España, a contratar pelotaris de remonte para un frontón de La Habana. En La Habana no le fueron bien los negocios al marquinés y riñeron.

Iñaque saltó a Estados Unidos. Anduvo haciendo el atorrante por el puerto de Nueva York hasta que lo llevaron gravemente enfermo a un hospital.

Una mañana, al médico que le curaba se le ocurrió hacerle una radiografía.

Pocos días después, al despertarse, se encontró con la sorpresa de ver un gran número de señores rodeando su cama.

Eran eminencias de la Medicina, que le miraban sorprendidos.

Luego, uno por uno, fueron felicitándole y estrechándole la mano, efusivos.

«Esto es una broma», pensó Iñaque.

Se acercó el médico de cabecera. Le secó el sudor, le atusó el embozo de la cama:

—Pero ¿qué es esto? ¿Qué pasa?—preguntó Iñaque, ya molesto.

—Ahora estése tranquilo y no haga movimientos bruscos.

Le arropó bien para que no se enfriase y se retiró.

Iñaque quedó encolerizado:

«Estos tíos me irán a hacer una barbaridad —pensó—. Esos señores que me han dado la mano, ¿qué pretendían?... No lo entiendo.»

Volvió el médico de cabecera.

—Sosiéguese, sosiéguese usted. Seguramente el *Rockefeller Institute for Medical Research* se quedará con él. Se lo pagarán muy bien.

—¿Pero con qué se va a quedar... y qué es lo que va a pagar bien ese Instituto?—vociferó Iñaque, tirando las mantas y sentándose, nervioso, en la cama.

—¡Hombre de Dios, el esqueleto!

—¿Pero qué esqueleto?

—¡El de usted!

Se miraron con un gesto de estupor.

—Perdóneme; creí que se lo había dicho. Es usted el hombre de la suerte. Su radiografía ha dado un esqueleto en este momento único en el mundo. ¡Eso que lleva usted ahí dentro para sostener su pobre cuerpo es una mina, amigo mío!

Iñaque se palpó sus escurridas carnes.

—¡Se lo digo yo! ¡Una mina! ¡Una verdadera mina!

—Gracias—contestó Iñaque, no ocurriéndosele otra cosa.

—¡Es usted un «melorreosteósico»..., un melorreosteósico general!

—¡Un me-lo-rre-os-teó-si-co!...

—¡Eso es!

—La melorreosteosis—continuó el doctor—es una rarísima enfermedad descrita por primera vez por André Leri, en el año 1922, con el nombre de Melorreostose, del griego (miembro) y (deslizarse, deshacerse). Consiste en una hiperestesis de la diáfisis de los huesos, en forma de gota de cera, formándose una serie de rezumantes relieves, como los que forma la cera que se extiende a lo largo de una vela que se va consumiendo. En el caso descrito por André Leri, la lesión comprendía solamente los huesos de una mano y brazo del mismo lado; pero la suya, la suya es una maravilla—le anunció lleno de un sagrado alborozo—; la suya es una melorreosteosis general. Ahora está en periodo de avance; pero el día que gane todo el esqueleto será un espectáculo nunca visto, una verdadera obra de arte.

Iñaque se dejó caer contra la almohada, abatido.

«Estos bárbaros son capaces de asesinarme para quedarse con mi esqueleto», pensó.

—Usted no se da idea, amigo mío, de lo que es un esqueleto en trance de fundición, como si gotease el enfermo sus propios huesos. Espectáculo único en el mundo el suyo. ¡Único!

Un sudor frío inundó el cuerpo del pobre Iñaque.

—¡Qué suerte la nuestra!—prosiguió el enardecido galeno—. Tener en Nueva York y en nuestro hospital el primer caso de melorreosteosis general... ¡El esqueleto de usted nos pertenece!

Iñaque se puso a gritar pidiendo socorro.

—¡Vamos, cálmese, no se excite! Los Estados Unidos del Norte de América no pueden consentir de ninguna manera que el esqueleto del primer melorreosteósico general abandone el país.

—Yo haré lo que me dé la gana. Mi esqueleto es mío y a mí únicamente me pertenece—vociferó Iñaque.

—Usted se debe a la comunidad, y el Gobierno de la República no permitirá que se pierda pieza tan necesaria para el estudio de la ciencia ósea.

Quedaron mirándose: el médico con una gran ternura; Iñaque con una furia incontenible.

—Pero le pagarán bien. Yo le aseguro a usted que le pagarán muy bien. El *Rockefeller Institute for Medical Research* deja siempre contentos a sus vendedores.

El pobre Iñaque creyó morir. Más tarde se abandonó a un semisueño. Vio la costa de su país poblada de lanchas, las faldas verdes de los montes, los frontones alegres, las torres redondas de los campanarios con su piedra arenisca húmeda..., y se le hizo en el pecho una gran congoja.

—¿Cómo saldré de ésta?—pensó.

Una enfermera vino a traerle la comida. El médico estaba presente. Era un banquete lo que le daban.

—Conviene que se alimente usted bien. La melorreosteosis le quemará muchas energías —aconsejó el doctor, animándole.

Se le hizo la boca agua. Jamás había tenido el pobre Iñaque entre dientes una pechuga de *poularde* como aquélla. Bebió un vinillo retozón.

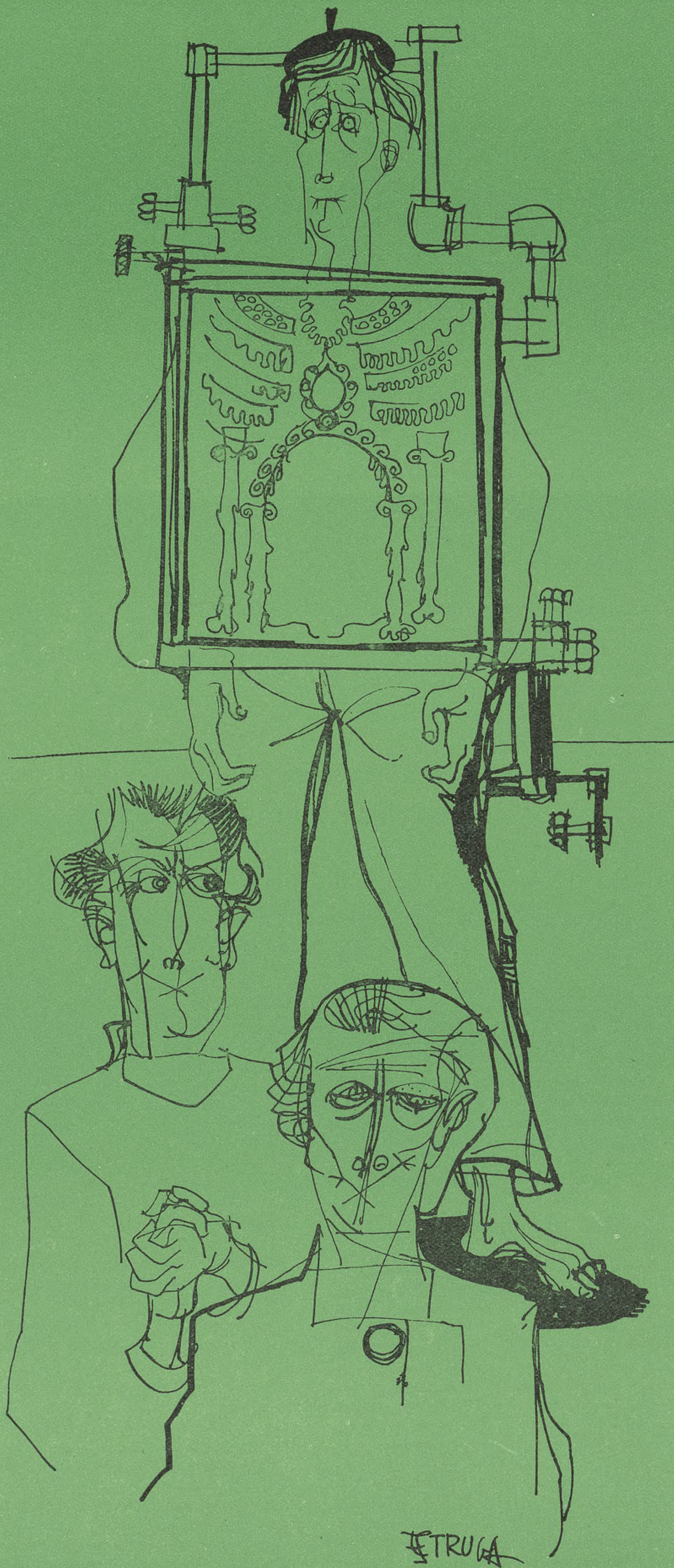
Ya bien abastado el estómago, se encontró más seguro. «Después de todo, esto de la melorreosteosis no comienza del todo mal», pensó, mientras se dejaba invadir por un sueño confortador.

Cuando se despertó, el Consejo del *Rockefeller Institute for Medical Research* rodeaba su lecho.

—¡Esté tranquilo, ante todo esté tranquilo! —le aconsejaba el presidente.

Iñaque abrió la boca y estiró los brazos, a pesar de la presencia del Consejo.

—¿Qué quieren ustedes?—preguntó, despectivo.



El presidente del Consejo habló así:

«El *Rockefeller Institute for Medical Research*, fundado para las investigaciones de la Medicina que puedan redundar en beneficio de la humanidad, ha tenido noticia de su maravillosa enfermedad. Jamás se había dado hasta ahora en el mundo un caso de melorreosteosis general. Los americanos del Norte damos gracias a Dios de que este hecho insólito haya acaecido aquí. Bien es verdad que sólo en Nueva York pueden ocurrir estas cosas.

»Su esqueleto, señor, se debe desde ahora al progreso de la humanidad. Su enfermedad, en trance de desarrollo, según las últimas radiografías, esperamos adquiera con el cuidado y la asistencia del *Rockefeller Institute for Medical Research* todo su inusitado esplendor.

»Desde este momento queda usted bajo la protección del Instituto, quien comprará su esqueleto para poder seguir el proceso de su melorreosteosis en las radiografías que se le hagan. Y cuando la enfermedad llegue a su final y todo su esqueleto disuelto gotee sus propios huesos como en una reblandeciente arquitectura de Gaudí, usted morirá y el *Rockefeller Institute for Medical Research*, entrando en la plena posesión de su cuerpo, podrá estudiar su enfermedad más directamente.»

Iñaque se puso a patalear y a insultar al Consejo del *Rockefeller Institute*; pero un enfermero forzudo le sujetó por los pies y otro le tapó apremiante la boca.

El presidente continuó:

—Se le pagará a usted, en vida, medio millón de dólares por su esqueleto. Y a su muerte, los herederos percibirán un millón.

—Es poco—gritó Iñaque separando de su boca la mano del enfermero.

El presidente del *Rockefeller Institute for Medical Research* consultó con la mirada a sus compañeros. Todos a los ojos le enviaron una alegre condescendencia.

—Le daremos a usted un millón, y a sus herederos...

—¡Eso ya no me importa!

—Pero al *Rockefeller Institute for Medical Research* le importa—cortó el presidente, golpeando los hierros de la cama—. Y a sus herederos, millón y...

Iñaque acabó naufragando en aquel mar de dólares. Se acordó de lo que le solía decir su pobre padre:

«Tú, para nada sirves, Iñaque. Pobre, sin bríos y enfermo... ¿Qué será de ti? ¡Ay, hijo! ¿Qué será de ti?»

De vivir ahora, ¿qué hubiese pensado de este millón de dólares que me llega de manera tan misteriosa...?

Y se echó a llorar como un niño.

•

Le pusieron a su servicio un policía y un médico.

Cuando atravesaban una calle hacían parar toda la circulación. La preocupación del *Rockefeller Institute for Medical Research* era el evitar que muriese de accidente violento, con el grave riesgo de que se le rompiese aquel encaje barroco en el que iba floreciendo su esqueleto.

No le dejaban montar en avión, y para trasladarse de un pueblo a otro en ferrocarril alquilaban un tren especial con una locomotora-aviso que iba delante para evitar los choques.

Un día, dentro de la ciudad, su coche tuvo un encontronazo con un camión. El *Rockefeller Institute for Medical Research* se llenó de espanto. El auto que le conducía quedó como un acordeón, pero él no sufrió más que un ligero magullamiento. Le dolió un poco la espalda. Todas las eminencias del *Rockefeller Institute* acudieron, presurosas. Se le radiografió en seguida el esqueleto. Al fin, respiraron tranquilos. No era nada. El esqueleto seguía intacto, floreciendo en toda su opulencia. Pero el *Rockefeller Institute for Medical Research*, en vista de los peligros que corría en la ciudad aquella joya, tomó el acuerdo de obligarle a irse a vivir al campo.

Una llanada verde se extendía ante sus ojos, vasta y monótona.

Creyó morir de tristeza. Se dio a la meditación con un ardimiento enfermizo. Pensó que de nada sirve la riqueza sin libertad, y se sintió prisionero, envidiando a los mendigos que llamaban a su puerta y que luego se iban camino adelante. Odió su dinero, añorando la vida del pueblo, donde con unas sardinas, un poco de vino y la cama modesta de la casa de su padre, vivió de chico tan feliz.

Maldijo el momento en que se le ocurrió venir a Nueva York. Sólo en este país sensacionalista se descubren estas cosas.

El policía y el médico no le dejaban un momento. Desde que se despierta hasta que se duerme, su vigilancia es de una molesta tozudez.

«¡Señor, por qué no me has dado un esqueleto normal, como el del último ganapán!», se quejaba el pobre Iñaque en los momentos de agobio.

La melorreosteosis seguía su curso. Florecía abundante, vistiendo sus huesos de una pingüedinosa ornamentación manuelina.

Todas las semanas llegaba a la casa de Iñaque el senado de los sabios del *Rockefeller Institute*, y en vista de las radiografías estudiaba al paciente.

Se les alegraba el ojo ante aquella maravilla. Luego de observarle, le daban una palmadita en el hombro y le preguntaban por sus antepasados.

«¡Soy un pobre bicho raro!», pensaba Iñaque mientras se le llenaba el alma de tristeza.

Le enseñaban dibujos aclaratorios de las radiografías, y un día le regalaron una acuarela de su esqueleto con un marco dorado, muy fino, para que lo colocase a la cabecera de su cama.

Cuando la melorreosteosis le ganó ambos omóplatos, lo celebraron con un banquete. A los postres, el presidente del *Rockefeller Institute* brindó emocionado por la buena marcha de la enfermedad. Las eminencias allí reunidas miraron a Iñaque con una delectación científica.

«El *Rockefeller Institute*—continuó el presidente—es el poseedor de esta única maravilla.»

El pobre Iñaque sintió por vez primera una vanidad mineral. Aquella noche soñó que estaba en su pueblo, mostrando a todos los vecinos desconfiados las radiografías de su esqueleto:

«Mirad, esto vale un millón de dólares, cantidad que no sois capaces de ganar ninguno del pueblo, ni jugando a la pelota ni saliendo a la mar. Los huesos de Iñaque, el inútil, valen una fortuna.»

Sintió un asco profundo por todos aquellos que más le habían protegido y compadecido de chico, y fue en sueños a quienes más reiteradamente mostró sus radiografías.

Una vanidad ósea le ganó toda la carne. «Otros tienen la riqueza en su masa encefálica; pues yo la tengo en mis huesos, y vamos a ver, ¿qué pasa?», gritó contra un acusador invisible.

A la mañana siguiente se despertó desesperanzado.

Conforme la enfermedad fue progresando, redoblaron su vigilancia y cuidado.

No le dejaban bajar las escaleras de casa corriendo, por miedo a un accidente. Le hacían sentarse lejos de las puertas, temerosos del aire colado. No le consentían el uso del cuchillo, tijeras ni otros artefactos punzantes, para evitarle ocasiones de suicidio. Le prohibieron los ejercicios violentos, y hasta zambullirse en la mar, y le vigilaban los baños de agua caliente. Por último, le hicieron retirarse de la bebida, a la que era extremadamente aficionado.

Añoró el tiempo en que vivió de vago por el pueblo, haciendo su santa voluntad.

«Mi vida es un infierno», pensó el pobre Iñaque.

Deseó la muerte, como alivio dulce; pero jamás gozó de más equilibrada salud.

De noche, a cualquier hora que se despertaba, estaba siempre alerta el enfermero de turno.

En este estado de ánimo recibió la noticia de la muerte del tío Celso. Había fallecido dejándole heredero de toda su fortuna. Fincas, pozos de petróleo en Venezuela, etc. Un capital inmenso.

En cuanto entró en posesión de sus riquezas, convocó al *Rockefeller Institute for Medical Research*.

—Señores—les dijo, emocionado—: aquí tienen ustedes su millón de dólares. Espero que, en pago, me devuelvan ustedes mi libertad de acción.

—¡Guárdese eso! El *Rockefeller Institute for Medical Research* no es una lonja de contratación—le replicó, airado, el señor presidente.

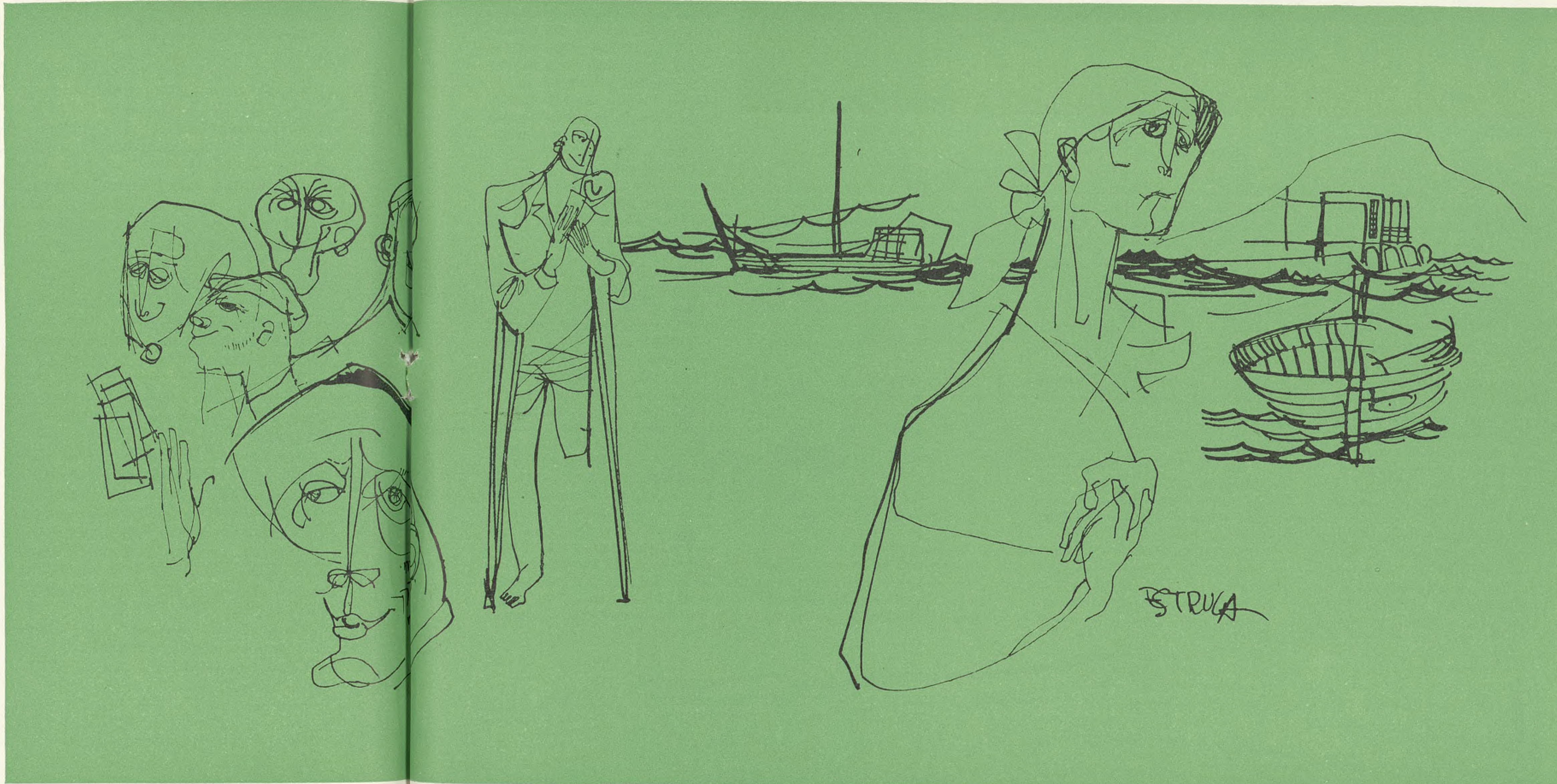
—¡Les daré dos millones!

Los sabios del *Rockefeller* se miraron, sonrientes.

—¡¡Tres!!

Ahora negaron con la cabeza.

—¡¡¡Toda mi fortuna!!!



—Vamos, cálmese, no se altere—tranquilizó el señor presidente.

El pobre Iñaque quedó anonadado, sin habla.

Cuando su melorreosteosis alcanzó la pelvis, su avance se motorizó por las pistas de los fémures. Las radiografías (ahora se las hacían a diario) señalaban su impetuoso y florido descenso. Al llegar a los goznes de las rodillas, el *Rockefeller Institute for Medical Research* le regaló un aparato de radio y un *frigidaire*, últimos modelos. El *frigidaire* había unos mantecados que al chuparlos daban música europea, y el aparato de radio ofrecía unos conciertos que sabían a fresa y vainilla.

Pero ni con estas delicias consiguieron sacar la pobre Iñaque de su abatimiento.

Sin embargo, al poco tiempo se operó un gran cambio en su actitud.

Se le vio por primera vez contento y satisfecho. Empezó a contemplar sus radiografías con verdadera delectación. Seguía su enfermedad como quien sigue una carrera de caballos. Fue marcando los avances con fruición de jugador o de estratega.

Vivió aquella temporada en verdadero melorreosteósico, en hombre que cumple con orgullo un gran destino; destino de gran enfermo

Los sabios del *Rockefeller Institute for Medical Research* se llenaron de asombro.

El presidente, sacudiendo su cecijunta cabeza, exclamó:

—¡Más vale tarde que nunca!

—¡Más vale!—asintieron los demás sabios.

Se pasaba lo mejor del día tumbado en una otomana. Al anochecer se erguía un poco para jugar al tute con el radiólogo. Después de la cena contemplaba las radiografías antes de dormir. Luego, descansaba, satisfecho.

Cuando la melorreosteosis le llegó a ambos calcáneos, el presidente del *Rockefeller Institute for Medical Research* le gritó, emocionado:

—¡Esto toca a su fin!

Y le extendió la última radiografía.

Iñaque, al contemplarla, no pudo menos de exclamar:

—¡Qué maravilla!

...Y volviéndose al presidente:

—¡Usted me dirá cuándo debo empezar a morirme!

—No se apure.

Cuando la melorreosteosis le encollaró el dedo gordo de cada pie, Iñaque contempló unos instantes su última radiografía.

Le bañaba los ojos una luz creadora. Tomó una cuartilla y dictó su última voluntad. Luego, volviéndose hacia el Consejo del *Rockefeller Institute for Medical Research*, le pidió:

—Trátenmelo ustedes bien...

(Se refería al esqueleto.)

... Y se murió.

Todos los periódicos de Nueva York hablaron del hombre insólito que acababa de morir, dando su foto y la primera y la última radiografía.

Las radios le hicieron nacer en una aldea apartada del distrito de Kansas, hijo de un cura anglicano y de una campesina del país.

En cines y revistas se aireó durante unos días su esqueleto.

El *Rockefeller Institute for Medical Research* recibió cientos de felicitaciones. El día de la autopsia se declaró fiesta.

Pero veamos cuáles fueron los últimos deseos del cuitado Iñaque. Decía así el testamento:

«Dejo todos mis bienes a los pobres de mi pueblo, y les aconsejo que nunca pierdan la confianza en sí mismos. Dios aprieta, pero no ahoga, y cuando menos se piensa resulta que uno es un melorreosteósico.

»Nada hay completamente inútil ni despreciable. El secreto está en dar con la vena escondida de cada uno.

»Hay una Providencia que vela siempre cerca de los hombres y de los pueblos para evitar su total deshacimiento. Frente a su aparente dislocación, el mundo es una gran armonía. Que cada cual de vosotros sepa dar con *su papel y su puesto* y los acepte alegremente.

»En los momentos de más desesperanza, sed optimistas.»

Los pobres del pueblo cogieron el dinero que les correspondía y no leyeron estos consejos, a pesar de la profusión con que se repartió el testamento.

Sólo una madre que llevaba diecisiete años esperando la entrada de la lancha en que su hijo saliera a la mar, lo leyó... y se le encendieron las entrañas.

Que yo sepa, el país vascongado no ha vuelto a dar ningún otro melorreosteósico.

J. A. DE Z.

(*Dibujos de Estruga*)

IGNACIO ALDECOA

LA DESPEDIDA

A través de los cristales de la puerta del departamento y de la ventana del pasillo, el cinemático paisaje era una superficie en la que no penetraba la mirada; la velocidad hacía simple perspectiva de la hondura. Los amarillos de las tierras paniegas, los grises del gredal y el almagre de los campos alineados por el verdor acuoso de las viñas se sucedían monótonos como un traqueteo.

En la siestona tarde de verano, los viajeros apenas intercambiaban desganadamente suspensivos retazos de frases. Daba el sol en la ventanilla del departamento y estaba bajada la cortina de hule.

El son de la marcha desmenuzaba y aglutinaba el tiempo; era un reloj y una salmodia. Los viajeros se contemplaban mutuamente, sin curiosidad, y el cansino aburrimiento del viaje les ausentaba de su casual relación. Sus movimientos eran casi impúdicamente familiares, pero en ellos había hermetismo y lejanía.

Cuando fue disminuyendo la velocidad del tren, la joven sentada junto a la ventanilla, en el sentido de la marcha, se levantó y alisó su falda y ajustó su faja con un rápido movimiento de las manos, balanceándose, y después se atusó el pelo de recién despertada, alborotado, mate y espartoso.

—¿Qué estación es ésta, tía?—preguntó.

Uno de los tres hombres del departamento le respondió antes de que la mujer sentada frente a ella tuviera tiempo de contestar.

—¿Hay cantina?

—No, señorita. En la próxima.

La joven hizo un mohín, que podía ser de disgusto o simplemente un reflejo de coquetería, porque inmediatamente sonrió al hombre que le había informado. La mujer mayor desaprobó la sonrisa, llevándose la mano derecha a su roja, casi cárdena pechuga, y su papada se redondeó al mismo tiempo que sus labios se afinaban y entornaba los párpados de largas y pegoteadas pestañas.

—¿Tiene usted sed? ¿Quiere beber un traguillo de vino?—preguntó el hombre.

—Te sofocará—dijo la mujer mayor— y no te quitará la sed.

—Quiá, señora. El vino, a pocos, es bueno.

El hombre descolgó su bota del portamaletas y se la ofreció a la joven.

—Tenga cuidado de no mancharse—advirtió.

La mujer mayor revolvió en su bolso y sacó un pañuelo grande como una servilleta.

—Ponte esto—ordenó—. Puedes echar a perder el vestido.

Los tres hombres del departamento contemplaron a la muchacha bebiendo. Los tres sonreían pícara y bobamente; los tres tenían sus manos grandes de campesinos posadas, mineral e insolidariamente, sobre las rodillas. Su expectación era teatral, como si de pronto fuera a ocurrir algo previsto como muy gracioso. Pero nada sucedió, y la joven se enjugó una gota que le corría por la barbilla, a punto de precipitarse ladera abajo de su garganta, hacia las lindes del verano, marcadas en su pecho por una pálida cenefa ribeteado el escote y contrastando con el tono tabaco de la piel soleada.

Se disponían los hombres a beber con respeto y ceremonia, cuando el traqueteo del tren se hizo más violento y los calderones de las melodías de la marcha más amplios. El dueño de la bota la sostuvo cuidadosamente, como si en ella hubiera vida animal, y la apretó con delicadeza, cariciosamente.

—Ya estamos—dijo.

—¿Cuánto para aquí?—preguntó la mujer mayor.

—Bajarán mercancía y no se sabe. La parada es de tres minutos.

—¡Qué calor!—se quejó la mujer mayor dándose aire con una revista cinematográfica—. ¡Qué calor y qué asientos! Del tren a la cama...

—Antes era peor—explicó el hombre sentado junto a la puerta—. Antes, los asientos eran de madera y se revenía el pintado. Antes, echaba uno hasta la capital cuatro horas largas, si no traía retraso. Antes, igual no encontraba usted asiento y tenía que ir en el pasillo con los cestos. Ya han cambiado las cosas, gracias a Dios. Y en la guerra... En la guerra tenía que haber visto usted este tren. A cada legua le daban el parón y todo el mundo abajo. En la guerra...

Se quedó un instante suspenso.



Sonaron los frenos del tren y fue como un encontronazo.

—¡Vaya calor!—dijo la mujer mayor.

—Ahora se puede beber—afirmó el hombre de la bota.

—Traiga usted—dijo suave y rogativamente el que había hablado de la guerra—. Hay que quitarse el hollín. ¿No quiere usted, señora?—ofreció a la mujer mayor.

—No, gracias. No estoy acostumbrada.

—A esto se acostumbra uno pronto.

La mujer mayor frunció el entrecejo y se dirigió en un susurro a la joven; el susurro coloquial tenía un punto de menosprecio para los hombres del departamento al establecer aquella marginal intimidad. Los hombres se habían pasado la bota, habían bebido juntos y se habían vinculado momentáneamente. Hablaban de cómo venía el campo y en sus palabras se traslucía la esperanza. La mujer mayor volvió a darse aire con la revista cinematográfica.

—Ya te lo dije, que deberíamos haber traído un poco de fruta —dijo a la joven—. Mira que insistió la Encarna, pero tú, con tus manías...

—En la próxima hay cantina, tía.

—Ya lo he oido.

La pintura de los labios de la mujer mayor se había apagado y extendido fuera del perfil de la boca. Sus brazos no cubrían la mancha de sudor axilar, aureolada del destinte de la blusa.

La joven levantó la cortina de hule. El edificio de la estación era viejo, y tenía un abandono triste. En su sucia fachada nacía, como un borbotón de colores, una ventana florida de macetas y de botes con plantas. De los aleros del pardo tejado colgaba un encaje de madera ceniciento, roto y flecoso. A un lado estaban los retretes y al otro un tingladillo que servía para almacenar las mercancías. El jefe de estación se paseaba por el andén; dominaba y tutelaba como un gallo, y su quepis rojo era una cresta irritada entre las gorras, las boinas y los pañuelos negros.



El pueblo estaba retirado de la estación a cuatrocientos o quinientos metros. El pueblo era un sarro que manchaba la tierra, y se extendía, destartalado, hasta el leve henchimiento de una colina. La torre de la iglesia —una ruina erguida, una desesperada permanencia— amenazaba el cielo con su muñón. El camino, calcinado, vacío y como inútil hasta el confín de azogue, atropaba las soledades de los campos.

Los ocupantes del departamento volvieron las cabezas. Forcejeaba, jadeante, un hombre en la puerta. El jadeo se intensificó. Dos de los hombres del departamento le ayudaron a pasar la cesta y la maleta de cartón atada con una cuerda. El hombre se apoyó en el marco y contempló a los viajeros. Tenía una mirada lenta, reflexiva, rastreadora. Sus ojos, húmedos y negros, como limacos, llegaron hasta su cesta y su maleta, colocadas en la redecilla del portamaletas, y descendieron a los rostros y a la espera, antes de que hablara. Luego se quitó la gorrilla y sacudió con la mano desocupada su blusa.

—Salud les dé Dios—dijo, e hizo una pausa—. Ya no está uno, con la edad, para andar en viajes.

Pidió permiso para acercarse a la ventanilla y todos encogieron las piernas. La mujer mayor suspiró protestativamente y al acomodarse se estiró, buchona.

—Perdone la señora.

Bajo la ventanilla, en el andén, estaba una anciana acurrucada en desazonada atención. Su rostro era apenas un confuso burilado de arrugas que borroneaba las facciones, unos ojos punzantes y unas aleteadoras manos descarnadas.

—María—gritó el hombre—. Ya está todo en su lugar.

—Siéntate, Juan, siéntate—la mujer voló una mano hasta la frente para arreglarse el pañuelo, para palpar el sudor del sofoco, para domesticar un pensamiento—. Siéntate, hombre.

—No va a salir todavía.

—No te conviene estar de pie.

—Aún puedo. Tú eres la que debías...

—Cuando se vaya...

—En cuanto llegue iré a ver a don Cándido. Si mañana me dan plaza, mejor.

—Que haga lo posible. Dile todo; no dejes de decírselo.

—Bueno, mujer.

—Siéntate, Juan.

—Falta que descarguen. Cuan-



do veas al hijo de Manuel le dices que diga a su padre que estoy en la ciudad. No le cuentes por qué.

—Ya se enterará.

—Cuídate mucho, María. Come.

—No te preocupes. Ahora, siéntate. Escríbeme con lo que te digan. Ya me leerán la carta.

—Lo haré, lo haré. Ya verás cómo todo saldrá bien.

El hombre y la mujer se miraron en silencio. La mujer se cubrió el rostro con las manos. Pitó la locomotora. Sonó la campana de la estación. El ruido de los frenos, al aflojarse, pareció extender el tren, desperezarlo antes de emprender la marcha.

—No llores, María—gritó el hombre—. Todo saldrá bien.

—Siéntate, Juan—dijo la mujer, confundida por sus lágrimas—. Siéntate, Juan—y en los quiebros de su voz había ternura, amor, miedo y soledad.

El tren se puso en marcha. Las manos de la mujer revolotearon en la despedida. Las arrugas y el llanto habían terminado de borrar las facciones.

—Adiós, María.

Las manos de la mujer respondían al adiós y todo lo demás era reconcentrado silencio. El hombre se volvió. El tren rebasó el tingladillo del almacén y entró en los campos.

—Siéntese aquí, abuelo—dijo el hombre de la bota, levantándose.

La mujer mayor estiró las piernas. La joven bajó la cortina de hule. El hombre que había hablado de la guerra sacó una petaca oscura, grande, hinchada y suave como una ubre.

—Tome usted, abuelo.

—La mujer mayor se abanicó de nuevo con la revista cinematográfica y preguntó con inseguridad:

—¿Las cosechas son buenas este año?

El hombre que no había hablado a las mujeres, que solamente había participado de la invitación al vino y de las hablas del campo, miró fijamente al anciano, y su mirada era solidaria y amiga. La joven decidió los prólogos de la intimidad compartida.

—¿Va usted a que le operen?

Entonces el anciano bebió de la bota, aceptó el tabaco y comenzó a contar. Sus palabras acompañaban a los campos.

—La enfermedad..., la labor..., la tierra... La falta de dinero... La enfermedad..., la labor..., la tierra..., la enfermedad..., la labor..., la enfermedad... La primera vez, la primera vez que María y yo nos separamos...

Sus años se sucedían monótonos, como un traqueteo.

(Dibujos de Jardiel)

I. A.

estafeta

MARY ROSE MAC-PHERSON. Casilla 963. Valparaíso (Chile).—Señorita de 22 años, desea correspondencia con lectores de MUNDO HISPÁNICO, en todo el mundo.

J. HERNÁNDEZ. Tolosa, 9. Valladolid (España).—Joven de 25 años, desea correspondencia con todos los países con fines de amistad.

TERESA TRUJILLO. Apartado 35. San Sebastián de la Gomera, Canarias.—Desea intercambio de postales.

MARÍA CARLOTA FERNÁNDEZ. San Carlos, 12. Calle Morell Eiznaga. Loma de Chaple, Víbora, La Habana (Cuba).—Desea correspondencia con españoles de 25 a 30 años, para cultivar amistad.

INEKE DE BLOM. Hoekenburglaan. 34, Voorburg (Holanda).—De 21 años. Desea correspondencia con jóvenes de todo el mundo, en inglés, francés o español.

ANGEL FERNÁNDEZ BIANCHI. Lista de correos. Madrid.—Enfermo en Sanatorio, desea correspondencia con señoritas o señoras europeas o americanas, en francés, inglés, español o alemán.

J. LEVINE. 10, Delevan Ave. Toronto, 10, Ontario (Canadá).—De 18 años. Desea correspondencia con jóvenes de todo el mundo.

RICARDO ACRI. Via Lorenzo il Magnifico, 84. Roma (Italia).—Caballero de 33 años, correspondería con señoritas españolas y francesas en español, francés e italiano.

OCTAVIA ESCODA. Comaluma, número 21. Tárrega Lérida (España).—Desea cambio de postales.

FRANCÉS T. HILL. Mercaderes, 109, 5, México, 19, D. F. México. Desea correspondencia amistosa.

R. D. MELLOR. 254 B, Station Road, Mickleover, Derby, England.

PAZ CABEZAS BURGOS. Vilches, 921-931. Villa Alemana (Chile).

JUANI PALOMA y MARY GARCÍA. Preventorio, 7. San Rafael, Segovia (España).

LUCÍA GÓMEZ BURGOS. Calle 9.ª/20.ª, II, Bogotá (Colombia).

MARTÍN YVES. College d,Enseignement General. Massiac. Cantal (Francia).

ALBA ROMERO CRAMPET. Amsterdam, 163. Santa Lucía, Canelones (Uruguay).

CAROLE PEACH. Ward, 8. Christ,s Hospital. Hertford, Hertfordshire (England).

BUZÓN FILATÉLICO

RAFAEL LLERENA MÉNDEZ. Calzada de Guanabacoa, 68, Reparto, Vista Alegre, Cotorro. La Habana (Cuba).—Desea correspondencia con lectores de MUNDO HISPÁNICO para intercambio de sellos nuevos y usados, libros y postales. Envíos previo acuerdo.

CARLOS LÓPEZ RODRÍGUEZ. Meléndez Valdés, 43. Madrid-15 (España).—Facilita sellos españoles o europeos a los que le envíen del Paraguay y Venezuela.

ISIDORO GUTIÉRREZ FERNÁNDEZ. 67, Boulevard P. V. Couturier, Montreuil, Seine (Francia).—Desea intercambio de sellos de correos de todo el mundo.

CALASANCTIUS.—Primer boletín informativo misional y filatélico de Colombia, en varias lenguas. Suscríbase hoy mismo. Colombia: 4 $ al año. Extranjero: 1 $ US al año. Informes y pedidos al Centro misional calasancio americano. Apartado aéreo 11224, Bogotá, 2 (Colombia).

MANUEL ATALAYA DE TENA. Generalísimo, 28. Castuera, Badajoz (España).—Cambia sellos.

ECKART WISSMANN. 28, Bremen, Arster Heerstrasse, 16. Alemania.—Desea amigos filatélicos en territorios de España en Africa, Marruecos, Uruguay, Paraguay, Bolivia, Perú, Ecuador y Venezuela.

